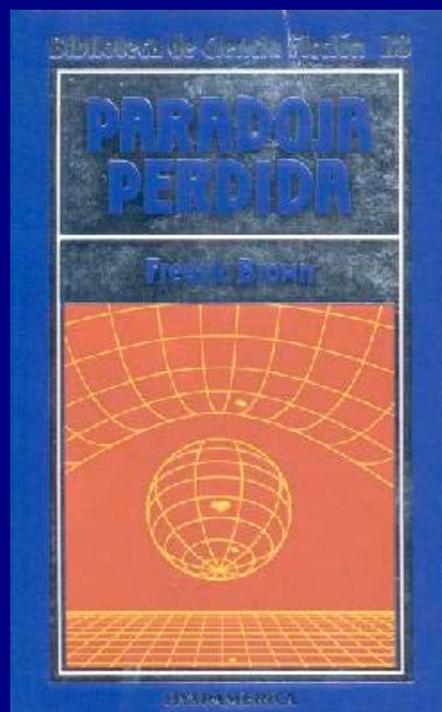


PARADOJA PERDIDA



Fredric Brown

Título original: Paradox Lost
Traducción: Margarita González Trejo
© 1973 by Elizabeth Brown
© 1981 Ediciones Orbis S.A.
Corrientes 1437- Buenos Aires
ISBN: 84-7634-367-1
Edición digital: Jota
R6 03/03

NOTA: La presente es una reconstrucción de la colección de cuentos original realizada por Jota a partir de cuentos individuales bajados de la página de Sadrac y completada en base al original en papel.

ÍNDICE

- Introducción** (Introduction, 1973)
- Paradoja perdida** (Paradox Lost, 1943)
- Teatro de títeres** (Puppet Show, 1962)
- El último tren** (The Last Train, 1950)
- No sucedió** (It Didn't Happen, 1963)
- Llamada** (Knock, 1948)
- Obediencia** (Obedience, 1950)
- El comisionista** (Ten Percenter, 1963)
- Elurofobia** (Aelurophobe. 1962)
- Eine kleine nachtmusik** (Eine Kleine Nachtmusik, 1965)
- Sirio nada** (Nothing Sirius, 1944)
- El nuevo** (The New One, 1942)
- La doble mortal** (Double Standard, 1963)
- Algo verde** (Something Green, 1951)

INTRODUCCIÓN

Fred odiaba escribir. Pero adoraba haber escrito. Hacía todo lo que se le ocurría para postergar el momento de sentarse ante la máquina de escribir: le quitaba el polvo al escritorio, tocaba la flauta, leía un rato, tocaba un poco más la flauta. Si vivíamos en un pueblo en el que la correspondencia no se repartía, iba a buscarla al correo y después encontraba a alguien con quien jugar una —o dos o tres— partidas de ajedrez o de naipes. Cuando regresaba a casa, pensaba que era demasiado tarde para empezar. Después de hacer lo mismo durante varios días, empezaba a remorderle la conciencia y se sentaba realmente ante la máquina de escribir. Podía escribir una o dos líneas, o algunas páginas. Pero los libros acababan por escribirse.

No fue un escritor prolífico. Su promedio diario era de tres páginas. A veces, si un libro parecía escribirse a sí mismo, escribía seis o siete páginas diarias, pero eso era algo excepcional.

Fred caminaba de una habitación a otra cuando urdía el argumento. Puesto que los dos estábamos en casa buena parte del tiempo, tuvimos el problema de que yo le hablaba mientras caminaba, y así interrumpía el hilo de sus pensamientos. No le gustaba. Después de probar varias soluciones que no dieron resultado, le aconsejé que se pusiera su gorra de algodón rojo cuando no quería ser molestado. Poco después, le miraba automáticamente la cabeza antes de abrir la boca.

Después de terminar un libro, generalmente hacíamos un viaje y el tiempo de nuestra estancia dependía de nuestras circunstancias.

Llegaba un momento en que Fred se atascaba cuando imaginaba un argumento. A pesar de sus caminatas, no llegaba a ningún sitio. Recuerdo que cuando escribía uno de sus primeros libros le ocurrió algo semejante y pensó que tal vez un, viaje, por la noche y en autobús, podría ayudarle. No era persona que se acostara temprano y pensó que, después de que apagaran las luces del autobús y todo estuviera en silencio, quizá podría concentrarse mejor. Se llevó un lápiz linterna y un bloc. Estuvo afuera unos días y, cuando regresó, había resuelto el argumento.

Hizo muchos más viajes de ese tipo. Y yo siempre adivinaba cuando estaba a punto de declarar que se iba. No siempre había resuelto el argumento cuando volvía a casa pero, en tal caso, había resuelto el argumento para su libro siguiente.

*La gran decisión de la carrera de Fred fue dejar su trabajo de corrección de pruebas para dedicarse totalmente a escribir. Pero su momento más feliz y estimulante fue cuando ganó el Premio Edgar Allan Poe para Escritores de Obras de Misterio de Estados Unidos por el mejor libro de misterio, con su *The Fabulous Clipjoint*; nunca volvió a sentir lo mismo por ninguna de las obras que escribió desde entonces. Fue su nacimiento como novelista. Es natural que algunos de sus libros le gustaran más que otros, pero *The Fabulous Clipjoint* fue el primogénito y siempre tuvo debilidad por él.*

Hasta que tuvo varias obras publicadas, siguió escribiendo cuentos entre una y otra a fin de tener un soporte en el que apoyarse durante el tiempo que llevaba escribir un libro. Más tarde escribía un cuento o un corto bosquejo literario sólo cuando tenía uno que sabía debía escribir.

*Durante muchos años había deseado escribir *The Office*, pero sería un nuevo campo para él pues se trataría de una novela pura. Sabía que sus obras de misterio y ciencia ficción se vendían, pero ignoraba qué ocurriría con una novela pura de alguien nuevo en ese campo. Todavía no podía permitirse el lujo de escribir una obra que tal vez no se vendiera. Pero finalmente la escribió. Y se vendió.*

Durante un tiempo intentó escribir para la televisión, pero llegó a la conclusión de que no era para él y volvió a escribir libros. Ha publicado algunos cientos de cuentos y veintiocho novelas; ésta es su octava colección.

Aunque todas las obras de Fred me han gustado, mi preferida de siempre es The Screaming Mimi. Otras que me agradan especialmente son Here Comes a Candle, The Lenient Beast, The far Cry, His Name Was Death y Night of the Jabberwock.

No soy realmente admiradora de la ciencia ficción porque, en mi opinión, la mayoría de las novelas de ciencia ficción son demasiado técnicas. Pero las de Fred me resultaron muy amenas. En este grupo, mis preferidas son The Lights in the Sky Are Stars y The Mind Thing. What Mad Universe es casi un clásico y una de mis favoritas.

Para mí, sus colecciones son deliciosas. Siento especial afecto por ésta porque se trata de su último trabajo concluido. Y como es su despedida de los lectores, espero que también les guste.

ELIZABETH BROWN

PARADOJA PERDIDA

De algún modo, un moscón habla atravesado la persiana y zumbaba trazando monótonos círculos cerca del techo del aula. Incluso mientras el profesor Dolohan trazaba monótonos círculos de lógica frente a la clase. El Bajito McCabe, sentado en la fila del fondo, miraba a uno y a otro y finalmente llegó a la conclusión de que el moscón era el más interesante de los dos.

—El absoluto negativo —explicaba el profesor— no es, por así decirlo, absolutamente negativo. Esto sólo es aparentemente contradictorio. Si se invierte el orden, las dos palabras adquieren nuevas connotaciones. Por lo tanto...

El Bajito McCabe suspiró imperceptiblemente, miró al moscón y deseó poder volar en círculos semejantes y emitir un zumbido tan gratificante para el alma. En tamaños y decibeles comparados, un moscón hacía más ruido que un avión.

Hacía más ruido, en relación con el tamaño, que una sierra circular. ¿Una sierra circular aserraría metal? Di, una sierra. Entonces uno podía decir que vio una sierra circular aserrar una sierra. O cargarse el circular para que sonara mejor: vi una sierra aserrar una sierra. O, mejor aún: Serra vio una sierra aserrar una sierra.

—Uno podría pensar en un absoluto como una forma de ser... —seguía diciendo el profesor.

Sí, pensó el Bajito McCabe, uno puede pensar en una cosa como en cualquier otra y no consigue nada, excepto un fuerte dolor de cabeza. De todos modos, el moscardón se hacía más y más interesante. Ahora volaba hacia abajo, hacia el frente del aula, y tal vez se posara en la cabeza del profesor Dolohan. Y quizá zumbara.

No zumbó, pero se posó fuera de su vista, detrás del escritorio del profesor. Sin el moscón para entretenerle, el Bajito miró a su alrededor en busca de otra cosa para mirar o pensar. Sólo las nuca; estaba solo en la fila del fondo y... bueno, podía concentrarse en cómo crecía el vello en la nuca de las personas, pero le pareció un tema relativamente fascinante.

Se preguntó cuántos de los estudiantes que tenía delante estaban dormidos y calculó que la mitad; deseó dormirse, pero no podría hacerlo. Había cometido el estúpido error de acostarse temprano la noche anterior y, en consecuencia, ahora estaba totalmente despierto y aburrido.

—Pero si hacemos caso omiso de la contravención de la probabilidad que surge de la afirmación de que el absoluto positivo es menos que absolutamente positivo —decía el profesor Dolohan—, nos vemos conducidos a...

¡Hurra! El moscón estaba de regreso y salía de su escondite transitorio en la parte de atrás del escritorio. Voló zumbando hasta el techo, se detuvo allí un instante para acomodarse las alas y luego bajó, esta vez hacia la parte trasera del aula.

Si mantenía ese camino en espiral, pasaría a dos centímetros de la nariz del Bajito. Así fue. Él se puso bizco al observarlo y volvió la cabeza para no perderlo de vista. Pasó volando a su lado y...

Simplemente ya no estaba allí. En un punto, aproximadamente a treinta centímetros a la izquierda del Bajito McCabe, súbitamente había dejado de volar y de zumbar y no estaba allí. No había muerto ni se había caído en el pasillo. Simplemente había...

Desaparecido. En el aire, a un metro veinte del suelo del pasillo; simplemente había dejado de estar allí. El sonido que había producido pareció cesar en mitad del zumbido y en el repentino silencio la voz del profesor sonó más alta, si no más extraña.

—Al crear, mediante un supuesto contrario a la realidad, creamos un conjunto pseudoreal de axiomas que son, en cierta medida, la inversión de...

El Bajito McCabe, con la vista fija en el punto en el que el moscón se había desvanecido, exclamó:

—¡Caray!

—¿Cómo dice?

—Lo siento, profesor. No he dicho nada —respondió el Bajito—. Sólo... carraspeé.

—Mediante la inversión de... ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí. Creamos una base axiomática de pseudológica que proporcionaría soluciones distintas a todos los problemas. Quiero decir...

Al ver que el profesor había dejado de mirarle, el Bajito volvió otra vez la cabeza para observar el punto en el que el moscón había dejado de volar. ¿Quizás había dejado de ser un moscón? Tonterías; debió de ser una ilusión óptica. Los moscones volaban bastante de prisa. Si súbitamente lo había perdido de vista...

Miró por el raballo del ojo al profesor Dolohan y se cercioró de que éste estaba atento a otra cosa. Después el Bajito estiró a modo de prueba una mano hacia el punto, o el punto aproximado, en el que había visto desaparecer al moscón.

No sabía qué esperaba encontrar allí, pero no sintió nada. Bueno, eso era bastante lógico. Si el moscón había volado hacia la nada y él se estiró y no sintió nada, eso no demostraba nada. Pero, de algún modo, estaba ligeramente decepcionado. Ignoraba qué esperaba encontrar; tocar el moscón que no estaba allí, toparse con un obstáculo sólido pero invisible, o cualquier otra cosa. Pero, ¿qué se había hecho del moscón?

El Bajito apoyó las manos en el pupitre y, durante un minuto, intentó olvidar el moscón prestando atención al profesor. Pero eso era peor que hacerse preguntas sobre el moscón.

Se preguntó por milésima vez cómo había sido tan tonto de inscribirse en esa clase 2B de lógica. Jamás aprobaría el examen. Y, de todos modos, se especializaría en paleontología. Le gustaba la paleontología; un dinosaurio era algo en lo que podías hincar el diente, por así decirlo. Pero la lógica, puaj; 2B o no 2B. Y prefería estudiar los fósiles que escuchar a uno de ellos.

Miró casualmente sus manos apoyadas en el pupitre.

—¡Caray! —murmuró.

—¿Sí, señor McCabe? —preguntó el profesor.

El Bajito no respondió; no podía. Miraba su mano izquierda. No tenía dedos. Cerró los ojos.

El profesor sonrió profesoralmente.

—Creo que nuestro joven amigo del asiento del fondo se ha... bueno... dormido. ¿Alguien tendría la amabilidad de...?

El Bajito dejó caer rápidamente las manos sobre el regazo y dijo:

—Es... estoy bien, profesor. Lo siento. ¿Ha dicho algo?

—¿Usted no?

El Bajito tragó saliva.

—Yo... supongo que no.

—Estábamos analizando —agregó el profesor, afortunadamente para toda la clase y no para el Bajito individualmente la posibilidad de lo que uno podría considerar lo imposible. No se trata de una contradicción, ya que uno debe distinguir cuidadosamente entre imposible y no posible. Lo último...

El Bajito volvió a apoyar subrepticamente las manos sobre el pupitre y las miró. La mano derecha estaba perfecta. La izquierda... Cerró los ojos y volvió a abrirlos, pero todavía faltaban todos los dedos de su mano izquierda. No sentía que faltaran. A modo de prueba, ejercitó los músculos que debían moverlos y sintió que respondían.

Pero no estaban allí, al menos hasta donde veían sus ojos. Se estiró, los buscó con la mano derecha... y no los sintió. Su mano derecha atravesó el espacio que los dedos de su mano izquierda debían ocupar y no sintió nada. Pero podía mover los dedos de la mano izquierda. Y lo hizo.

Todo era muy confuso.

Entonces recordó que ésa era la mano que había utilizado para estirarse hacia el sitio donde el moscón había desaparecido. En ese momento, como si confirmara sus sospechas repentinas, sintió un ligero roce en uno de los dedos que no estaban allí. Un ligero roce y algo liviano que reptaba por su dedo. Algo del mismo peso aproximado que un moscón. Después el roce desapareció, como si hubiese emprendido nuevamente el vuelo.

El Bajito se mordió los labios para no gritar de nuevo. Empezaba a asustarse.

¿Se estaba volviendo loco? ¿O el profesor tenía razón y, al fin y al cabo, se había dormido? ¿Cómo podía averiguarlo? ¿Y si se pellizcaba? Con los únicos dedos disponibles, los de la mano derecha, bajó la mano y se pellizcó con fuerza la piel del muslo. Le dolió. Pero sí soñaba que se pellizcaba a si mismo, ¿acaso no podía soñar también que le dolía?

Volvió la cabeza y miró hacia la izquierda. No había nada que ver en esa dirección: el pupitre vacío al otro lado del pasillo, el pupitre vacío más allá, la pared, la ventana y el cielo azul a través de la hoja de cristal.

Pero...

Miró al profesor y vio que ahora estaba atento a la pizarra, en la que trazaba símbolos.

—Digamos que N es igual a infinito conocido —explicaba el profesor —y el símbolo a igual al factor de probabilidad.

A modo de prueba, el Bajito volvió a estirar su mano izquierda hacia el pasillo y la observó atentamente. Pensó que podía asegurarse y se estiró un poco más. La mano había desaparecido. Sacudió hacia atrás la muñeca y permaneció sudoroso.

Estaba chalado. Tenía que estar chalado.

De nuevo trató de mover los dedos y sintió que se agitaban satisfactoriamente, tal como debían hacerlo. Aún tenía sensación en ellos, cinética y de otro tipo. Pero... acercó la muñeca al pupitre y no lo sintió. Le colocó de modo tal que su mano, si hubiese estado en el extremo de la muñeca, habría tenido que tocar o atravesar el pupitre, pero no sintió nada.

Estuviera donde estuviese su mano, no era en el extremo de la muñeca. Seguía allí, en el pasillo, al margen de donde dirigiera el brazo. Si se levantaba y salía del aula, ¿su mano aun estaría allí, en el pasillo, invisible? ¿Y si se iba a una distancia de mil quinientos kilómetros? ¿Pero eso era una estupidez?

—¿Pero acaso era más estúpido que el hecho de que su brazo estuviera aquí, en el pupitre, y su mano a sesenta centímetros de distancia? La diferencia en estupidez entre sesenta centímetros y mil quinientos kilómetros sólo era de grado. ¿Su mano estaba allí?

Cogió del bolsillo la estilográfica y estiró la mano derecha hasta aproximadamente el punto en el que suponía que ella estaba y, sin duda alguna, sólo sostenía parte de una estilográfica, la mitad. Evitó cuidadosamente estirarse más lejos, pero la levantó y la dejó caer bruscamente.

¡Sintió que tocaba los nudillos faltantes de su mano izquierda! ¡Ya estaba! Se sobresaltó tanto que soltó la estilográfica, que desapareció. No estaba en el suelo del pasillo. No estaba en ninguna parte. Simplemente había desaparecido y se trataba de una buena estilográfica de cinco dólares.

¡Caray! Se preocupaba por una estilográfica cuando su mano izquierda había desaparecido. ¿Qué haría con respecto a eso?

Cerró los ojos y se dijo: «Bajito McCabe, tienes que resolver esto lógicamente y averiguar cómo recuperar tu mano de donde está. No te atrevas a asustarte. Probablemente estás dormido y sueñas esto, pero quizá no es así y, si no es así, te encuentras en un aprieto. Ahora sé lógico. Allí hay un lugar, un plano o algo, y puedes atravesarlo o poner cosas a través de él, pero no recuperarlas. Al margen de lo que haya al otro lado, ahí está tu mano izquierda. Y tu derecha no sabe lo que hace tu izquierda

porque una está aquí y la otra allí y nunca se... Eh, Bajito, corta el rollo. Esto no es divertido».

Pero había algo que podía hacer: averiguar aproximadamente el tamaño y la forma de... lo que fuera. Sobre el pupitre tenía una caja de sujetapapeles. Cogió algunos con la mano derecha y los arrojó al pasillo. Avanzaron quince o veinte centímetros por el pasillo y desaparecieron. No los oyó caer en ningún lado.

Por el momento, iba bien encaminado. Lanzó uno un poco más abajo y obtuvo el mismo resultado. Se agachó teniendo cuidado de no asomar la cabeza al pasillo, deslizó un sujetapapeles por el suelo y lo vio desaparecer ocho centímetros pasillo afuera. Tiró uno hacia adelante y otro hacia atrás. El plano se extendía, como mínimo, un metro hacia adelante y hacia atrás, aproximadamente paralelo al pasillo.

¿Y hacia arriba? Lanzó un sujetapapeles que trazó un arco a un metro ochenta de altura sobre el pasillo y desapareció.

Arrojó otro, más alto y hacia adelante. Este trazó un arco en el aire y cayó en la cabeza de una muchacha sentada tres asientos más adelante, en el pasillo de al lado. La joven se sobresaltó y se llevó una mano a la cabeza.

—Señor McCabe —dijo seriamente el profesor Dolohan—, ¿puedo preguntarle si esta clase le aburre?

El Bajito dio un salto y respondió:

—S... No, profesor. Sólo estaba...

—Noté que hacía un experimento de balística y de la naturaleza de la parábola. Señor McCabe, una parábola es la curva descrita por un proyectil lanzado al espacio sin más fuerza continua que su impulso inicial y la fuerza de gravedad. ¿Puedo continuar ahora con mi curso o prefiere estar delante de la clase para demostrar la naturaleza de la mecánica paraboloide para ilustrar a sus compañeros?

—Lo siento, profesor —respondió el Bajito—. Estaba... Bueno... Quiero decir... que lo siento.

—Gracias, señor McCabe. Ahora el profesor volvió a ponerse frente a la pizarra—, si permitimos que el símbolo b represente el grado de no posibilidad, a diferencia de c ...

El Bajito miró atentamente sus manos —mejor dicho, su mano—, que apoyaba en el regazo. Dirigió la mirada hacia el reloj colgado de la pared, encima de la puerta, y supo que la clase terminaría dentro de cinco minutos. Tenía que hacer algo, y de prisa.

Volvió a mirar hacia el pasillo. No es que allí hubiese algo que ver. Pero sí mucho en qué pensar: media docena de sujetapapeles, su mejor estilográfica y su mano izquierda.

Allí había algo invisible. No podía sentirlo cuando lo tocaba, y objetos como los sujetapapeles no hacían ruido cuando chocaban contra aquello. Y podía atravesarlo en una dirección, pero no en la otra. Podía estirar la mano derecha hacia allí y tocar la izquierda, sin duda alguna, pero después no recuperaría la derecha. Y la clase terminaría muy pronto y...

—Una locura. Solo podía hacer una cosa que tuviese sentido. No había nada al otro lado de ese plano que dañara su mano izquierda, ¿verdad? Bien, entonces, ¿por qué no atravesarlo? Se encontrara donde se encontrase, estaría entero.

Miró al profesor y esperó hasta que éste se volvió para escribir algo en la pizarra. Entonces, sin detenerse a meditar, sin atreverse a meditarlo, el Bajito se puso de pie en el pasillo.

Las luces se apagaron. O había entrado en la oscuridad.

Ya no podía oír al profesor, pero junto a sus orejas había un zumbido familiar que parecía el de un moscón que trazara círculos en algún lugar cercano, en la oscuridad.

Reunió sus manos y ambas estaban allí; la derecha abrazó a la izquierda. Bueno, se encontrara donde se encontrase, todo él estaba allí. Pero, ¿por qué no podía ver?

Alguien estornudó.

El Bajito se sobresaltó y luego preguntó:

—¿Hay... alguien aquí?

Su voz se estremeció ligeramente, y en ese momento deseó estar realmente dormido y despertar poco después.

—Por supuesto —respondió una voz, bastante aguda y quejumbrosa.

—Eh... ¿Quién?

—¿Qué quiere decir quién? Yo. ¿No puedes ver? No, claro no. Lo había olvidado. ¡Eh, escucha a ese muchacho! ¡Y ellos dicen que nosotros estamos locos! —Se oyó una risa en la oscuridad.

—¿A qué muchacho? —preguntó el Bajito—. ¿Y quién dice que están locos? Escuchen, no compren...

—Este muchacho —dijo la voz—. El profesor. ¿No puedes? No, olvido que no puedes. De todos modos, no tienes nada que hacer aquí. Pero estoy escuchando al profesor, que explica lo que ocurrió con los saurios.

—¿Los qué?

—Los saurios, estúpido. Los dinosaurios. El muchacho está loco. ¡Y ellos dicen que nosotros lo estamos!

Súbitamente el Bajito McCabe sintió la necesidad, la profunda necesidad, de sentarse. Tanteó en la oscuridad, sintió la tabla de un pupitre y el asiento vacío y se deslizó en éste. Luego dijo:

—Señor, esto es chino para mí. ¿Quiénes dicen que están locos quiénes?

—Ellos dicen que nosotros. ¿No lo sabes? Claro, no lo sabes. ¿Quién dejó entrar esa mosca?

—Empecemos por el principio —suplicó el Bajito—. ¿Dónde estoy?

—Vosotros, los normales —musitó la voz petulantemente—. Si se os enfrenta con algo fuera de lo común, empezáis a hacer preguntas... Bueno, espera un momento y te lo diré. Hazme el favor de aplastar esa mosca.

—No puedo verla. Yo...

—Cállate. Quiero escuchar esto. Para eso he venido. El... caramba, les dice que los dinosaurios se extinguieron por falta de alimentos porque se volvieron demasiado grandes. ¿No es una tontería? Cuanto más grande es una cosa, mayores sus posibilidades de obtener alimento, ¿no? ¡Y la idea de que los herbívoros se murieron de hambre en estos bosques! ¡O de que los carnívoros lo hicieron mientras los herbívoros estaban por allí! Y... Pero, ¿por qué te digo todo esto? Tú eres normal.

—Yo... no entiendo. Si soy normal. ¿Y usted qué es?

La voz emitió una risita.

—Yo soy un loco.

El Bajito McCabe tragó saliva. Aparentemente no había nada que decir. La voz estaba evidentemente en lo cierto al dar esa respuesta.

En primer lugar, si podía oír hacia fuera, el profesor Dolohan estaba hablando sobre el absoluto positivo y esa voz —con lo que estuviera adosado a ella, si es que había algo — había ido a oír hablar de la decadencia de los saurios. Eso no tenía sentido porque el profesor Dolohan era incapaz de distinguir un pterodáctilo borracho de un esferoide achatado por los polos.

Y...

—¡Uy! —exclamó el Bajito, pues algo le había dado un fuerte golpe en el hombro.

—Lo siento —dijo la voz—. Sólo le di un tortazo a esa maldita mosca. Se posó encima de ti. De todos modos, fallé. Espera un minuto hasta que mueva la llave y deje salir al maldito bicho. ¿Tú también quieres salir?

Súbitamente el zumbido cesó. El Bajito dijo:

—Escuche... tengo demasiada curiosidad para querer salir de aquí antes de tener alguna idea con respecto a de dónde estoy saliendo, quiero decir de qué estoy saliendo. Supongo que estoy loco, pero...

—No, eres normal. Nosotros somos los locos. De todos modos, eso es lo que dicen ellos. Bueno, escuchar la charla de ese muchacho sobre los dinosaurios me aburre. Me da lo mismo hablar contigo que prestarle atención. Pero tú no tenías nada que hacer al entrar aquí. Ni tú ni esa mosca, ¿comprendes? Hubo un error en el aparato. Le diré a Napoleón...

—¿A quién?

—A Napoleón. Es el mandamás de esta provincia. Los Napoleones también son jefes de algunas otras. Verás, muchos de nosotros creen ser Napoleón, pero yo no. Es un delirio común. De todos modos, el Napoleón al que me refiero es el de Donnybrook.

—¿Donnybrook? ¿No es un manicomio?

—Claro, ¿en qué otra parte estaría alguien que creyera ser Napoleón?

El Bajito McCabe cerró los ojos pero descubrió que de nada servía porque, de todos modos, estaba oscuro y ni siquiera podía ver si los tenía abiertos. Se dijo: «Tengo que seguir haciendo preguntas hasta obtener algo con sentido o voy a enloquecer. Quizás esté loco; tal vez esto es estar loco. Pero si lo estoy, ¿sigo sentado en la clase del profesor Dolohan o... qué?» Abrió los ojos y preguntó:

—Escuche, tratemos de abordarlo desde otro ángulo. ¿Dónde está usted?

—¿Yo? Ah, yo también estoy en Donnybrook. Quiero decir; normalmente. Todos los de esta provincia lo estamos, con excepción de unos pocos que todavía siguen fuera. ¿Comprendes? En este preciso momento —súbitamente su voz pareció turbarse—, estoy en una habitación acolchada.

—Y, ¿eso... es todo? —preguntó el Bajito, temeroso—. Quiero decir, ¿Yo también estoy en una habitación acolchada?

—Claro que no. Tú estás cuerdo. Escucha, no tengo por qué hablar de estas cosas contigo. Ya sabes, han trazado una línea definida. Sólo se debe a que algo del aparato funciona mal.

El Bajito deseaba preguntar a qué aparato se refería, pero tuvo la corazonada de que, si lo hacía, la respuesta desencadenara siete u ocho preguntas nuevas. Quizá si se ceñía a un punto hasta comprenderlo podría empezar a entender algunos otros. Agregó:

—Volvamos a Napoleón. ¿Ha dicho que hay más de un Napoleón entre ustedes? ¿Cómo es posible? No puede haber dos iguales.

La voz emitió una risita.

—Eso es todo lo que sabes. Eso demuestra que eres normal. Ése es un razonamiento normal; desde luego, es correcto. Pero esos muchachos que creen ser Napoleón están locos, de modo que no es pertinente. ¿Por qué cien hombres no pueden ser Napoleón si están demasiado locos para saber que no pueden?

—Bueno —insistió el Bajito—, aunque Napoleón no estuviera muerto, por lo menos noventa y nueve deberían estar equivocados, ¿no? Es lógico.

—Ése es el problema aquí —aseguró la voz—. Te repito que nosotros estamos locos.

—¿Nosotros? Quiere decir que yo...

—No, no, no, no, no. Al decir nosotros, me refiero a nosotros, a mí y a los demás, no a ti. Por eso no tienes nada que hacer aquí, ¿comprendes?

—No —respondió el Bajito.

Extrañamente, ahora no sentía el más mínimo temor. Sabía que tenía que estar dormido y soñando esa situación, pero creía que no era así. Sin embargo, estaba tan seguro de que no estaba loco como de cualquier otra cosa. La voz con la que hablaba había dicho que no lo estaba y, ciertamente, parecía ser erudita en el tema. ¡Cien Napoleones!

—Es divertido —agregó—. Quiero averiguar todo lo que pueda antes de despertar. ¿Quién es usted y cómo se llama? Yo soy el Bajito.

—Moderadamente encantado de conocerte, Bajito. En general, vosotros, los normales, me aburrís, pero pareces mejor que la mayoría. Sin embargo, preferiría no decirte el

nombre que me dan en Donnybrook; no quisiera que vinieras a visitarme ni nada por el estilo. Llámame simplemente Dormilón.

—¿Se refiere a... los siete enanitos? ¿Cree ser uno de los...?

—Oh, no, en absoluto. No soy paranoico; ninguno de mis delirios, como tú los llamarías, se refieren a la identidad. Simplemente es el apodo por el que me conocen aquí. Del mismo modo que a ti te llaman Bajito, ¿comprendes? No te preocupes por mi otro nombre.

El Bajito preguntó:

—¿Cuáles son sus... bueno... delirios?

—Soy inventor, lo que ellos denominan un inventor chalado. Creo inventar máquinas de tiempo. Ésa es una.

—Ésta es... ¿Quiere decir que estoy en una máquina de tiempo? Bueno, si, eso explicaría... bueno... una o dos cosas. Pero escuche, si esto es una máquina de tiempo y funciona, ¿por qué dice que cree inventarlas? Si ésta lo es.. —quiero decir...

La voz rió.

—Pero una máquina de tiempo es imposible. Se trata de una paradoja. Tus profesores te explicarán que no puede existir una máquina de tiempo porque ello significaría que dos cosas podrían ocupar el mismo espacio al mismo tiempo. Y un hombre podría regresar y matarse cuando era más joven y... todo tipo de cosas por el estilo. Es totalmente imposible. Sólo un loco podría...

—Pero usted dice que ésta lo es. Bueno, ¿dónde está? Quiero decir, dónde en el tiempo.

—¿Ahora? En 1968, por supuesto.

—En... Eh, sólo es 1963. A menos que la moviera desde que subí, ¿lo hizo?

—No. Yo he estado en todo momento en 1968; ahí es donde asistía a esa clase sobre los dinosaurios. Pero tú subiste más atrás, cinco años atrás. Eso se debe al desvío. El que tomaré con Napo...

—¿Pero dónde estoy..., estamos, ahora?

—Bajito, estás en la misma aula en la que subiste. Pero cinco años adelante. Si te estiras, lo verás... Inténtalo, a tu izquierda, de regreso a donde estabas sentado.

—Ah... ¿Recuperaría mi mano o sería como cuando me estiré hacia aquí?

—Todo está bien, la recuperarás.

—Bueno... —dijo el Bajito.

A modo de prueba, estiró la mano. Tocó algo suave que parecía pelo. Lo cogió y tiró un poco.

Súbitamente se sacudió para liberarse e, involuntariamente, el Bajito retiró la mano.

—¡Caramba! —exclamó la voz a su lado—. ¡Qué divertido!

—¿Qué... pasó? —inquirió el Bajito.

—Era una muchacha, una belleza pelirroja. Está sentada en el mismo asiento que tú ocupabas hace cinco años. ¡Le tiraste del pelo y tendrías que haberla visto saltar! Escucha...

—¿Qué quiere que escuche?

—Entonces cállate para que yo pueda escuchar... —Se produjo una pausa y la voz rió—. ¡El profe la invita a salir!

—¿Qué? —preguntó el Bajito—. ¿En la clase? ¿Cómo...?

—Ah, él la miró cuando ella lanzó un grito y le dijo que se quedara después de la hora. Pero, a juzgar por el modo en que la mira, imagino que tiene otras intenciones. Y no le culpo, la muchacha es bellísima. Estirate y vuelve a tirarle del pelo.

—Pero... Bueno, no sería muy...

—Está bien —dijo la voz, fastidiada—. Olvido que no estás loco como yo. Ser normal debe de ser horrible. Bueno, salgamos de aquí. Estoy aburrido. ¿Te gustaría ir de caza?

—¿De caza? No tengo buena puntería, sobre todo si no puedo ver nada.

—Pero no estará oscuro si sales del aparato. Ya sabes, es tu propio mundo, pero está loco. Quiero decir, es un... ¿Cómo diría tu profesor? Un aspecto ilógico de logicidad. De todos modos, siempre cazamos con tiradores. Es más deportivo.

—¿Qué cazan?

—Dinosaurios. Son los más divertidos.

—¡Dinosaurios! ¡Con un tirador! ¿Está lo...? Mejor dicho, ¿es verdad?

La voz rió.

—Claro. Mira, eso era lo divertido que decía el profesor sobre los saurios. Verás, los liquidamos. Desde que hice esta máquina de tiempo, el jurásico ha sido nuestro campo de caza favorito. Pero quizá queden uno o dos que podamos cazar. Conozco un buen lugar. Es aquí.

—¿Aquí? Creía que estábamos en un aula de 1968.

—Entonces estábamos. Aquí, invertiré la polaridad y podrás salir. Adelante.

—Pero... —tartamudeó el Bajito—. Bueno... —Y dio un paso hacia la derecha.

La luz del sol le cegó.

Era una luz más brillante y deslumbrante que la que jamás hubiese visto o conocido, un terrible contraste con la oscuridad en la que habla estado. Se cubrió los ojos con las manos para protegerlos y sólo lentamente pudo apartarlas y abrir los ojos.

Entonces vio que estaba de pie sobre un terreno arenoso, próximo a la orilla de un lago de superficie lisa.

—Vienen aquí a beber —explicó una voz conocida, y el Bajito dio media vuelta.

El hombre que se encontraba allí de pie era un pequeño tunante de aspecto extraño, diez centímetros más bajo que el Bajito, que media un metro sesenta y cinco. Usaba gafas con montura de concha y una pequeña perilla; su rostro parecía minúsculo y marchito bajo una chistera negra, verde de tan vieja.

Se metió la mano en el bolsillo y extrajo un tirador pequeño pero con una goma bastante gruesa entre las puntas.

—Puedes disparar primero si quieres —dijo, y ofreció el tirador.

—El Bajito meneó enérgicamente la cabeza.

—Usted.

El hombrecito se agachó y eligió cuidadosamente algunas piedras que estaban en la arena. Las guardó todas menos una en el bolsillo, y esta última la colocó en el cuero del tirador. Luego se sentó en un pedrusco y dijo:

—No es necesario que nos escondamos. Esos dinosaurios son tontos. Vendrán hasta aquí.

El Bajito volvió a mirar a su alrededor. Había árboles hasta una distancia de cien metros a contar desde el lago, árboles extraños y monstruosos con hojas gigantescas, mucho más claros que los árboles que había visto en su vida. Entre éstos y el lago sólo aparecían pequeños arbustos achaparrados y de color marrón y una especie de césped amarillo y grueso.

Faltaba algo. Súbitamente el Bajito recordó de qué se trataba y preguntó:

—¿Dónde está la máquina de tiempo?

—¿Eh? Ah, aquí mismo —el hombrecito estiró un brazo hacia la izquierda, que desapareció hasta el codo.

—Ah —musitó el Bajito—. Me preguntaba qué aspecto tenía.

—¿Qué aspecto tenía? —repitió el hombrecito—. ¿Acaso pensabas que podría parecerse a algo? Ya te he dicho que no existe nada semejante a una máquina de tiempo. No puede existir, sería una paradoja total. El tiempo es una dimensión fija. Y cuando me lo demostré a mi mismo, enloquecí.

—¿Cuándo ocurrió?

—Aproximadamente hace cuatro millones de años a contar desde ahora, alrededor de 1961. Estaba decidido a fabricar una y enloquecí cuando no lo logré.

—Ah —respondió el Bajito—. Escuche, ¿cómo es que no podía verlo en el futuro y aquí si puedo? ¿Y qué mundo de hace cuatro millones de años es éste, el suyo o el mío?

—Lo mismo responde a las dos preguntas. Éste es terreno neutral; es antes de que se produjera una bifurcación entre cordura y locura. Los dinosaurios son espantosamente idiotas; carecen del cerebro suficiente para estar locos, por no hablar de que sean normales. No saben distinguir. No saben que no podía existir una máquina de tiempo. Por eso podemos venir aquí.

—Ah —repitió el Bajito.

Durante un rato permaneció callado. De algún modo, ya no le parecía sumamente extraño el hecho de estar esperando para ver cazar un dinosaurio con un tirador. La locura era que, de algún modo, esperara ver un dinosaurio. Bajo este supuesto, tampoco habría parecido más estúpido esperar allí uno con... Volvió a hablar:

—Dígame. Si usar un tirador para esos bichos es deportivo, ¿se le ocurrió probar alguna vez con una palmeta matamoscas?

Los ojos del hombrecito se iluminaron.

—Ésa sí que es una idea —declaró—. Oye, quizá seas realmente elegible para...

—No —intervino el Bajito velozmente—. Sólo bromeaba, de veras. Pero escuche...

—No oigo nada.

—No me refería a eso, sino... Bien, escuche, muy pronto despertaré o algo así, y quisiera hacerle un par de preguntas mientras..., mientras sigue aquí.

—Querrás decir mientras todavía sigues tú aquí —puntualizó el hombrecito—. Ya te dije que meterte en esto conmigo fue un puro accidente y, además, algo que tengo que compartir con...

—Maldito Napoleón —dijo el Bajito—. Escuche, ¿puede responder a esto para que yo logre comprenderlo? ¿Estamos o no estamos aquí? Quiero decir, si a su lado hay una máquina de tiempo, ¿cómo puede estar allí si una máquina de tiempo no puede existir? ¿Y yo estoy o no estoy todavía en el aula del profesor Dolohan y, si lo estoy, qué hago aquí? Y... oh, maldición, ¿de qué se trata?

El hombrecito sonrió pensativamente.

—Veo que estás hecho un lío. Podría aclarártelo. ¿Sabes algo de lógica?

—Bueno, un poco, señor... eh...

—Llámame Dormilón. Si sabes un poco de lógica, ese es tu problema. Olvídate de ella y recuerda que yo estoy loco y que esto cambia las cosas. Una persona loca no necesita ser lógica. Nuestros mundos son distintos, ¿comprendes? Ahora bien, tú eres lo que nosotros llamamos subnormal, es decir, ves las cosas del mismo modo que todos los demás. Pero nosotros no. Y puesto que la materia es, del modo más obvio, un simple concepto de la mente...

—¿Lo es?

—Por supuesto.

—Pero eso según la lógica. Descartes...

El hombrecito agitó vivamente el tirador.

—Ah, sí, pero no según otros filósofos: los dualistas. Allí es donde los lógicos nos atraviesan. Nos dividen en dos campos, adoptan posiciones diametralmente opuestas con respecto a una cuestión y ambos no pueden equivocarse. Tonto, ¿no? Pero sigue en pie el hecho de que la materia es un concepto de la conciencia, incluso aunque algunas personas que no están realmente locas crean que lo es. Ahora bien, hay un concepto normal de la materia, que tú compartes, y una multitud de conceptos anormales. Los anormales suelen unirse.

—No lo entiendo claramente. ¿Quiere decir que ustedes tienen una sociedad secreta de... bueno... de lunáticos que... bueno... viven en un mundo distinto, como si fuese...?

—No como si fuese —le corrigió enfáticamente el hombrecito—, sino como si no fuese. Y no es una sociedad secreta ni nada organizado de ese modo. Simplemente es. Nos

proyectamos en dos universos, por así decirlo. Uno es normal; nuestros cuerpos nacen allí y, desde luego, permanecen allí. Y si estamos lo bastante locos para llamar la atención, nos meten en manicomios de allí. Pero tenemos otra existencia en nuestras mentes. Ahí es donde estoy y ahí es donde estás en este momento, en mi mente. Yo tampoco estoy realmente aquí.

—¡Caray! —exclamó el Bajito—. ¿Pero cómo podría estar yo en su...?

—Ya te lo he dicho, la máquina se deslizó. Pero la lógica no tiene mucho que hacer en mi mundo. Una paradoja más o menos no tiene importancia. Y una máquina de tiempo es una bagatela. Muchos de nosotros las tenemos. Muchos de nosotros hemos venido aquí en ellas, a cazar. Así es como liquidamos a los dinosaurios y ése es el motivo por el cual...

—Espere —intervino el Bajito—. ¿Este mundo en el que estamos sentados, el jurásico, forma parte de su... bueno... concepción o es real? Parece real y auténtico.

—Éste es real, pero nunca existió realmente. Es evidente. Si la materia es un concepto de la mente y los saurios no tenían cerebro, ¿cómo pudieron tener un mundo en el que vivir, salvo que nosotros lo pensamos para ellos después?

—Ah —murmuró el Bajito débilmente. Su mente describía círculos zumbantes—. O sea que los dinosaurios realmente nunca...

—Ahí viene uno —dijo el hombrecito.

El Bajito saltó. Miró desenfrenadamente a su alrededor, pero no vio nada parecido a un dinosaurio.

—Allá abajo —agregó el hombrecito—. Atraviesa los arbustos. Mira este disparo.

El Bajito observó a su compañero mientras éste preparaba el tirador. Un ser pequeño parecido a un saurio, pero que saltaba erguido como ningún saurio lo haría, rodeaba uno de los arbustos achaparrados. Media alrededor de cuarenta y cinco centímetros de altura.

Se oyó un agudo sonido sibilante cuando la goma se estiró y un golpe seco cuando la piedra alcanzó al animal entre los ojos. Cayó, por lo que el hombrecito se acercó y lo recogió.

—Podrás tirarle al próximo —afirmó.

El Bajito miró boquiabierto el saurio muerto.

—¡Un struthiomimus! —exclamó—. Caramba. ¿Y si aparece uno grande? Por ejemplo, un brontosaurio o un tiranosaurio rex.

—Están todos muertos. Los liquidamos. Sólo quedan los pequeños, pero es mejor que cazar conejos, ¿no te parece? Bueno, esta vez tengo suficiente con uno. Empiezo a aburrirme pero, si quieres, esperaré a que tú dispires contra uno.

El Bajito meneó la cabeza.

—Sospecho que con ese tirador no podría apuntar bien. Lo pasaré por alto. ¿Dónde está la máquina de tiempo?

—Aquí mismo. Da dos pasos hacia delante.

El Bajito le hizo caso y las luces se apagaron nuevamente.

—Un momento —dijo la voz del hombrecito—, accionaré las palancas. ¿Quieres bajarte donde subiste?

—Vaya... Quizá sea una buena idea; de lo contrario, podría meterme en un lío. ¿Dónde estamos ahora?

—De regreso en 1968. Ese muchacho aún le explica a su clase lo que él cree que ocurrió con los dinosaurios. Y esa pelirroja... Oye, es realmente hermosa. ¿Quieres tirarle otra vez del pelo?

—No —respondió el Bajito—. Pero quiero bajarme en 1963. ¿Como me llevará esto hasta allí?

—Subiste aquí desde 1963, ¿no? Es el desvío. Creo que esto te hará bajar allí del mismo modo.

—Cree —El Bajito se sobresaltó—. Escuche, ¿y si me baja el día antes y me sentara en mi propio regazo en ese aula? La voz rió.

No podrías, no estás loco. Pero yo lo hice una vez. Bueno, en marcha Quiero volver a...

—Gracias por el paseo —dijo el Bajito—. Pero, espere... me queda una pregunta por hacerle. Se refiere a los dinosaurios.

—Bien date prisa; quizás el desvío no resista.

—Los grandes, los realmente grandes, ¿cómo demonios los mataron con tiradores? ¿Lo hicieron?

El hombrecito rió.

—Claro que lo hicimos. Simplemente usamos tiradores más grandes, eso es todo. Adiós.

El Bajito sintió un empujón y la luz volvió a deslumbrarle. Estaba de pie en el pasillo del aula.

—Señor McCabe —dijo la voz sarcástica del profesor Dolohan—, faltan cinco minutos para que termine la clase. ¿Tendría la amabilidad de volver a ocupar su sitio? ¿Puedo preguntarle si se encontraba en estado de sonambulismo?

El Bajito se sentó rápidamente y respondió:

—Yo... Lo siento, profesor.

Permaneció el resto de la clase envuelto en una bruma. Había parecido demasiado vívido para ser un sueño y todavía le faltaba la estilográfica. Pero, obviamente, podía haberla perdido en cualquier parte. Todo había sido tan vívido que tardó un día entero en convencerse de que lo había soñado y una semana en olvidarlo definitivamente, o casi por completo.

En efecto, el recuerdo sólo se desvaneció gradualmente. Un año después aún se acordaba vagamente de que había tenido ese sueño tan retorcido. Pero no cinco años después; ningún sueño se recuerda tanto tiempo.

Ahora era profesor adjunto y dictaba su propia clase de paleontología.

—Los saurios explicaba a sus alumnos—, desaparecieron a finales del período jurásico. Se volvieron demasiado grandes y pesados para abastecerse de alimentos...

Mientras hablaba, miraba a la bonita estudiante pelirroja de la fila del fondo. Y se preguntaba cómo lograría reunir ánimos para invitarla a salir.

En el aula había un moscón; se había elevado trazando una espiral zumbona desde un punto de la parte de atrás de la sala. Al profesor McCabe le recordó algo y, mientras hablaba, intentó recordar de qué se trataba. En ese preciso instante la muchacha de la fila del fondo dio repentinamente un salto y lanzó un grito.

—Señorita Willis —dijo el profesor McCabe—, ¿ocurre algo?

—Yo... creí que algo me tiraba del pelo, profesor —dijo, y se ruborizó, y entonces pareció más bella que nunca—. Supongo... que me quedé dormida.

Él la miró, seriamente porque los ojos de toda la clase lo observaban. Pero ésa era la oportunidad que había esperado y deseado. Agregó:

—Señorita Willis, ¿tendrá la amabilidad de quedarse después de la hora?

TEATRO DE TÍTERES

El horror se abatió sobre Cherrybell poco después del mediodía de un día de agosto sumamente caluroso.

Quizá sea una redundancia; cualquier día de agosto en Cherrybell, Arizona, es sumamente caluroso. Se encuentra junto a la carretera 89, a unos sesenta kilómetros al sur de Tucson y cuarenta y cinco kilómetros al norte de la frontera mexicana. Se compone

de dos gasolineras, una a cada lado de la carretera para abastecer a los viajeros que van en ambas direcciones, una tienda de artículos diversos, una taberna que sólo tiene licencia para vender cerveza y vino, un atrayente establecimiento para los turistas que no pueden esperar a haber cruzado la frontera para empezar a comprar sarapes y huaraches, un desierto puesto de hamburguesas, y una cuantas casas de adobe habitadas por americano-mexicanos que trabajan en Nogales, la ciudad fronteriza enclavada un poco más al sur, y que, por Dios sabe qué razón, prefieren vivir en Cherrybell y viajar, algunos de ellos, en «Fords», modelo T. El letrero de la carretera dice, «Cherrybell, Pop. 42», pero el letrero exagera; Pop falleció el año pasado —Pop Anders, que regentaba el ahora desierto puesto de hamburguesas— y el número correcto es el 41.

El horror llegó a Cherrybell montado en un burro que guiaba un anciano y sucio prospector de barba gris que después —al principio nadie se molestó en preguntarle su nombre— afirmó llamarse Dade Grant. El nombre del horror era Garth. Debía de medir unos dos metros setenta de estatura, pero era un hombre tan delgado que no podía pesar más de cuarenta y cinco kilos. El burro del viejo Dade le llevaba fácilmente, a pesar del hecho de que sus pies arrastraron por el suelo a ambos lados. Le había arrastrado sobre la arena del desierto, pues, como después se descubrió, más de ocho kilómetros no habían causado el menor desperfecto en los zapatos, más parecidos a botas altas, que constituían todo lo que llevaba a excepción de unos calzones muy anchos de color azul verdoso. Pero no eran sus dimensiones lo que le confería un aspecto tan repulsivo; era su piel. Parecía roja, y en carne viva. Parecía que le hubieran despellejado vivo, quitando toda su piel y colocándola al revés. Su cabeza, su cara, eran igualmente estrechas y alargadas; a no ser por eso habría parecido humano... o, por lo menos, humanoide. A menos que se tomaran en cuenta otros detalles, como el hecho de que tenía el pelo del mismo color azul verdoso que los calzones, así como los ojos y las botas. Rojo sangre y azul claro.

Casey, propietario de la taberna, fue el primero en verlos acercarse por la llanura, procedentes de la cordillera que se alzaba al este. Había salido a la puerta trasera de la taberna para respirar un poco de aire fresco, que en realidad era caliente. En aquel momento estaban a unos cien metros de distancia y, no obstante, pudo ver el insólito aspecto de la figura montada en el burro. Lo que era insólito aspecto a esa distancia, se convirtió en horror cuando estuvieron más cerca. Casey abrió la boca y no la cerró hasta que el extraño trío se encontró a unos cincuenta metros de él, momento en que empezó a andar lentamente hacia ellos. Hay personas que echan a correr al divisar lo desconocido y otras que salen a su encuentro. Casey salió a su encuentro, aunque muy lentamente.

Todavía en campo abierto, a unos veinte metros de la fachada posterior de la pequeña taberna, Casey llegó a su altura. Dade Grant se detuvo y soltó la cuerda con la que arrastraba al burro. El burro se detuvo también y bajó la cabeza. El hombre que parecía una estaca se levantó con sólo plantar sólidamente los pies, a horcajadas del burro. Pasó una pierna por encima del animal y se mantuvo un momento en pie, apoyando su peso sobre las manos que tenía colocadas encima del burro, para sentarse en la arena casi en seguida.

—Es la gravedad de este planeta —dijo—. No puedo resistirla mucho rato.

—¿Puede darme agua para el burro? —preguntó el prospector a Casey—. A estas alturas, ya debe de estar sediento. He tenido que dejar las cantimploras, y otras cosas, para que pudiera llevar a... —Señaló con un dedo al horror azul y rojo.

Casey estaba empezando a darse cuenta de que era un horror. De lejos la combinación de colores parecía algo extravagante, pero de cerca... la piel era áspera y daba la impresión de tener venas en la parte exterior; también parecía mojada, aunque no lo estaba, y que el diablo le llevara si no hacía el efecto de que le hubieran despellejado, y

nada más. Casey jamás había visto nada similar y confiaba en no volver a ver algo así en el resto de su vida.

Casey intuyó una presencia a su espalda, y miró por encima del hombro. Otros lo habían visto y se acercaban, pero los que estaban más cerca, un par de muchachos, se encontraban a diez metros de él.

—Muchachos —llamó—. Agua para el burro. Un cubo. Pronto.

Volvió la cabeza y dijo:

—¿Qué...? ¿Quién...?

—Me llamo Dade Grant —dijo el prospector, alargando una mano, que Casey estrechó inconscientemente. Cuando la soltó, la rata del desierto señaló con el pulgar la criatura sentada sobre la arena—. Su nombre es Garth, según él mismo dice. Es un extra no sé qué, y también una especie de ministro.

Casey hizo una inclinación de cabeza al hombre-estaca y se alegró de recibir otra inclinación como respuesta en vez de una mano extendida.

—Yo soy Manuel Casey —dijo—. ¿A qué se refiere con eso de un extra no sé qué?

La voz del hombre-estaca se reveló inesperadamente profunda y vibrante.

—Soy un extraterrestre, y ministro plenipotenciario.

Por muy raro que parezca, Casey era un hombre de cierta cultura y conocía el significado de ambas frases; probablemente era la única persona de Cherrybell que conocía el de la segunda. Menos raro, considerando el aspecto de su interlocutor, fue que creyera ambas cosas.

—¿En qué puedo servirle, señor? —inquirió—. Pero primero, ¿por qué no entra para resguardarse del sol?

—No, gracias. Aquí hace más fresco de lo que me dijeron, pero no estoy mal. Esto equivale a una noche fresca de primavera en mi planeta. Y, en cuanto a lo que usted puede servirme, haga el favor de notificar mi presencia a sus autoridades. Creo que les interesará.

Bueno, pensó Casey, la suerte le había hecho tropezar con el hombre más idóneo en un radio de treinta kilómetros como mínimo. Manuel Casey era medio irlandés y medio mexicano. Tenía un hermanastro que era medio irlandés y medio americano, y el hermanastro era coronel del ejército en la base de las fuerzas aéreas Davis-Montan de Tucson. Dijo:

—Espere un minuto, señor Garth; voy a telefonar. Usted, señor Grant, ¿tampoco quiere entrar?

—No, el sol no me molesta. Me paso todo el santo día debajo de él. Y este Garth me pidió que me quedara pegado a él hasta que hubiera hecho lo que tenía que hacer aquí. Dice que me va a dar una cosa muy valiosa si lo hago. Un... no sé que electrónico.

—Un indicador de minerales electrónico y portátil, alimentado por baterías —dijo Garth—. Un sencillo aparato que indica la presencia de una concentración de mineral hasta a cinco kilómetros de distancia, así como la clase, el grado, la cantidad y la profundidad.

Casey tragó saliva, se disculpó y se abrió paso entre la creciente multitud hasta llegar a su taberna. Al cabo de un minuto tenía al coronel Casey al otro extremo de la línea, pero necesitó otros cuatro minutos para convencer al coronel de que no estaba borracho ni le estaba gastando una broma.

Treinta y cinco minutos después se oyó un ruido en el cielo, un ruido que aumentó y finalmente cesó cuando el helicóptero ocupado por cuatro hombre se posó en el suelo y sus hélices se detuvieron a unos doce metros de un extraterrestre, dos hombres y un burro. Sólo Casey se había atrevido a reunirse con el trío procedente del desierto; había otros espectadores, pero éstos continuaban ligeramente apartados.

El coronel Casey, un mayor, un capitán y un teniente, que era el piloto del helicóptero, salieron del aparato y se dirigieron hacia ellos. El hombre-estaca se levantó, alzando sus

dos metros setenta de estatura; por el esfuerzo que le costaba mantenerse en pie se veía que estaba acostumbrado a una gravedad mucho más ligera que la de la Tierra. Se inclinó, y repitió su nombre e identificación como extraterrestre y ministro plenipotenciario. Después se disculpó por volver a sentarse, explicó por qué era necesario, y se sentó.

El coronel se presentó a sí mismo y a los tres que le habían acompañado.

—Y ahora, señor, ¿en qué podemos servirle?

El hombre-estaca hizo una mueca que probablemente quería ser una sonrisa. Tenía los dientes del mismo color azul claro que el pelo y los ojos.

—Ustedes tienen una frase hecha que dice «lléveme junto a su superior». Yo no pido tanto. En realidad, debo quedarme aquí. Tampoco pido que sus superiores vengan a verme. Eso sería muy descortés. Estoy dispuesto a que ustedes les representen, a hablar con ustedes y a que ustedes me interroguen. Pero quiero pedirles una cosa.

»Ustedes tienen cintas magnetofónica. Me gustaría que, antes de empezar a hablar o responder preguntas, trajeran una. Quiero estar seguro de que el mensaje que reciban sus superiores sea completo y exacto.

—Muy bien —dijo el coronel. Se volvió al piloto—. Teniente, pida una cinta magnetofónica por la radio del helicóptero y diga que nos la envíen lo más rápidamente posible. Pueden lanzarla en paracaídas... No, eso tardaría más, pues tendrían que embalarla para la caída. Que la envíen con otro helicóptero. —El teniente se dispuso a marcharse—. Escuche —añadió el coronel—. Pida también cinco metros de cable. Tendremos que enchufarlo en la taberna de Manny.

El teniente echó a correr hacia el helicóptero.

Los demás se sentaron y sudaron un momento, y después Manuel Casey se levantó.

—Tendremos que esperar una media hora —dijo— y, si vamos a estar sentados al sol, ¿a quién le apetece una botella de cerveza fría? ¿A usted señor Garth?

—Es una bebida fría, ¿verdad? Yo no tengo nada de calor. Si tuviera algo caliente...

—Un café, marchando. ¿Quiere que le traiga una manta?

—No, gracias. No será necesario.

Casey dio media vuelta y no tardó en regresar con una bandeja en la que había media docena de botellas de cerveza fría y una taza de humeante café. El teniente ya había vuelto. Casey dejó la bandeja en el suelo y sirvió al hombre-estaca en primer lugar, el cual tomó un sorbo de café y dijo:

—Está delicioso.

El coronel Casey se aclaró la garganta.

—Ahora sirve a nuestro amigo prospector, Manny. En cuanto a nosotros... Bueno, tenemos prohibido beber cuando estamos de servicio, pero la temperatura era de cuarenta y dos grados a la sombra en Tucson, y aquí hace más calor, aparte de que no estamos a la sombra. Caballeros, considérense de permiso oficial hasta que terminen de beber la cerveza, o hasta que llegue la grabadora, si es que la recibimos antes.

La cerveza se terminó primero, pero cuando la última de ellas había desaparecido, el segundo helicóptero se dejó ver y oír encima del grupo. Casey preguntó al hombre-estaca si quería más café. La oferta fue cortésmente declinada. Casey miró a Dade Grant y éste le guiñó un ojo, así que Casey fue a buscar otras dos botellas, una para cada uno de los terrícolas civiles. Al volver encontró al teniente que iba hacia la taberna con el cable y retrocedió hasta el umbral para mostrarle dónde tenía que enchufarlo.

Cuando se reunió con los demás, vio que el helicóptero había llevado a una dotación completa de cuatro hombres, aparte de la grabadora. Además del piloto, había un sargento que estaba familiarizado con el manejo de la cinta magnetofónica y que en ese momento hacía los ajustes necesarios, un teniente coronel y un suboficial que les habían acompañado por si acaso se le requería durante el vuelo, o porque la solicitud de que enviaran rápidamente una grabadora a Cherrybell, Arizona, por vía aérea, había suscitado

la natural curiosidad. Todos rodeaban boquiabiertos, al hombre-estaca y hablaban en voz baja.

El coronel dijo:

—Atención. —Esta única palabra hizo que cesaran todas las conversaciones y reinara un silencio absoluto—. Hagan el favor de sentarse, caballeros. En círculo. Sargento, si colocamos el micrófono en el centro del círculo, ¿grabará claramente lo que cualquiera de nosotros pueda decir?

—Sí, señor. Ya casi he terminado.

Diez hombres y un humanoide extraterrestre se sentaron en círculo, con el micrófono colgado de un pequeño trípode en el centro aproximado. Los humanos sudaban copiosamente, el humanoide se estremecía ligeramente. Fuera del círculo, el burro permanecía inmóvil, con la cabeza baja. Un poco más cerca, pero todavía a cinco metros de distancia, diseminada ahora en un semicírculo, se encontraba toda la población de Cherrybell, que a esta hora habría estado en su casa en un día normal; las tiendas y las gasolineras se hallaban desiertas.

El sargento apretó un botón y la bobina de la grabadora empezó a girar.

—Probando..., probando —dijo. Apretó un segundo el botón de rebobinado y después volvió a apretar el botón de puesta en marcha—. Probando...

El sargento apretó el botón de rebobinado, y el borrador para limpiar la cinta. Después. El botón de parada.

—Cuando apriete el próximo botón, señor —dijo al coronel—, estaremos grabando.

El coronel miró al alto extraterrestre, que le hizo un signo de asentimiento con la cabeza, y entonces el coronel miró al sargento. Este apretó el botón de grabación.

—Me llamo Garth —dijo el hombre-estaca, lenta y claramente—. Procedo de un planeta de una estrella que no consta en sus catálogos estelares, aunque si conocen la concentración globular de la cual es una de las noventa mil estrellas. Desde aquí, en dirección al centro de la galaxia, está a algo más de cuatro mil años luz.

»Sin embargo, no he venido aquí como representante de mi planeta o mi pueblo, sino como ministro plenipotenciario de la Unión Galáctica, una federación de las civilizaciones ilustradas de la galaxia, por el bien de todos. Mi misión consiste en visitarlos y decidir, aquí y ahora, si serán autorizados a formar parte de nuestra federación.

»Ahora pueden hacerme todas las preguntas que deseen. Sin embargo, me reservo el derecho de posponer la respuesta a algunas de ellas hasta que haya tomado una decisión. Si la decisión es favorable, contestaré a todas las preguntas, incluidas aquellas cuya respuesta he diferido. ¿Les parece bien?

—Sí —dijo el coronel—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿En una nave espacial?

—Efectivamente. Ahora la tenemos justo encima de nosotros, en órbita a treinta y cinco mil kilómetros, de modo que gira con la Tierra y permanece sobre este mismo punto. Me tienen sometido a observación desde ella, y ésta es una de las razones por las que prefiero quedarme al aire libre. Debo hacerles una señal cuando quiera que bajen a recogerme.

—¿A qué se debe que hable tan correctamente nuestro idioma? ¿Acaso está dotado de telepatía?

—No, no lo estoy. En ningún lugar de la galaxia hay ninguna raza telépata, excepto entre sus mismos miembros. Me enseñaron su idioma con este propósito. Hace muchos siglos que nosotros tenemos observadores entre ustedes... Al decir «nosotros» me refiero a la Unión Galáctica, naturalmente. Es evidente que yo no podría hacerme pasar por un terrícola, pero hay otras razas que pueden. Por cierto, ellos no son espías, ni agentes; no han tratado de influirles en ningún aspecto; son observadores y nada más.

—¿Cómo nos beneficiaremos si entramos a formar parte de su Unión, en el caso de que nos lo pidan y nos acepten? —preguntó el coronel.

—En primer lugar, recibirán un cursillo sobre las ciencias sociales fundamentales que pondrá fin a su tendencia a luchar unos contra otros y pondrá fin o, por lo menos, controlará sus agresiones. Cuando veamos que lo hayan logrado y resulte seguro para ustedes, les enseñaremos a viajar por el espacio y muchas otras cosas, tan rápidamente como ustedes vayan asimilándolas.

—¿Y si no nos lo piden o rehúsan?

—Nada. Les dejaremos en paz; incluso retiraremos a nuestros observadores. Ustedes mismos labrarán su propio destino... o convertirán su planeta en un lugar deshabitado e inhabitable en el plazo de un siglo, o dominarán por sí mismos las ciencias sociales, siendo nuevamente candidatos a formar parte de la Unión. Nosotros les vigilarémos de vez en cuando, y cuando nos parezca que no van a destruirse entre sí, haremos un nuevo acercamiento.

—¿Por qué estas prisas, ahora que está usted aquí? ¿Por qué no pueden quedarse el tiempo suficiente para que nuestros superiores, como usted les llama, hablen con usted en persona?

—Pregunta diferida. La razón no es importante, pero sí complicada, y no quiero perder el tiempo explicándola.

—Suponiendo que su decisión sea favorable ¿cómo nos comunicaremos con usted para hacerle saber la nuestra? Es evidente que ya sabe lo suficiente de nosotros como para comprender que yo no puedo tomarla.

—Nos enteraremos de su decisión por nuestros observadores. Una condición, en el caso de que acepten, es que publiquen esta entrevista completa en los periódicos, tal como quedará grabada en esta cinta. También deben publicar todas las deliberaciones y decisiones de su gobierno.

—¿Qué hay de los demás gobiernos? Nosotros no podemos decidir unilateralmente por todo el mundo.

—Hemos escogido a su gobierno para empezar. Si ustedes aceptan, nosotros les proporcionaremos las técnicas que empujarán a los demás a seguir rápidamente su ejemplo... y esas técnicas no implican la fuerza ni la amenaza de la fuerza.

—Deben de ser unas técnicas extraordinarias —dijo irónicamente el coronel— si empujan a seguir rápidamente nuestro ejemplo a un país que no quiero nombrar, sin que medie ninguna amenaza.

—A veces, ofrecer una recompensa es más efectivo que recurrir a la amenaza. ¿Cree que el país que no desea nombrar se alegraría de ver que ustedes colonizan planetas de estrellas lejanas antes de que ellos pudieran llegar a Marte? Pero éste es un punto relativamente secundario. Pueden ustedes confiar en esas técnicas.

—Parece demasiado bonito para ser verdad. Pero usted ha dicho que debe decidir, aquí y ahora, si nos invitan a formar parte de su organización o no. ¿Puedo preguntarle en qué factores basará su decisión?

—Uno de ellos es que debo —debía, puesto que ya lo he hecho— comprobar su grado de xenofobia. En el sentido que ustedes dan a la palabra, significa temor a los extranjeros. Nosotros tenemos una palabra que no posee un equivalente en su vocabulario: significa temor y repugnancia a los extraños. Yo —o por lo menos, un miembro de mi raza— fui escogido para realizar el primer contacto abierto con ustedes. Como soy lo que aquí llaman humanoide —igual que ustedes son lo que yo llamaría humanoide—, probablemente les parezco más horrible y más repulsivo que un miembro de otra especie completamente distinta. Como para ustedes soy una caricatura del ser humano, les parezco más horrible que un ser sin semejanza alguna con ustedes.

»Quizá crean que realmente sienten horror por mí, así como repugnancia, pero créanme si les digo que han superado la prueba. En la galaxia hay razas que jamás podrán ser miembros de la federación, por mucho que avancen ellos mismos, porque tienen una violenta e incurable xenofobia; no podrían hablar cara a cara con un ser

extraño de otra especie. Se escaparían de él a todo correr o tratarían de matarle instantáneamente. Tras estudiarles a ustedes y a esa gente —agitó un largo brazo en dirección a los habitantes civiles de Cherrybell que se hallaban no lejos del círculo de la conferencia—, me doy cuenta de que experimentan una cierta repugnancia ante mi aspecto, pero deben creerme si les digo que es relativamente escasa y se puede curar. Han pasado satisfactoriamente esta prueba.

—¿Acaso hay otras?

—Una más. Pero creo que ya es hora de que... —En vez de terminar la frase, el hombre-estaca se tendió en la arena y cerró los ojos.

El coronel se puso en pie de un salto.

—¿Qué demonios sucede? —dijo. Rodeó apresuradamente el trípode del micrófono y se inclinó sobre el extraterrestre, acercando una oreja a su pecho de repugnante aspecto.

Mientras levantaba la cabeza, Dade Grant, el prospector de barba grisácea, dejó escapar una risita ahogada.

—No hay latido cardíaco, coronel, porque no hay corazón. Pero se lo dejaré como recuerdo y en su interior encontrarán cosas mucho más interesantes que un corazón o intestinos. Sí, es una marioneta que yo he estado manejando, tal como su Edgar Bergen maneja la suya... ¿cómo se llama?, ah, sí, Charlie McCarthy. Ahora que ha cumplido su misión, está desactivada. Ya puede regresar a la base, coronel.

El coronel Casey retrocedió lentamente.

—¿Por qué? —preguntó.

Dade Grant se estaba quitando la barba y la peluca. Se pasó un trapo por la cara para borrar todo rastro de maquillaje y ofreció a los presentes un rostro de hombre joven y atractivo. Dijo:

—Lo que él le ha dicho, o lo que le han dicho a través de él, es verdad. No es más que un simulacro, desde luego, pero constituye un duplicado exacto de un miembro de una de las razas inteligentes de la galaxia, la que, según nuestros psicólogos es susceptible de causarles más horror, en el caso de que fueran ustedes violentos e incurables xenófobos. No hemos traído a un verdadero miembro de su especie para realizar el primer contacto porque ellos también tienen una fobia: la agorafobia, temor al espacio abierto. Son sumamente civilizados y miembros de importancia de la federación, pero jamás abandonan su planeta.

»Nuestros observadores nos han asegurado que ustedes no tienen esa fobia. Pero no han sido capaces de juzgar anticipadamente el grado de su xenofobia y la única forma de averiguarlo era traer algo en lugar de alguien para comprobarlo, así como para que hiciera el contacto inicial.

El coronel suspiró ruidosamente.

—No puedo decir que esto no me satisfaga en cierto modo. Podríamos convivir con humanoides, sí, y lo haremos cuando llegue el momento. Pero admito que me satisface mucho más saber que la raza dominante de la galaxia es, después de todo, humana en vez de humanoide. ¿Cuál es la segunda prueba?

—Ahora mismo la está sufriendo. Llámeme... —Chasqueó los dedos—. ¿Cómo se llama la segunda marioneta de Bergen, la que va después de Charlie McCarthy?

El coronel titubeó, pero el sargento le facilitó la respuesta.

—Mortimer Snerd.

—Exacto. Pueden llamarme Mortimer Snerd, y ahora creo que ya es hora de que... — Se tendió sobre la arena y cerró los ojos tal como el hombre-estaca había hecho unos minutos antes.

El burro alzó la cabeza y la metió en el círculo, por encima del hombro del sargento.

—Aquí termina la actuación de las marionetas, coronel —dijo—. Y ahora, ¿querrá decirme por qué es tan importante que la raza dominante sea humana o, por lo menos, humanoide? ¿Qué es una raza dominante?

EL ULTIMO TREN

Eliot Haig estaba sentado solo en un bar, del mismo modo que antes se había sentado solo en muchos bares, mientras afuera caía el crepúsculo, un extraño crepúsculo. El interior de la taberna estaba en penumbra y sombrío, casi más que el exterior. El espejo azul de la barra aumentaba este efecto en él. Haig creía verse como en la pálida luz de una melancólica luna. Se vio a sí mismo pálido pero claramente; no doble, a pesar de los tragos que había bebido, sino solo. Tremendamente solo.

Y, como siempre que bebía durante varias horas seguidas, pensó: «Quizás esta vez lo haga».

El lo era impreciso y grandioso: quería decir todo. Significaba dar un gran salto de una vida a otra, lo que durante tanto tiempo había proyectado. Significaba, simplemente, dejar plantado a un picapleitos moderadamente triunfador llamado Eliot Haig, dejar plantadas todas las mezquinas complicaciones de su vida, los enredos personales, la trapacería legal que se encontraba dentro del carácter de la ley o imperceptiblemente fuera; significaba cortar el cable del hábito que le ataba a una existencia que se había vuelto sin sentido, designio o incentivo.

La melancólica imagen le deprimió y sintió, con más fuerza que de costumbre, la necesidad de moverse, de ir a otra parte aunque sólo fuese por otra copa. Bebió el último sorbo de su whisky con soda y hielo, y bajó del taburete hasta el suelo firme.

—Adiós, Joe —dijo, y caminó hacia la entrada.

El tabernero comentó:

—En alguna parte debe de haber un gran incendio. Mire el cielo. Me pregunto si será en los depósitos de madera del otro lado del pueblo.

El tabernero estaba asomado a la ventana de delante y miraba hacia fuera y hacia arriba.

Después de atravesar la puerta, Haig miró hacia arriba. El cielo tenía un tono gris rosado, como el del resplandor de un fuego lejano. Desde donde estaba vio que cubría todo el firmamento y que no había indicios respecto al origen del incendio.

Anduvo sin rumbo fijo hacia el sur. El silbido lejano de una locomotora llegó hasta sus oídos y le trajo recuerdos.

«¿Por qué no? —pensó—. ¿Por qué no esta noche?»

El viejo impulso —espectro de miles de noches insatisfactorias— era más poderoso esta noche. Incluso en ese momento andaba hacia la estación del tren; pero lo había hecho antes a menudo. A menudo había llegado al extremo de presenciar la salida de los trenes y pensar, mientras miraba: «Debería estar en ese tren». Nunca había subido a ninguno.

A media calle de la estación oyó el sonido de la campana, el resoplido del vapor y el arranque del tren. Lo habría perdido, si hubiese tenido el valor de tomarlo.

Y súbitamente comprendió que esta noche era distinta, que esta noche lo haría realmente. Sólo con la ropa que llevaba puesta, con el dinero que tuviera en los bolsillos. Exactamente como se lo había propuesto siempre: la salida limpia. Que ellos informaran de su desaparición, que se hicieran preguntas, que alguien enderezara la enredada maraña en que se convertirían súbitamente sus actividades profesionales sin él.

Walter Yates estaba delante de la puerta abierta de su taberna, a pocos pasos de la estación. Dijo:

—Hola, señor Haig. Esta noche hay una hermosa aurora boreal. La mejor que he visto en mi vida.

—¿De eso se trata? —preguntó Haig—. Creí que era el reflejo de un gran incendio.

Walter meneó la cabeza.

—No. Mire hacia el norte; allí donde el cielo parece trémulo. Es la aurora.

Haig se volvió y miró hacia el norte. El resplandor rojizo en esa dirección era. Sí, la palabra «trémulo» lo describía bien. También era hermoso, pero algo atemorizante, aunque uno supiera de qué se trataba.

Se volvió nuevamente y pasó junto a Walter para entrar en la taberna, al tiempo que preguntaba:

—¿Tiene un trago para un sediento?

Más tarde, mientras revolvía su whisky con una varilla de cristal, inquirió:

—Walter, ¿a qué hora sale el próximo tren?

—¿Hacia dónde?

—Hacia cualquier parte.

Walter levantó la mirada hasta el reloj.

—Dentro de pocos minutos. Entrará en cualquier momento.

—Demasiado pronto; quiero terminar esta copa. ¿Y el siguiente?

—Hay uno a las diez y catorce. Quizá sea el último de esta noche. Quiero decir, hasta medianoche; como cierro a esa hora, no lo sé.

—¿Adónde...? Espere, no me diga adónde va. No quiero saberlo. Pero viajaré en él.

—¿Sin saber adónde va?

—Sin preocuparme adónde va —corrigió Haig—. Escuche, Walter, hablo en serio. Quiero que haga algo por mí: si se entera por los periódicos de que he desaparecido, no diga a nadie que esta noche estuve aquí ni lo que hablé. No quería contárselo a nadie.

Walter asintió sabiamente.

—Puedo mantener cerrado el pico, señor Haig. Ha sido un buen cliente. No lo rastrearán a través de mí.

Haig se balanceó ligeramente en el taburete. Sus ojos se fijaron en el rostro de Walter y vieron la ligera sonrisa. Había una obsesionante sensación de familiaridad en esa conversación. Era como si se hubiesen pronunciado las mismas palabras con anterioridad, como si hubiese obtenido la misma respuesta. Bruscamente preguntó:

—Walter, ¿le he dicho esto antes? ¿Cuántas veces?

—Seis... Ocho... Quizá diez veces. No me acuerdo.

—Dios —musitó Haig suavemente. Fijó la mirada en Walter el rostro de éste se desdibujó y se separó en dos caras y sólo un esfuerzo logró reunir las en una ligeramente sonriente, irónicamente tolerante. Ahora supo que habían sido más de diez veces—. Walter, ¿soy un borracho?

—Señor Haig, yo no diría eso. Bebe mucho, pero...

Ya no quería mirar a Walter.

Fijó la vista en su vaso y vio que estaba vacío. Pidió otro y, mientras Walter le servía, se observó en el espejo situado detrás de la barra. Gracias a Dios, aquí no había un espejo azul. Era bastante malo ver dos imágenes de sí mismo en un espejo común; las imágenes gemelas, Haig y Haig, sólo que ahora ésa era ya una broma gastada y uno de los motivos por que iba a coger ese tren. Iba a... Por Dios, borracho o sobrio viajaría en ese tren.

Sólo que esa frase también tenía un tono de inquietante familiaridad.

¿Cuántas veces?

Fijó la mirada en un vaso lleno hasta la cuarta parte y a la vez siguiente estaba lleno hasta la mitad y Walter decía:

—Señor Haig, tal vez es un incendio, un gran incendio; se vuelve demasiado brillante para ser una aurora. Saldré un segundo.

Pero Haig permaneció en el taburete y cuando volvió a mirar, Walter estaba de nuevo detrás de la barra y manipulaba los botones de la radio.

—¿Es un incendio? —preguntó Haig.

—Tiene que serlo. Pondré el noticiero de las diez y cuarto y lo averiguaré. —La radio emitía música de jazz, un clarinete agudo e inquieto sobre los bronces enmudecidos y los agitados tambores—. Estará dentro de un minuto; es en esta estación.

—Estará dentro de un minuto... —Estuvo a punto de caer mientras bajaba del taburete—. ¿Entonces son las diez y catorce?

No esperó respuesta. El suelo pareció inclinarse ligeramente mientras se dirigía hacia la puerta abierta. Sólo unos pocos pasos y estaría en la estación. Podría alcanzarlo; realmente podría alcanzarlo. De repente era como si no hubiese bebido una sola gota y su mente estuviese despejada como el cristal, al margen de que sus pies trastabillaran. Y los trenes rara vez partían al minuto exacto y Walter pudo decir «en un minuto» refiriéndose a tres, dos o cuatro minutos. Existía una posibilidad.

Cayó en los escalones pero se levantó y continuó, perdiendo unos pocos segundos. Pasó junto a la taquilla —podría comprar el billete en el tren —y atravesó las puertas de atrás hasta el andén, las vías y el farol trasero rojo de un tren que se alejaba a pocos pero irremediables metros de distancia. Diez, cien metros. Se perdía.

El jefe de estación estaba al borde del andén y miraba el tren que se alejaba.

Debió de oír las pisadas de Haig; dijo por encima del hombro:

—Es una pena que lo haya perdido. Era el último.

Súbitamente Haig vio el lado gracioso del asunto y empezó a reír. Simplemente era demasiado ridículo para tomarse en serio la estrechez del margen por el cual había perdido ese tren. Además, habría uno temprano. Lo único que tenía que hacer era volver a la estación y esperar hasta que... preguntó:

—¿A qué hora sale el primero de mañana?

—Usted no lo entiende —respondió el jefe de estación.

Se volvió por primera vez y Haig vio su rostro contra el cielo carmesí y flameante.

—No lo entiende —repitió—. Ese era el último tren.

NO SUCEDIÓ

Aunque él no podía saberlo, Lorenz Kane estaba perdido desde el día que atropelló a la muchacha de la bicicleta. La pérdida propiamente dicha pudo haberle alcanzado en cualquier parte, en cualquier momento; dio la casualidad de que sucediera en los camerinos de un teatro de variedades una noche de finales de septiembre.

Por tercera vez en una semana había presenciado la actuación de Queenie Quinn, la primera bailarina del espectáculo, una actuación digna de presenciarse, en verdad. Vestida sólo con tres minúsculos pedazos de cinta azul, estratégicamente colocados, Queenie, una rubia de elevada estatura y cuerpo de ninfa, había terminado su último número de la noche y acababa de desvanecerse entre bastidores, cuándo Kane pensó que una actuación privada de Queenie, en su apartamento de soltero, no sólo sería mucho más agradable que una actuación en público, sino que indudablemente le produciría placeres mucho mayores. Y como el número final, en el que Queenie, en su calidad, de estrella, no debía aparecer, estaba empezando en aquel momento, decidió que era la ocasión ideal para hablar con ella a fin de conseguir una actuación particular.

Salió del teatro y bajó rápidamente por el callejón hasta la puerta de entrada de los artistas. Un billete de cinco dólares hizo que el portero le dejara entrar sin dificultades y al cabo de un minuto llamaba con los nudillos a la puerta de un camerino decorado con una estrella dorada. Una voz preguntó: «¿Sí?» No tenía intención de hacer su oferta a través de una puerta cerrada, y conocía lo bastante la jerga utilizada entre bastidores para saber

la única pregunta que haría suponer a la muchacha que él era alguien relacionado con el mundo del espectáculo que tenía una razón de peso para querer verla con urgencia.

—¿Está visible? —inquirió.

—Un momento —respondió ella, y después, al cabo de un minuto escaso —: Adelante.

El entró y la vio en pie frente a sí, envuelta en una bata de color rojo vivo que ponía de relieve sus hermosos ojos azules y su cabello rubio. Saludó y se presentó, después de lo cual empezó a explicar los detalles de la proposición que quería hacerle.

Estaba preparado para una cierta resistencia inicial o incluso una negativa y dispuesto a mostrarse persuasivo incluso, si era necesario, hasta el punto de ofrecerle una suma de cuatro cifras, que desde luego sobrepasaría los ingresos semanales de ella —hasta era posible que sus ingresos mensuales —en un teatro de variedades tan pequeño como aquél. Pero en vez de escucharle razonablemente, ella empezó a gritarle como una arpía, lo cual ya era bastante ofensivo; pero después cometió la gravísima equivocación de dar un paso adelante y cruzarle la cara de una bofetada. Fuerte. Le dolió.

El perdió la paciencia, retrocedió un paso, sacó su revólver y le disparó al corazón. Después salió del teatro, y cogió un taxi para volver a su apartamento. Tomó unas cuantas copas para tranquilizar sus nervios comprensiblemente agitados y se fue a la cama. Estaba durmiendo profundamente cuando, un poco después de medianoche, llegó la policía y le arrestó por asesinato. El no comprendió nada.

Mortimer Mearson, que probablemente, por no decir sin duda alguna, era el mejor abogado criminalista de la ciudad, regresó al edificio del club a la mañana siguiente después de una temprana partida de golf y encontró un recado en el que se le pedía que telefonara a la juez Amanda Hayes en cuanto pudiera. La telefoneó inmediatamente.

—Buenos días, Señoría —dijo—. ¿Ocurre algo?

—Ocurre algo, Morty; Pero si tienes libre el resto de la mañana y puedes dejarte caer por mi despacho, me ahorrarás el tener que explicártelo por teléfono.

—Estaré ahí dentro de una hora —le aseguró él.

Y así fue.

—Buenos días otra vez, Señoría —dijo—. Ahora hágame el favor de tomar aliento y explicarme detalladamente lo que sucede.

—Un caso para ti, si lo quieres. En pocas palabras, anoche se arrestó a un hombre por homicidio, se niega a hacer declaraciones de ninguna clase hasta haber consultado a un abogado, y él no tiene. Dice que, hasta ahora, jamás había tenido problemas legales y que ni siquiera conoce a ningún abogado. Pidió al jefe que le recomendara uno, y el jefe me ha pasado el muerto a mí.

Mearson suspiró.

—Otro caso de oficio. Bueno, supongo que ya era hora de que volviese a encargarme de uno. ¿Me ha designado a mí?

—No tan de prisa, muchacho —dijo la juez Hayes—. No se trata de ningún caso de oficio. El caballero en cuestión no es rico, pero disfruta de una posición razonablemente acomodada. Es un joven bastante conocido en la ciudad, un bon vivant, o algo por el estilo, capaz de pagar la minuta que quieras presentarle, siempre que no sea excesiva. No estoy diciendo que tu minuta suela ser excesiva, pero esto es algo que tenéis que discutir vosotros dos, si es que él acepta que le representes.

—¿Puede decirme si ese dechado de virtud, evidentemente inocente y difamado, tiene nombre?

—Lo tiene, y lo habrás oído más de una vez si lees los periódicos. Lorenz Kane.

—El nombre lo confirma; evidentemente es inocente. Uh..., hoy no he leído el periódico.. ¿A quién se supone que ha matado? ¿Sabe usted algún detalle?

—Será un caso difícil, Morty, muchacho —dijo la juez—. No creo que tenga ninguna posibilidad a menos que alegues locura momentánea. La víctima era una tal Queenie

Quinn —un nombre artístico, aunque sin duda se descubrirá uno más válido —que era bailarina en el Majestic. La estrella del espectáculo. Muchas personas vieron a Kane entre los espectadores durante su último número y le vieron salir justo después durante el número final. El portero le ha identificado y admite haber... ah... haberle dejado entrar. El portero le conocía de vista y esto fue lo que condujo a la policía hasta él. Al cabo de unos minutos volvió a pasar junto al portero, cuando salió. Mientras tanto varias personas habían oído el disparo. Y pocos minutos después del final del espectáculo, la señorita Quinn fue hallada muerta, de un disparo, en su camerino.

—Hummm —dijo Mearson—. Es su palabra contra la del portero. No será tan difícil. Conseguiré demostrar que el portero no es más que un mentiroso patológico con unos antecedentes interminables.

—Estoy segura de que lo conseguirías, Morty. Sin embargo, hay un pero. En vista de su posición relativamente importante, la policía llevaba una orden de registro junto con la orden de arresto bajo sospecha de asesinato cuando fueron a prenderle. En el bolsillo del traje que había llevado, encontraron un revólver de calibre treinta y dos con un cartucho disparado. La señorita Quinn murió a causa de una bala disparada con un revólver del calibre treinta y dos. Exactamente el mismo revólver, según los expertos en balística de nuestro departamento de policía, que dispararon una bala de muestra y usaron el microscopio para compararla con la bala que mató a la señorita Quinn.

—Húmmm, humm y hummm —dijo Mearson—. ¿Y dice que Kane no ha hecho absolutamente ninguna declaración excepto en el sentido de que no hará ninguna declaración hasta haber consultado al abogado que elija?

—Así es, aparte de un comentario bastante raro que hizo inmediatamente después de que le despertaran y acusaran. Los dos oficiales que le arrestaron lo oyeron y coinciden incluso en las palabras. Dijo:

«¡Dios mío, así que ella debía de ser real!» ¿Qué crees que quería significar con esto?

—No tengo ni la menor idea, Señoría. Pero si me acepta como su abogado, no dude de que se lo preguntaré. Mientras tanto, no sé si darle las gracias por proporcionarme el caso o maldecirla por encomendarme un problema tan difícil.

—A ti te gustan los problemas difíciles, Morty, y tú lo sabes. Especialmente si percibes tus honorarios, ganancias o pérdidas. Sin embargo, quiero ahorrarte el trabajo de que hagas gestiones inútiles. Sería inútil tratar de conseguir una fianza o un mandato de habeas corpus. El fiscal del distrito saltó de la silla al recibir el informe de balística. La acusación es formal: homicidio en primer grado. Y la parte acusadora no necesita más de lo que tiene; están dispuestos a ir a juicio en cuanto te hayan convencido de que no hay ningún motivo para esperar. Bueno, ¿qué estás aguardando?

—Nada —dijo Mearson. Y se fue.

Un guardia acompañó a Lorenz Kane a la sala de consultas y le dejó allí con Mortimer Mearson. Mearson se presentó y ambos se estrecharon la mano. Kane, pensó Mearson, parecía muy tranquilo, y decididamente más asombrado que inquieto. Era un hombre alto, moderadamente atractivo, de unos treinta y cinco o cuarenta años, y estaba impecablemente aseado a pesar de una noche en una celda. Daba la impresión de ser el tipo de hombre que conseguiría parecer impecablemente aseado en cualquier lugar, en cualquier momento, incluso una semana después de que sus portadores le hubieran abandonado en pleno safari a mil kilómetros al norte del Congo, llevándose todas sus pertenencias.

—Sí, señor Mearson. Estaré más que satisfecho si usted me representa. He oído hablar de usted, y he leído algo respecto a los casos que ha defendido. No sé por qué no se me ocurrió pensar en usted, en vez de solicitar una recomendación. Ahora bien, ¿desea oír mi historia antes de aceptarme como cliente..., o me ha aceptado ya, para bien o para mal?

—Para bien o para mal —dijo Mearson—, hasta que.. —Entonces se interrumpió; «hasta que la muerte nos separe» es una frase muy poco diplomática para un hombre que se halla, muy posiblemente, a la sombra de la silla eléctrica.

Pero Kane sonrió y acabó él mismo la frase.

—Muy bien —dijo—. Sentémonos —y ambos se sentaron en las dos sillas, una a cada lado de la mesa, de la sala de consultas—. Y como eso significa que nos veremos continuamente durante un tiempo, será mejor que nos llamemos por el nombre de pila. Pero no Lorenz, en mi caso. Llámeme Larry.

—Y a mí llámeme Morty —dijo Mearson—. Ahora quiero que me cuente su historia con todo detalle, pero primero le haré dos preguntas rápidas. ¿Es usted...?

—Espere —le interrumpió Kane—. Una pregunta rápida antes de esas dos. ¿Está usted absoluta y completamente seguro de que no hay ningún micrófono oculto en esta sala, de que esta conversación es completamente privada?

—Lo estoy —repuso Mearson—. Ahora mi primera pregunta: ¿es usted culpable?

—Sí.

—Los oficiales que le arrestaron declaran que, antes de esposarle, usted dijo una cosa: «¡Dios mío, así que ella debía de ser real!» ¿Es eso cierto? Y en caso afirmativo, ¿a qué se refería con ello?

—En aquel momento yo estaba muy aturdido, Morty; y no me acuerdo, pero probablemente dijera algo en este sentido, porque es exactamente lo que pensaba. Pero, en cuanto a lo que me refería, eso es algo que no puedo contestar rápidamente. El único modo de que usted me comprenda, si es que logro que me comprenda, es empezar por el principio.

—De acuerdo. Empezé. Y tómese todo el tiempo que necesite. No tenemos que resolverlo todo en una sesión. Puedo retrasar el juicio unos tres meses como mínimo..., más si es necesario.

—Puedo contárselo en menos tiempo. Todo empezó —y no me pida que sustituya el «todo» por otra palabra —hace cinco meses y medio, a principios de abril. Cerca de las dos y media de la madrugada del martes tres de abril, para ser lo más exacto posible. Había estado en una fiesta en Armand Village, al norte de la ciudad, y volvía a casa. Yo...

—Disculpe las interrupciones. Quiero asegurarme de que no se me escapa ningún detalle. ¿Conducía usted? ¿Iba solo?

—Conducía mi «Jaguar». Iba solo.

—¿Sobrio? ¿A demasiada velocidad?

—Sobrio, sí. Me fui de la fiesta relativamente temprano —era muy aburrida —y en esa época bebía con mucha moderación. Pero de repente me sentí hambriento —creo que me había olvidado de cenar —y me detuve en un parador. Tomé un cóctel mientras esperaba, pero me comí hasta el último pedazo del enorme filete que me trajeron, toda la guarnición, y bebí varias tazas de café. Después no tomé ninguna copa, y yo diría que cuando salí estaba más sobrio que de costumbre, si es que sabe a lo que me refiero. Y, por si esto fuera poco, di un paseo de media hora en un coche descapotado y en una noche bastante fría. En resumen, yo diría que estaba más sobrio que ahora, y no he bebido alcohol desde poco antes de la medianoche de ayer. Yo...

—Espere un momento —dijo Mearson. Sacó un frasco plateado del bolsillo de la americana y lo dejó encima de la mesa—. Es una reliquia de la Prohibición; a veces lo uso para hacer de San Bernardo con clientes encarcelados demasiado recientemente para que hayan podido procurarse la importación de las necesidades de la vida. Kane dijo:

—Ahhh. Morty, puede usted duplicar sus honorarios por excederse en el cumplimiento de su deber. —Bebió un buen trago—. ¿Dónde estábamos? —preguntó—. ¡Ah, sí! Yo estaba decididamente sobrio. ¿A mucha velocidad? Sólo técnicamente. Me dirigía hacia el sur por la calle Vine y sólo me separaban unas cuantas manzanas de Rostov...

—Cerca de la comisaría del distrito cuarenta y cuatro.

—Exactamente. Figura en mi relato. Es una zona de velocidad limitada a cuarenta y yo debía ir a sesenta, pero qué demonios, eran las dos y media de la madrugada y no había tráfico. Sólo la proverbial damita de Pasadena habría ido a menos de sesenta.

—Ella no estaría en la calle a esas horas. Pero Continúe.

—De repente, por la boca de un callejón situado en medio de una manzana, sale una muchacha en bicicleta, pedaleando con toda la rapidez posible en una bicicleta Y justo enfrente de mí. La vi claramente un instante, mientras pisaba el freno con todas mis fuerzas. Era una adolescente, de unos dieciséis o diecisiete años. Su cabello rojizo le salía por debajo de un gran pañuelo marrón que llevaba en la cabeza. Iba vestida con un jersey de angora verde pálido y pantalones de color canela hasta media pierna. La bicicleta era roja.

—¿Observó todo eso en una ojeada?

—Sí. Todavía lo veo con claridad. Y... esto no lo olvidaré jamás: un momento antes del impacto, ella se volvió y me miró fijamente, con ojos muy asustados Ocultos tras unas gafas de concha.

»Yo ya estaba apretando el pedal del freno con todas mis fuerzas y el maldito «Jaguar» empezó a clavarse en el suelo y a decidir si patinaba o no. Pero, demonios, por muy rápidas que sean tus reacciones —y las mías lo son mucho.—, es imposible parar un coche en seco si vas a sesenta. Debía de ir a cincuenta cuando la arrollé... Fue un impacto espantoso.

»Y después, un ruido sordo y varios crujidos al pasar primero las ruedas delanteras del «Jaguar» y después las posteriores El ruido sordo fue ella, naturalmente, y los crujidos fueron la bicicleta. El coche debió de pararse a un metro escaso.

»Un poco más adelante, a través del parabrisas, vi las luces de la comisaría á una manzana de distancia. Salí del coche y eché a correr hacia allí. No miré atrás. No quise mirar atrás. No habría servido de nada, pues ella debía de estar más que muerta, después de aquel impacto.

»Me precipité en el interior de la comisaría y, al cabo de unos segundos, conseguí dejar de tartamudear y explicar lo que intentaba decirles. Dos agentes salieron conmigo y los tres nos dirigimos hacia el lugar del accidente. Yo empecé a correr, pero ellos se limitaron a andar de prisa y yo moderé el paso porque no quería llegar el primero. Bueno, llegamos y...

—Déjeme adivinarlo —interrumpió el abogado—. Ni rastro de la joven, ni rastro de la bicicleta.

Kane asintió lentamente.

—Estaba el «Jaguar», parado en medio de la calle; los faros encendidos; la llave en el contacto, pero el motor calado. Detrás de él, unos doce metros de marcas de neumáticos, que empezaban unos cuatro metros antes del lugar donde estaba el callejón.

»Y eso es todo. Ni rastro de la muchacha, ni rastro de la bicicleta. Ni una gota de sangre, ni un pedazo de metal. Ni una abolladura en el parachoques del automóvil. Me tomaron por un loco y no les culpo. Ni siquiera me dejaron sacar el coche de en medio de la calle; uno de ellos lo aparcó junto a la acera —y se quedó la llave en vez de dárme la — y volvieron a conducirme a la comisaría para interrogarme.

»Pasé el resto de la noche allí. Supongo que habría podido llamar a un amigo para que avisara a un abogado y me sacaran bajo fianza, pero estaba demasiado trastornado para pensar en nada. Quizá demasiado trastornado para querer salir, para tener una idea de adónde querría ir o qué querría hacer si salía. Lo único que deseaba era estar solo para pensar y, después del interrogatorio, uno de los sitios a donde podía ir era justo el que me asignaron. No me metieron en la celda de los borrachos. Me imagino que iba demasiado bien vestido y llevaba tarjetas de identificación demasiado impresionantes, para convencerles de que, cuerdo o loco, era un ciudadano sólido y solvente al que debían

tratar con guantes de seda. Sea como fuere, me hicieron entrar en una celda individual y yo me alegré de poder quedarme a pensar en ella. Ni siquiera traté de dormir.

»A la mañana siguiente enviaron a un psiquiatra de la policía para hablar conmigo. A estas alturas, yo había llegado a la conclusión de que, cualquiera que fuese el problema, la policía no me ayudaría en nada y que cuanto antes los perdiera de vista, mejor. Así que engañé al psiquiatra restando importancia a mi historia en vez de contársela tal como sucedió. Omití los efectos acústicos, como los crujidos de la bicicleta al pasar por encima y las sensaciones cinéticas del impacto y el golpe, y se lo presenté como una súbita y momentánea alucinación visual. El picó el anzuelo y me dejaron marchar.

Kane dejó de hablar el tiempo suficiente para tomar un trago del frasco plateado y después preguntó:

—¿Aún me cree? Y, me crea o no, ¿tiene alguna pregunta que hacerme?

—Sólo una. —dijo el abogado—... ¿Está usted..., puede usted estar seguro de que su experiencia con la policía del distrito cuarenta y cuatro es objetiva y demostrable? En otras palabras, si llegamos a juicio y decido basar mi defensa en un estado de enajenación mental, ¿puedo llamar como testigos a los policías que hablaron con usted, y al psiquiatra de la policía?

Kane esbozó una sonrisa irónica.

—Para mí, mi experiencia con la policía es tan objetiva como el atropello de la muchacha en bicicleta. Pero, por lo menos, usted puede verificar lo primero. Compruébelo y averigüe si lo recuerdan. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Continúe.

—La policía dedujo que yo había sufrido una alucinación y se dio por satisfecha, pero yo no. Hice varias cosas. Primero llevé el «Jaguar» a un garaje para levantarlo del suelo y examiné detenidamente los bajos y la parte delantera. Nada de nada. Está bien, no había sucedido, en lo que al coche respecta.

»Después quise saber si una muchacha de esa descripción, viva o muerta, había salido aquella noche en bicicleta. Gasté varios miles de dólares en una agencia de detectives privada, para que escudriñaran minuciosamente aquel barrio —y una amplia zona a su alrededor —y descubrieran si había existido alguna vez una joven que concordase con esa descripción, con o sin bicicleta roja. Se presentaron con unas cuantas adolescentes pelirrojas posibles, pero yo me las arreglé para verlas, y no era ninguna de ellas.

»Y, después de informarme, yo mismo escogí a un psiquiatra y empecé a visitarle. Se suponía que era el mejor de la ciudad, e indudablemente el más caro. Fui a verle durante dos meses. Resultó un fracaso. No conseguí averiguar lo que creía que había sucedido; no quiso decirme nada. Ya sabe cómo trabajan los psicoanalistas, te hacen hablar a ti, te hacen analizarte a ti mismo, y finalmente te hacen decirles cuál es tu problema; entonces cotorreas un poco sobre ello y les dices que estás curado, ellos se muestran de acuerdo contigo y te dicen que vayas con Dios. Eso está muy bien si tu subconsciente sabe cuál es el problema y finalmente lo deja escapar. Pero mi subconsciente no sabía qué pasaba y, como vi que estaba perdiendo el tiempo, me largué.

»Pero, mientras tanto, yo había hablado con unos amigos para conocer sus ideas, y uno de ellos —profesor de filosofía en la Universidad —empezó a hablar de ontología, y eso me impulsó a leer libros sobre el tema y me proporcionó una pista. En realidad, yo creí que era más que una pista, creí que era la solución. Hasta anoche. Desde anoche sé que, por lo menos parcialmente, me equivoqué.

—Ontología... —dijo Mearson—... La palabra me resulta vagamente familiar, pero ¿será tan amable de aclarármela?

—Voy a citarle la versión íntegra del Webster Unabridged: «Ontología es la ciencia del ser o la realidad; la rama del saber que investiga la naturaleza, las propiedades esenciales y las relaciones de ser como tal.»

Kane lanzó una mirada a su reloj de pulsera.

—Veo que estoy tardando en explicárselo más de lo que había pensado. Empiezo a cansarme de hablar y sin duda usted aún estará más cansado de escuchar. ¿Qué le parece si acabarnos esta conversación mañana?

—Una excelente idea, Larry. —Mearson se levantó.

Kane inclinó el frasco plateado para aprovechar hasta la última gota y lo devolvió.

—¿Volverá a hacer de san Bernardo mañana?

—Fui al cuarenta y cuatro —dijo Mearson. El incidente que usted me describió no ha sido olvidado. Hablé con uno de los dos agentes que salieron con usted hasta la escena del... uh... hasta el coche. Usted informó realmente del accidente, de eso no hay duda.

—Comenzaré por donde lo dejé —declaró Kane—. La ontología, el estudio de la naturaleza de la realidad. Al leer mucho sobre el tema me tropecé con el solipsismo, que se inició en tiempos de los griegos. Es la creencia de que todo el universo es producto de la imaginación; en este caso, mi imaginación. Es la creencia de que yo soy la única realidad concreta y de que todas las cosas y todas las personas sólo existen en mi mente.

Mearson frunció el ceño.

—Así pues, la muchacha de la bicicleta, como para empezar sólo tenía una existencia imaginaria, ¿cesó de existir..., uh, retroactivamente, en el momento que usted la mató? ¿Sin dejar rastro tras sí, excepto un recuerdo en su mente, que atestiguara su paso por la vida?

—A mí también se me ocurrió esta posibilidad, y decidí hacer algo que seguramente lo confirmaría o refutaría. Específicamente, cometer un asesinato, deliberadamente, para ver qué sucedía.

—Pero..., pero Larry, se cometen asesinatos todos los días, hay personas que son asesinadas, y no se desvanecen retroactivamente sin dejar rastro tras de sí.

—Pero no soy yo quien las ha asesinado —replicó gravemente Kane—. Y si el universo es un producto de mi imaginación, eso supone una gran diferencia. La muchacha de la bicicleta es la primera persona que yo he matado en mi vida.

Mearson suspiró.

—De modo que decidió averiguarlo cometiendo un asesinato; y disparó sobre Queenie Quinn. Pero, ¿por qué no...?

—No, no, no —interrumpió Kane—. Cometí otro antes de ése, hace uno o dos meses. Un hombre. Un hombre...; no vale la pena que le diga su nombre o cualquier otra cosa acerca de él porque la verdad es que nunca existió, como la muchacha de la bicicleta.

»Pero, naturalmente, yo no sabía que ocurriría así, de modo que no me limité a matarle abiertamente, como hice con la bailarina. Tomé las debidas precauciones para que, si hallaban su cuerpo, la policía no pudiera detenerme como el asesino.

»Pero después de haberle matado, bueno..., él no había existido jamás, y creí que mi teoría estaba confirmada. A partir de entonces siempre he llevado un arma, creyendo que podría matar impunemente todas las veces que quisiera, y que eso no tendría importancia que no sería inmoral, porque cualquiera que yo matase no habría existido realmente excepto en mi imaginación.

—Hummm —dijo Mearson.

—Normalmente, Morty —dijo Kane—, soy una persona de carácter apacible. La otra noche fue la primera vez que usé el revólver. Cuando esa maldita bailarina me pegó lo hizo con fuerza, me dio un bofetón tremendo. Me cegó momentáneamente y yo reaccioné de un modo automático al sacar la pistola y disparar.

—Hummm —dijo el abogado—. Y Queenie Quinn resultó ser real y usted está en prisión por homicidio, así que, ¿no reduce eso su teoría de solipsismo a la nada?

Kane frunció el ceño.

—Evidentemente, la modifica. He reflexionado mucho desde que me arrestaron, y he llegado a una conclusión. Si Queenie era real —y desde luego lo era—, yo no era, y

probablemente no soy, la única persona real. Hay personas reales y personas irreales, que sólo existen en la imaginación de las reales.

»No sé cuántas hay. Quizá sólo unas pocas, quizá miles, o incluso millones. Mi muestra —tres personas de las cuales una resultó ser real— es demasiado pequeña para ser significativa.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué tiene que haber una dualidad como ésta?

—No tengo ni la menor idea —repuso Kane—. He llegado a pensar cosas muy raras, pero no son más que suposiciones. Es como una conspiración, pero una conspiración ¿contra quién? ¿O contra qué? Y no todas las personas reales pueden estar envueltas en la conspiración, porque yo no lo estoy.

Se rió entre dientes con humorismo.

—Anoche tuve un sueño muy curioso acerca de eso, uno de esos sueños confusos y revueltos que no puedes contar a nadie, porque no tienen continuidad y no son más que una serie de impresiones. Era algo sobre una conspiración y un archivo de la realidad que incluía los nombres de todas las personas reales y las mantenía reales. Y —voy a tratar de explicárselo— la realidad está manejada por una cadena de compañías inmobiliarias, una en cada ciudad, aunque desde luego no se sabe que formen una cadena. Naturalmente, también se ocupan de bienes raíces, como fachada. Y... Oh, demonios, es demasiado complicado para tratar de explicarlo.

»Bueno, Morty, eso es todo. Supongo que me dirá que mi única defensa es alegar locura... y tendrá razón porque, maldita sea, si estoy cuerdo soy un asesino. En primer grado y sin circunstancias atenuantes; ¿no es así?

—Sí —dijo Mearson. Jugueteeó un momento con una pluma de oro y después alzó la vista—. El psiquiatra que le trató durante cierto tiempo..., su nombre no era Galbraith, ¿verdad?

Kane negó con la cabeza.

—Bien. El doctor Galbraith es amigo mío y el mejor psiquiatra forense de la ciudad, quizá del condado. Ha trabajado conmigo en una docena de casos y los hemos ganado todos. Me gustaría conocer su opinión antes de planear la defensa. ¿Querrá hablar con él, ser completamente sincero, si le digo que venga a verle?

—Desde luego. Uh..., ¿le pedirá que me haga un favor?

—Probablemente; ¿de qué se trata?

—Préstele su frasco y dígame que lo traiga lleno. No tiene usted ni idea de lo agradables que hace estas entrevistas.

El interfono que había sobre la mesa de Mortimer Mearson dejó oír su zumbido característico y él apretó el botón que le traería la voz de su secretaria. —«El doctor Galbraith quiere verle, señor.» Mearson le dijo que lo hiciera entrar inmediatamente.

—Hola, doctor —dijo Mearson—. Quítese un peso de encima y cuéntemelo todo.

Galbraith se dispuso a obedecer y encendió un cigarrillo antes de hablar.

—Incomprensible al principio —dijo—. No di con la solución hasta hacerle el historial médico. Sufrió una caída jugando al polo a los veintidós años y el golpe que le dieron con un mazo en la cabeza le produjo una contusión grave y la subsiguiente amnesia. Primero fue completa, pero después fue recobrando gradualmente la memoria hasta la época de su primera adolescencia. Sin embargo, casi no recuerda nada de lo que ocurrió entre esa época y el momento del accidente.

—¡Dios mío, el período de adoctrinamiento!

—Exactamente. Oh, tiene destellos, como el sueño del que te habló. Podríamos rehabilitarlo, pero temo que ya sea demasiado tarde. Si le hubiéramos descubierto antes de que cometiera un crimen abierto... Pero ahora no podemos arriesgarnos a que su historia conste en un expediente, ni siquiera alegando locura como defensa. Ya lo sabes.

—Bien —dijo Mearson... Haré la llamada inmediatamente. Después iré a verle otra vez. No me gusta, pero hay que hacerlo.

Apretó un botón del interfono.

—Dorothy, comuníqueme con el Señor Hodge, de la Compañía Inmobiliaria Midland. Páseme la llamada a la línea privada.

Galbraith se fue mientras él esperaba y a los pocos momentos sonó uno de los teléfonos y lo descolgó.

—¿Hodge? —dijo—. Soy Mearson. ¿No nos escucha nadie? Bien. Clave ochenta y cuatro. Quita la tarjeta de Lorenz Kane —Lorenz Kane —del archivo de realidad... Sí, es necesario y una emergencia. Mañana te presentaré el informe.

Sacó una pistola del cajón de la mesa y cogió un taxi hasta el Palacio de Justicia. Solicitó una entrevista con su cliente y en cuanto Kane traspuso la puerta —no valía la pena esperar —le mató de un disparo. Aguardó el minuto que tardaba el cuerpo en desvanecerse, y después subió al despacho de la juez Amanda Hayes para realizar una última comprobación.

—¿Cómo está Su Señoría? —dijo—. Hace poco me hablaron de un hombre llamado Lorenz Kane, y no recuerdo quién fue. ¿Usted, por casualidad?

—Jamás he oído ese nombre, Morty. No fui yo.

—En este caso, debió de ser otra persona. Gracias, Señoría. Hasta la vista.

LLAMADA

Hay un delicioso cuento de horror que sólo consta de dos frases:

El último hombre sobre la Tierra estaba solo en una habitación. Sonó una llamada a la puerta...

Dos frases y una elipsis de tres puntos suspensivos. El horror, naturalmente, no está en la misma historia; está en la elipsis, en la implicación: qué llamó a la puerta. Enfrentada con lo desconocido, la mente humana proporciona algo vagamente horrible.

Pero no fue horrible, en realidad.

El último hombre sobre la Tierra —o en el universo, es igual— estaba sentado solo en una habitación. Era una habitación bastante peculiar. Se había dedicado a averiguar la razón de esta peculiaridad. Su conclusión no le horrorizó, pero le molestó.

Walter Phelan, que había sido profesor adjunto de antropología en la Universidad Nathan hasta el momento en que, hacía dos días, la Universidad Nathan dejó de existir, no era hombre que se horrorizara fácilmente. Ni con un gran esfuerzo de imaginación se habría podido calificar a Phelan de figura heroica. Era de escasa estatura y carácter apacible. No se hacía mirar, y él lo sabía.

No es que ahora le preocupara su aspecto. Ahora mismo, en realidad, era incapaz de sentir gran cosa. De una forma abstracta, sabía que dos días antes, en el espacio de una hora, la raza humana había sido destruida, a excepción de él y, en algún lugar... una mujer. Y éste era un hecho que no preocupaba en modo alguno a Walter Phelan. Probablemente jamás la había visto y no le preocupaba demasiado que jamás llegara a verla. Las mujeres no habían constituido un factor importante en la vida de Walter desde que Martha falleció un año y medio antes. No es que Martha hubiera sido una buena esposa... Era excesivamente dominante. Sí, había amado a Martha, de una forma profunda y tranquila. Ahora sólo tenía cuarenta años, y treinta y ocho cuando Martha falleció, pero la verdad es que desde entonces no había vuelto a pensar en las mujeres. Su vida fueron sus libros, los que había leído y los que había escrito. Ahora ya no tenía objeto seguir escribiendo libros, pero disponía del resto de su vida para leerlos.

Realmente, tener compañía habría sido agradable, pero se las arreglaría sin ella. Quizá al cabo de un tiempo llegara a disfrutar la compañía de algún zan, aunque no le parecía probable. Sus pensamientos eran tan extraños y distintos de los suyos, que la posibilidad de encontrar un tema de conversación interesante para ambos resultaba muy improbable. Eran inteligentes en cierto aspecto, pero también lo eran las hormigas. Ningún hombre ha logrado comunicarse jamás con una hormiga. Sin saber por qué, pensaba en los zan como si fueran hormigas, unas súper hormigas, aunque no se parecieran a ellas, y tenía el presentimiento de que los zan consideraban a la raza humana tal como la raza humana consideraba a las hormigas vulgares. Lo que habían hecho con la Tierra era lo que los hombres hacían con los hormigueros, aunque lo hubieran hecho de un modo más eficiente. Pero le habían dado gran cantidad de libros. Fueron muy amables en eso, en cuanto él les dijo lo que quería. Y se lo dijo en el mismo momento de comprender que estaba destinado a pasar el resto de su vida en aquella habitación. El resto de su vida, o lo que los zan habían expresado con las palabras, para siempre.

Incluso una mente brillante, y los zan tenían una mente brillante, tenía sus peculiaridades. Los zan habían aprendido a hablar el idioma de la Tierra en cuestión de horas, pero se empeñaban en separar las sílabas. Sin embargo, estamos divagando.

Sonó una llamada a la puerta.

Ahora ya está todo explicado, a excepción de los puntos suspensivos, la elipsis, y yo me encargaré de completarlos y demostrarles que no fue nada horrible. Walter Phelan exclamó: «Adelante», y la puerta se abrió. Naturalmente, era un zan. Era exactamente igual que los demás zan; si había un medio de distinguirlos, Walter no lo había descubierto. Medía un metro y medio de altura y no se parecía a nada de lo que pudiera haber existido sobre la Tierra, es decir, nada que hubiera existido en la Tierra antes de que los zan aparecieran. Walter dijo: «Hola, George.» Cuando se enteró de que ninguno de ellos poseía un nombre propio, decidió llamarlos a todos George, y a los zan no pareció importarles.

Este contestó: «Ho la, Walter.» Esto era el ritual, la llamada a la puerta y los saludos. Walter aguardó.

—Punto uno —dijo el zan—. Ha rás el fa vor de sen tar te con la si lla de ca ra al o tro la do.

Walter repuso:

—Ya me lo imaginaba, George. Esa pared es transparente por el otro lado, ¿verdad?

—Es trans pa ren te.

Walter suspiró.

—Lo sabía. Esa pared es lisa y está vacía, no hay ningún mueble adosado a ella. Además, parece distinta de las otras paredes. Si insisto en sentarme de espaldas, ¿qué pasará? ¿Me mataréis? Casi lo desearía.

—Nos lle va ría mos tus li bros.

—Me has convencido, George. De acuerdo, me pondré de cara a la pared cuando lea. ¿Cuántos animales, aparte de mí, tenéis en este zoológico vuestro?

—Dos cien tos die ci séis.

Walter meneó la cabeza.

—No está completo, George. Incluso un zoológico de segunda fila puede superar al vuestro..., podría superarlo, quiero decir, si hubiera quedado algún zoológico de segunda fila. ¿Nos habéis escogido al azar?

—Mues tras al a zar, sí. lo das las es pe cies ha brían si do de ma sia das. Un ma cho y u na hem bra de cien es pe cies.

—¿Con qué los alimentáis? Me refiero a los carnívoros.

—Fa bri ca mos co mi da sin té ti ca.

—Muy ingenioso. ¿Y la flora? También habéis reunido una buena colección, ¿verdad?

—La flo ra no ha si do daña da por las vi bracio nes. Si gue cre cien do.

—Me alegro por la flora. Así pues, no habéis sido tan duros con ella como con la fauna. Bueno, George, has empezado hablando del «punto uno». Deduzco que existe un punto dos. ¿Cuál es?

—Hay algo que no comprenden. Dos de los otros animales duermen y no se despiertan. Están fríos.

—Eso ocurre hasta en los zoológicos mejor organizados, George.

Probablemente no les ocurra nada a excepción de que estén muertos.

—¿Muertos? Esto significa detenidos. Nada los ha detenido. Cada uno de ellos estaba solo.

Walter miró fijamente al zorro.

—Quieres decir, George, que no sabes lo que significa la muerte natural?

—La muerte es cuando se mata a un ser, cuándo se detiene su vida.

Walter Phelan parpadeó.

—¿Cuántos años tienes, George? —preguntó.

—Dieci séis..., no comprendes el sentido de la palabra. Tu planeta ha girado unas siete mil veces en torno a tu sol. Aún soy joven. Walter dejó escapar un silbido.

—Un niño de pecho —dijo. Reflexioné un momento—. Mira, George, tienes que saber ciertas cosas respecto al planeta donde ahora estás. Aquí hay un tipo que no existe en el lugar de donde tú vienes. Es un viejo con una barba, una guadaña y un reloj de arena. Tus vibraciones no le han matado.

—¿Qué es?

Llámale La Parca, George. El Viejo de la Muerte. Nuestra gente y nuestros animales viven hasta que alguien, el Viejo de la Muerte, les arrebatara la vida.

—¿Ha detenido a las dos criaturas? ¿De tendrá a más?

Walter abrió la boca para contestar, pero volvió a cerrarla. Algún indicio en la voz de George le indicó que veía un ceño de preocupación en su rostro, en el caso de que tuviera un rostro reconocible como tal.

—¿Qué te parece si me llevas a ver esos animales que no se despiertan? —preguntó Walter—. ¿Está contra las reglas?

—Ven —dijo el zorro.

Esto ocurrió por la tarde del segundo día. Fue a la mañana siguiente cuando regresaron los zorros, varios de ellos. Se llevaron los libros y los muebles de Walter Phelan. Después, se lo llevaron a él. Se encontró en una habitación mucho más grande, a unos cien metros de distancia de la anterior. Se sentó y esperó lo que vendría a continuación. Cuando llamaron a la puerta, supo lo que ocurriría y se puso cortésmente en pie mientras decía:

—Adelante.

Un zorro abrió la puerta y se apartó ligeramente. Una mujer entró.

Walter se inclinó.

—Walter Phelan —dijo—, en caso de que George no le haya informado de mi nombre. George intenta mostrarse educado, pero no conoce todas nuestras costumbres.

La mujer parecía tranquila; se alegró de constatarlo. Dijo:

—Yo me llamo Grace Evans, señor Phelan. ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué me han traído aquí?

Walter la examinó mientras hablaba. Era alta, tan alta como él, y bien proporcionada. Daba la impresión de tener unos treinta años escasos, casi la misma edad que Martha. Poseía la misma tranquila confianza en sí misma que siempre había admirado en Martha, a pesar de que contrastara con su propia informalidad. En realidad, pensó, se parecía bastante a Martha.

—Creo que ya puede imaginarse la razón por la que la han traído aquí —repuso—, pero retrocedamos un poco. ¿Sabe qué ha sucedido?

—Se refiere a que han... matado a todo el mundo?

—Sí. Siéntese, por favor. ¿Sabe cómo lo hicieron?

Ella se dejó caer en un cómodo sillón cercano.

—No —dijo—. No sé exactamente cómo. Creo que no importa demasiado, ¿verdad?

—No demasiado. Pero voy a explicarle toda la historia, todo lo que sé después de hacer hablar a uno de ellos y unir los cabos sueltos. No son muchos..., por lo menos, aquí no hay muchos. No sé si constituyen una raza muy numerosa en su lugar de origen, que no sé dónde está, aunque me imagino que debe de encontrarse fuera del sistema solar. ¿Ha visto la nave espacial en la que vinieron?

—Sí. Es casi tan grande como una montaña.

—Casi. Bueno, está equipada para emitir una especie de vibración... Ellos la llaman así en nuestro idioma, pero yo supongo que más que una vibración sonora es una onda radioeléctrica., que destruye cualquier clase de vida animal. La nave está protegida contra la vibración. No sé si su radio de acción es tan amplio como para aniquilar de una vez a todo el planeta, o si volaron en círculo en torno a la Tierra, emitiendo las ondas vibratorias. Pero la cuestión es que aniquiló inmediatamente a todos los seres vivos, y confío en que lo hicieran sin dolor. La única razón por la que nosotros, y los otros doscientos animales y pico de este zoológico, no hemos muerto también, es que nos hallábamos dentro de la nave. Nos han escogido como muestra. ¿Sabía que esto era un zoológico?

—Bueno, lo sospechaba.

—Las paredes frontales son transparentes por la cara exterior. Los zan han demostrado ser muy hábiles al reproducir en el interior de cada cubículo el hábitat natural de la criatura que contiene. Los cubículos, como éste donde nos encontramos, son de plástico, y ellos poseen una máquina capaz de fabricar uno en menos de diez minutos. Si la Tierra hubiera tenido una máquina y un proceso como éste, no habría habido ningún problema de vivienda. Bueno, de todos modos, este problema ya no existe. Y me imagino que la raza humana —específicamente usted y yo— puede dejar de preocuparse por la bomba H y la próxima guerra. Es indudable que los zan nos han resuelto un gran número de problemas.

Grace Evans sonrió ligeramente.

—Otro caso en qué la operación tuvo éxito, pero el paciente murió. Las cosas estaban realmente muy mal. ¿Se acuerda de cuándo le capturaron? Yo, no. Una noche me fui a dormir y me desperté en una jaula de la nave espacial.

—Yo tampoco me acuerdo —repuso Walter—. Tengo el presentimiento de que primero usaron las ondas a muy baja intensidad, lo justo para que perdiéramos el conocimiento. Después descendieron y recogieron muestras para su zoológico más o menos al azar. Cuando tuvieron las que deseaban, o las que cabían en su nave, abrieron la espita al máximo. Y eso fue todo. Hasta ayer no supe que cometieron un error al sobreestimarnos. Pensaban que éramos inmortales, como ellos.

—Que éramos... ¿qué?

—Se les puede matar, pero no saben lo que es la muerte natural. Por lo menos, hasta ayer. Dos de los nuestros fallecieron ayer.

—Dos de... ¡Oh!

—Sí, dos de nuestros animales que estaban en su zoológico. Dos especies que se han extinguido irrevocablemente. Y, por la forma en que los zan miden el tiempo, los restantes miembros de cada especie no vivirán más que unos minutos. Supusieron que tenían especies permanentes.

—¿Quiere decir que no sabían lo que eran criaturas de corta vida?

—Así es —contestó Walter—. Uno de ellos es joven a los siete mil años, según me confesó él mismo. A propósito, ellos son bisexuales, pero no creo que se reproduzcan más que cada diez mil años. Cuando ayer se enteraron de la vida ridículamente corta que tenemos los animales terrestres, debieron de escandalizarse hasta la médula, si es que

tienen médula. La cuestión es que han decidido reorganizar su zoológico: dos y dos en vez de uno y uno. Se imaginan que duraremos más si vivimos colectivamente en vez de individualmente.

—¡Oh! —Grace Evans se levantó y un ligero rubor cubrió su rostro—. Si usted cree..., si ellos creen... —Se dirigió hacia la puerta.

—Estará cerrada —dijo tranquilamente Walter Phelan—, pero no se preocupe. Quizá ellos lo crean, pero yo no lo creo. No necesita decirme que no se fijaría en mí aunque yo fuera el último hombre sobre la Tierra; sería absurdo en las actuales circunstancias.

—Pero ¿es que piensan tenernos encerrados, a los dos juntos, en esta habitación tan pequeña?

—No es tan pequeña; nos las arreglaremos. Yo puedo dormir bastante cómodamente en uno de esos mullidos sillones. Y no crea que no estoy totalmente de acuerdo con usted. Dejando aparte todas las consideraciones personales, el mínimo favor que podemos hacer a la raza humana es permitir que se extinga con nosotros y no perpetuarla para que la exhiban en un zoológico.

Ella dijo «Gracias» de forma casi inaudible, y el rubor desapareció de su cara. La ira se reflejaba en sus ojos, pero Walter sabía que no era por su causa. Con los ojos lanzando chispas como en ese momento, se parecía mucho a Martha, pensó.

Le sonrió y dijo:

—O si no...

Ella se levantó de un salto y por un momento él creyó que se acercaría y le pegaría. Después volvió a desplomarse en su asiento.

—Si usted fuera un hombre, pensaría en una forma de... ¿Ha dicho que se les puede matar? —Su voz era dura.

—¿A los zan? Oh, desde luego. Los he estado estudiando. Su aspecto difiere totalmente del nuestro, pero creo que tienen un metabolismo parecido, el mismo tipo de sistema circulatorio, y probablemente el mismo tipo de sistema digestivo. Creo que cualquier cosa capaz de matarnos a nosotros podría matarlos a ellos.

—Pero usted ha dicho que...

—Oh, naturalmente, hay diferencias. Ellos no poseen el factor que hace envejecer a los hombres. O bien ellos tienen una glándula de la que el hombre carece, algo que renueve las células. Más frecuentemente que cada siete años, quiero decir.

Ella había olvidado su ira. Se inclinó ansiosamente hacia delante. Dijo:

—Creo que tiene razón. Sin embargo, no creo que sientan dolor, de ninguna clase.

El había estado esperando eso. Dijo:

—¿Qué le hace pensar así?

—Encontré un trozo de alambre en la mesa de mi cubículo y lo estiré frente a la puerta para que el zan se cayera. Así fue, y el alambre le hizo un corte en la pierna.

—¿Observó si le salía sangre roja?

—Sí. pero no pareció importarle. No se enfadó; ni siquiera hizo un solo comentario, lo único que hizo fue desatar el alambre. Al volver pocas horas después, el corte había desaparecido. Bueno, casi. Conseguí ver un pequeño rastro de él y por esto estoy segura de que era el mismo zan.

Walter Phelan asintió lentamente.

—Es natural que no se enfadara. No experimentan ninguna clase de emoción. Quizá, si matáramos a uno de ellos, ni siquiera nos castigarán. Se limitarían a darnos la comida por un agujero y no se acercarían a nosotros, nos tratarían como los hombres trataban a los animales de un zoológico que habían matado a su guardián. Probablemente se limitarían a asegurarse de que no atacáramos a otro de nuestros guardianes.

—¿Cuántos hay?

Walter repuso:

—Unos doscientos, según creo, en esta nave concreta. Pero, indudablemente, hay muchos más en el lugar de donde proceden. Sin embargo, tengo el presentimiento de que esto sólo constituye una avanzadilla, encargada de limpiar el planeta y preparar la ocupación de los zan.

—Resulta indudable que han hecho un buen...

Llamaron con los nudillos a la puerta y Walter Phelan dijo: «Adelante.» Un zan abrió la puerta y se quedó en el umbral.

—Hola, George —saludó Walter.

—Ho la, Wal ter. —El mismo ritual. ¿El mismo zan?

—¿Qué es lo que te preocupa?

—O tra cria tu ra duer me y no se des pier ta. U na llama da co madre ja.

Walter se encogió de hombros.

—Son cosas que ocurren, George. El Viejo de la Muerte. Ya te he hablado de él.

—Al go peor. Un zan ha muerto. Esta ma ña na.

—¿Es eso peor? —Walter le miró imperturbablemente—. Bueno, George, tendrás que acostumbrarte a ello, si pensáis quedaros aquí.

El zan no dijo nada. Se quedó donde estaba. Finalmente, Walter dijo:

—¿Y bien?

—Respecto a la comadreja, ¿recomiendas lo mis mo?

Walter se encogió de hombros nuevamente.

—Lo más probable es que no sirva de nada. Pero ¿por qué no?

El zan salió.

Walter oyó sus pasos, alejándose. Sonrió entre dientes.

—Quizá dé resultado, Martha —dijo.

—Mar... Yo me llamo Grace, señor Phelan. ¿Qué es lo que quizá dé resultado?

—Yo me llamo Walter, Grace. Dejémonos de formulismos. Verás, Grace, tú me recuerdas mucho a Martha. Era mi esposa. Falleció hace un par de años.

—Lo siento. Pero ¿qué es lo que quizá dé resultado? ¿De qué has hablado con el zan?

—Mañana lo sabremos —dijo Walter.

Y no pudo sacarle una palabra más.

Aqué era el tercer día de estancia de los zan. El día siguiente fue el último. Era cerca de mediodía cuando apareció uno de los zan. Después del ceremonial, permaneció junto a la puerta, con un aspecto más extraño que nunca. Resultaría interesante poder describirlo, pero no existen palabras para hacerlo. Dijo:

—Nos mar cha mos. El con se jo se ha reu ni do y lo ha de ci di do.

—¿Acaso ha muerto otro de los vuestros?

—A no che. Es te es un pla ne ta de muer te.

Walter asintió.

—Vosotros habéis hecho vuestra parte. Dejáis a doscientos trece con vida, aparte de nosotros, pero esto no es demasiado entre muchos millones. No tengáis prisa en volver.

—¿Podemos hacer algo?

—Sí. Podéis daros prisa. Dejad nuestra puerta abierta y las demás cerradas. Nos ocuparemos de los otros. El zan asintió y se fue.

Grace Evans se había levantado, y tenía los ojos brillantes; Preguntó:

—¿Cómo...? ¿Qué...?

—Espera —le advirtió Walter—. Déjame oírles despegar. Es un ruido que quiero oír y recordar.

El ruido se produjo a los pocos minutos, y Walter Phelan, adquiriendo súbitamente conciencia de lo tenso que estaba, se dejó caer en una silla y se relajó.

Repuso apaciblemente:

—En el Jardín del Edén también había una serpiente, Grace, y ella nos causó muchos problemas. Pero ésta nos los ha solucionado y ha compensado la acción de aquélla. Me refiero a la pareja de la serpiente que murió anteayer.

Era una serpiente de cascabel.

—Quieres decir que por su causa murieron los dos zan? Pero...

Walter asintió.

—No sabían nada acerca de las serpientes. Cuando los zan me llevaron a ver las primeras criaturas que «estaban dormidas y no se despertaban», vi que una de ellas era un serpiente de cascabel. Tuve una idea, Grace. Se me ocurrió pensar que las criaturas venenosas eran unas especies características de la Tierra y que los zan no debían de conocerlas. Además, cabía la posibilidad de que su organismo fuera tan parecido al nuestro que el veneno les matara. De todos modos, no se perdía nada por intentarlo. Y ambas suposiciones fueron acertadas.

—¿Cómo lograste que la serpiente de cascabel...?

Walter Phelan esbozó una sonrisa.

—Les expliqué lo que es el cariño. Ellos no lo sabían. Sin embargo, descubrí que les interesaba conservar el mayor tiempo posible al miembro restante de las especies, para estudiarlo antes de su muerte. Les dije que moriría inmediatamente porque había perdido a su pareja, a menos que tuviera un cariño y afecto constantes. Se lo demostré con el pato, que era la otra criatura que había perdido a su pareja. Por fortuna, era un pato doméstico y no me resultó difícil estrecharlo contra mi pecho y acariciarlo, para enseñarles cómo debían hacerlo. Después dejé que ellos lo hicieran con el pato... y con la serpiente de cascabel.

Se levantó y desperezó. Después volvió a sentarse más cómodamente.

Dijo:

Bueno, ante nosotros se extiende un mundo que debemos organizar. Tendremos que sacar a los animales del arca, y antes habrá que pensar y decidir varias cosas. Podemos dejar en libertad a todos los animales salvajes que sean herbívoros, para que se las arreglen como puedan. En cuanto a los domésticos, es preferible que los conservemos y nos encarguemos de ellos; los necesitaremos. Pero los carnívoros, los predadores... Bueno, habrá que decidirse. Pero mucho me temo que todo sea inútil, a menos que encontremos y sepamos manejar la máquina que usaban para fabricar alimentos sintéticos.

La miró fijamente.

—También hemos de pensar en la raza humana; habrá que tomar una decisión respecto a ella, una decisión muy importante. Ella volvió a sonrojarse un poco, como el día anterior; se sentó rígidamente en la silla.

—No —dijo.

El simuló no haberlo oído.

—Ha sido una hermosa raza, incluso en el caso de que hubiera llegado a extinguirse. Ahora renacerá si nosotros hacemos que renazca, y puede que tropiece con grandes dificultades durante cierto tiempo, pero nosotros podemos reunir libros y conservar la mayoría de sus conocimientos intactos; los importantes, por lo menos. Podemos...

Se interrumpió al ver que ella se ponía en pie y se dirigía hacia la puerta. Así habría reaccionado Martha, pensó, en la época que él la cortejaba, antes de casarse.

Dijo:

—Piénsalo, querida, y tómate todo el tiempo que quieras. Pero vuelve.

Se oyó un portazo. El permaneció sentado, pensando en todas las cosas que debían hacerse en cuanto empezaran, pero sin prisas para empezarlas. Y al cabo de un rato, oyó los vacilantes pasos de Grace que regresaba.

Sonrió ligeramente. ¿Ven? No fue horrible, en realidad.

El último hombre sobre la Tierra estaba sentado solo en una habitación.

Sonó una llamada a la puerta...

OBEDIENCIA

En un minúsculo planeta de una estrella lejana y débil, invisible desde la Tierra, y en el extremo más lejano de la galaxia, cinco veces la distancia que el hombre ha penetrado en el espacio, se eleva la estatua de un terráqueo. Fue construida con un metal precioso y es algo impresionante, de veinticinco centímetros de altura y exquisita factura.

Los bichos se deslizan sobre ella...

Estaban en una patrulla de rutina en el Sector 1534, más allá de Sirio y a muchos parsecs de Sol. La nave era la consabida biplaza de reconocimiento utilizada para todas las patrullas fuera del sistema. El capitán May y el teniente Ross jugaban al ajedrez cuando sonó la alarma.

El capitán May dijo:

—Don, ajústala, mientras pienso esta jugada.

No apartó la mirada del tablero; sabía que solo podía tratarse de un meteoro pasajero.

En ese sector no había naves. El hombre había penetrado mil parsecs en el espacio y aún no había encontrado una forma de vida extraña lo bastante inteligente para comunicarse, menos aún para construir naves espaciales.

Ross tampoco se levantó, sino que se volvió en la silla para mirar el tablero de instrumentos y la telepantalla. Levantó distraídamente la mirada y quedó boquiabierto: había una nave en la pantalla. Recuperó lo suficiente el aliento para gritar «¡Capitán!» y después el tablero de ajedrez cayó al suelo y May miró por encima de su hombro.

Pudo oír la respiración de May y luego su voz que dijo:

—¡Fuego, Don!

—¡Pero si es un crucero clase Rochester! Uno de los nuestros. Ignoro qué hace aquí, pero no podemos...

—Vuelve a mirar.

Don Ross no podía volver a mirar porque no había dejado de hacerlo pero repentinamente vio a qué se refería May. Era casi un Rochester, pero no del todo. Tenía algo extraño. ¿Algo? Era extraño, se trataba de una imitación alienígena de un Rochester. Y sus manos corrieron hacia el botón de disparo casi antes de que todo el impacto de la situación le alcanzara.

Con el dedo en el botón, observó los diales del telémetro Picar y del Monold. Marcaban cero.

Lanzó una maldición.

—Capitán, nos interfieren. ¡No podemos calcular a qué distancia está, su tamaño ni su masa!

El capitán May asintió lentamente, pálido.

En el interior de la cabeza de Don Ross, un pensamiento dijo:

—Serénense, hombres. No somos enemigos.

Ross se volvió y miró a May. Éste dijo:

—Sí, lo he recibido. Telepatía.

Ross volvió a maldecir. Si fueran telépatas...

—Fuego, Don. Visual.

Ross oprimió el botón. La pantalla quedó cubierta por una llamarada de energía y cuando ésta cesó, no había restos de nave espacial...

El almirante Sutherland dio la espalda al gráfico estelar colgado de la pared y los estudió agriamente desde debajo de sus pobladas cejas. Dijo:

—May, no me interesa refundir su informe. Ambos han estado sometidos al psicógrafo; hemos extraído de sus mentes hasta el último segundo del encuentro. Nuestros lógicos lo han analizado. Están aquí por razones disciplinarias. Capitán May, ¿conoce el castigo por desobediencia?

—Sí, señor —reconoció May tensamente.

—¿Cuál es?

—La muerte, señor.

—¿Y qué orden desobedeció?

—Orden General Trece-Noventa, Sección Doce. Prioridad Cuadrado-A. Toda nave terrestre, sea militar o de otro tipo, tiene la orden de destruir inmediatamente y al verla a cualquier nave extraña que encuentre. Si no lo hace, debe volar hacia el espacio extraterrestre, en una dirección no exactamente contraria a la de la Tierra, y continuar hasta que se le acabe el combustible.

—¿Y por qué motivo, capitán? Lo pregunto simplemente para averiguar si lo sabe. Desde luego, no es importante y ni siquiera relevante si comprende o no el motivo de cualquier disposición.

—Sí, señor. Para que no exista la posibilidad de que la nave extraña siga a la nave avistada hasta Sol y se entere así de la situación de la Tierra.

—Pero usted desobedeció esa disposición, capitán. No está seguro de haber destruido al extraño. ¿Qué puede decir en defensa propia?

—No lo consideramos necesario, señor. La nave extraña no parecía hostil. Además, señor, debían conocer nuestra base; al hablarnos nos llamaron «hombres».

—¡Tonterías! El mensaje telepático fue enviado por una mente extraña, pero recibido por las de ustedes. Sus mentes tradujeron automáticamente el mensaje a nuestra terminología. Él no sabía necesariamente el punto de origen de ustedes ni que eran humanos.

El teniente Ross no tenía por qué hablar, pero preguntó:

—Señor, por lo tanto, ¿no se cree que fueran amistosos?

El almirante resopló.

—Teniente, ¿dónde se entrenó? Parece haber pasado por alto la premisa más elemental de nuestros planes de defensa, el motivo por el cual desde hace cuatrocientos años patrullamos el espacio, en busca de cualquier vida extraña. Todo extraño es un enemigo. Aunque hoy se mostrara amistoso, ¿cómo podemos saber que lo será el año que viene o dentro de un siglo? Y un enemigo potencial es un enemigo. Cuanto más rápidamente sea destruido, más segura estará la Tierra. ¡Analice la historia militar del mundo! Como mínimo, demuestra eso. ¡Piense en Roma! Para estar a salvo, no podía permitirse el lujo de vecinos poderosos. ¡Y en Alejandro el Grande! ¡Y en Napoleón!

—Señor —intervino el capitán May—, ¿estoy bajo pena de muerte?

—Sí.

—Entonces más vale que hable. ¿Dónde está Roma ahora? ¿Y el imperio de Alejandro o el de Napoleón? ¿Y la Alemania nazi? ¿Y el tiranosaurio Rex?

—¿Quién?

—El antepasado del hombre, el más resistente de los dinosaurios. Su nombre significa «rey de los saurios tiranos». También pensaba que todos los demás seres eran sus enemigos. ¿Y dónde está ahora?

—Capitán, ¿es todo lo que tiene que decir?

—Sí, señor.

—Entonces lo pasaré por alto. Un razonamiento falaz y sentimental. No está bajo pena de muerte, capitán. Simplemente respondí que sí para averiguar lo que decía, hasta

dónde llegaba. No se muestra piedad con usted a causa de una tontería humanitaria. Se ha encontrado una circunstancia realmente atenuante.

—¿Puedo saber cuál, señor?

—El extraño fue destruido. Nuestros técnicos y lógicos lo han averiguado. El Picar y el Monold funcionaban correctamente. El único motivo por el cual no registraron ninguna señal se debió a que la nave extraña era demasiado pequeña. Pueden detectar un meteoro que pesa nada más que dos kilos y cuarto. La nave extraña era más pequeña.

—¿Más pequeña...?

—Indudablemente. Ustedes pensaron en la vida extraña en términos de nuestro tamaño. No existen razones por las cuales deba de ser así. Incluso podría ser submicroscópica, demasiado pequeña para ser visible. La nave extraña debió contactar deliberadamente, a una distancia de pocos metros. Y los disparos, a esa distancia, la destruyeron por completo. Por eso no vieron un casco carbonizado como prueba de que había sido destruida. —Sonrió—. Le felicito, teniente Ross, por su puntería. Desde luego, en el futuro las descargas visuales serán innecesarias. Hemos modificado inmediatamente los detectores y calculadores de las naves de todas clases a fin de que detecten y señalen objetos incluso de tamaño diminuto.

Ross dijo:

—Gracias, señor. ¿Pero no opina que el hecho de que la nave que vimos, al margen de su tamaño, fuera una imitación de una de nuestras naves de clase Rochester prueba que los extraños ya saben sobre nosotros mucho más que nosotros sobre ellos, incluido probablemente el emplazamiento de nuestro planeta natal? ¿Y que, aunque sean hostiles, el reducido tamaño de su aparato es lo que les impide expulsarnos del sistema?

—Es posible. O ambas cosas son ciertas o ninguna lo es. Es evidente que, al margen de su habilidad telepática, técnicamente son muy inferiores a nosotros., o, de lo contrario, no imitarían nuestro diseño de naves espaciales. Tuvieron que leer la mente de algunos de nuestros ingenieros para copiar ese diseño. Sin embargo, aunque supongamos que eso es verdad, quizá todavía no conocen el emplazamiento de Sol. Las coordenadas espaciales serían sumamente difíciles de traducir y el nombre Sol no significaría nada para ellos. Además, su descripción aproximada coincidiría con las de otros millares de estrellas. De todos modos, está en nuestras manos encontrarlos y exterminarlos antes de que ellos nos encuentren a nosotros. Hemos dado la alerta a todas las naves que están en el espacio para que los busquen y las hemos equipado con instrumentos especiales para detectar objetos pequeños. Estado de guerra. Quizás sea redundante decirlo: siempre existe un estado de guerra con los extraños.

—Sí, señor.

—Eso es todo, caballeros. Pueden retirarse.

En el pasillo, dos guardias armados esperaban. Cada uno de ellos se colocó a un lado del capitán May.

May dijo rápidamente:

—Don, no digas nada. Lo esperaba. No olvides que desobedecí una orden importante y que el almirante dijo que estaba condenado a muerte. Mantente al margen de esto.

Con los puños cerrados y los dientes fuertemente apretados, Don Ross vio cómo los guardias se llevaban a su amigo. Sabía que May tenía razón; no podía hacer nada salvo meterse en líos mayores que aquel en el que May ya estaba metido y empeorar la situación de su amigo.

Salió casi ciegamente del Edificio del Almirantazgo. Salió y se emborrachó en seguida pero de nada le sirvió.

Tenía la acostumbrada licencia de dos semanas antes de volver a presentarse para cumplir con sus deberes espaciales y sabía que le convendría aclarar su mente en ese período. Fue a ver a un psiquiatra y habló hasta perder la mayor parte de su amargura y su sentimiento de rebeldía.

Volvió a sus libros de texto y se sumergió en la necesidad de una estricta e indiscutible obediencia a la autoridad militar, en la necesidad de una vigilancia incesante a la espera de razas extrañas y en la necesidad de exterminarlas siempre que las encontrara.

Ganó; se convenció a sí mismo de cuán impensable había sido creer que el capitán May pudiera haber sido totalmente perdonado por haber desobedecido una orden, por el motivo que fuese. Incluso se sintió horrorizado por haber consentido en esa desobediencia. Desde luego, técnicamente era intachable; May había estado al mando de la nave y la decisión de regresar a la Tierra en lugar de volar hacia el espacio —y la muerte— provino de él. Como subordinado, Ross no había compartido la responsabilidad. Pero ahora, como persona, le remordía la conciencia por no haber tratado de convencer a May de que no desobedeciera.

¿Qué sería del Cuerpo Espacial sin obediencia?

¿Cómo podía compensar lo que ahora consideraba su negligencia culpable, su delito? Durante ese período miró ávidamente los telenoticieros y supo que, en algunos otros sectores del espacio, habían destruido otras cuatro naves extrañas. Gracias a los instrumentos de detección mejorados, todas fueron destruidas al ser avistadas; no hubo comunicación después del primer contacto.

Durante el décimo día de licencia, puso fin a las vacaciones por decisión propia. Regresó al Edificio del Almirantazgo y pidió audiencia con el almirante Sutherland. Obviamente, se rieron de él, pero lo esperaba. Logró que llevaran hasta el almirante un conciso mensaje verbal. Simplemente decía: «Tengo un plan que probablemente nos permitirá encontrar el planeta de los extraños sin que nosotros corramos riesgos».

Sin duda alguna, esas palabras le abrieron paso.

Permaneció en posición de firmes ante el escritorio del almirante y dijo:

—Señor, los extraños han intentado contactarnos. No han podido hacerlo debido a que los destruimos al contactarlos, antes de que enviaran un pensamiento telepático completo. Si les permitimos que se comuniquen, existe la posibilidad de que delaten, accidentalmente o de otro modo, el emplazamiento de su planeta natal.

El almirante Sutherland respondió secamente:

—Y lo hagan o no, podrían descubrir el del nuestro siguiendo la nave a su regreso.

—Señor, mi plan cubre esa contingencia. Sugiero que me envíen al mismo sector donde se estableció el contacto inicial... esta vez en una nave monoplacea y desarmada. Solicité que esta misión sea ampliamente difundida a fin de que todos los hombres del espacio lo sepan y sepan que estoy en una nave desarmada con el fin de establecer contacto con los extraños. Opino que ellos se enterarán. Seguramente logran recibir pensamientos a larga distancia pero enviarlos, por lo menos a mentes terráneas, sólo a distancias muy cortas.

—Teniente, ¿cómo lo ha deducido? No se preocupe, coincide con lo calculado por nuestros lógicos. Dicen que el hecho de que hayan robado nuestra ciencia, por ejemplo para copiar nuestras naves a escala menor, antes de que reparáramos en su existencia demuestra su capacidad de leer nuestros pensamientos a... bueno, a distancia moderada.

—Sí, señor. Supongo que si la noticia de mi misión llega a toda la flota, los extraños se enterarán. Y al saber que mi nave está desarmada, establecerán contacto. Averiguaré que tienen que decirme, que decirnos, y es posible que ese mensaje incluya una pista acerca del emplazamiento de su planeta natal.

—Y en ese caso el planeta duraría un máximo de veinticuatro horas —dijo el almirante Sutherland—. ¿Pero qué me dice de lo contrario, teniente? ¿No existe la posibilidad de que le sigan a su regreso?

—Señor, aquí es donde no tenemos nada que perder. Regresaré a la Tierra sólo si averiguo que ya conocen su emplazamiento. Creo que ya lo conocen gracias a sus habilidades telepáticas... y que no nos han atacado porque no son hostiles o porque son demasiado débiles. Pero sea como fuere, si conocen el emplazamiento de la Tierra no lo

negarán al hablar conmigo. ¿Por qué habrían de hacerlo? Lo considerarán un elemento favorable para ellos y creerán que estamos pactando. Si afirman que lo conocen aunque no sea cierto., me negaré a aceptar su palabra a menos que me den pruebas.

El almirante Sutherland le miraba atentamente. Dijo:

—Hijo, usted tiene algo. Probablemente le costará la vida pero... si no es así y regresa con la novedad sobre el lugar de donde proceden los extraños, será el héroe de la raza. Probablemente acabará con mi trabajo. A decir verdad, siento la tentación de robarle la idea y hacer yo mismo el viaje.

—Señor, usted es demasiado valioso. Yo soy sacrificable. Además, señor, tengo que hacerlo. No son honores lo que deseo. Algo me pesa en la conciencia y quisiera compensarlo. Debí tratar de evitar que el capitán May desobedeciera órdenes. Yo no debería estar aquí ahora, con vida. Debimos volar hacia el espacio, dado que no estábamos seguros de haber destruido al extraño.

El almirante carraspeó.

—Hijo, usted no es responsable de ello. En un caso como éste, sólo el capitán de la nave es responsable. Pero comprendo lo que quiere decir. Siente que, en espíritu, desobedeció órdenes porque en su momento coincidió con la decisión del capitán May. De acuerdo, eso pasó y su sugerencia lo compensa, aunque usted mismo no tripulara la nave de contacto.

—¿Pero puedo hacerlo, señor?

—Puede, teniente. Mejor dicho, puede hacerlo, capitán.

—Gracias, señor.

—Tendrá una nave preparada dentro de tres días. Podríamos tenerla antes, pero necesitaremos esos días para que la flota conozca la noticia de nuestras «negociaciones». Pero debe comprender que bajo ninguna circunstancia se desviará, por iniciativa propia, de las limitaciones que usted ha precisado.

—Sí, señor. A menos que los extraños ya conozcan el emplazamiento de la Tierra y lo demuestren fehacientemente, no regresaré. Volaré hacia el espacio. Le doy mi palabra, señor.

—Muy bien, capitán Ross.

La nave monoplaza volaba cerca del centro del Sector 1534, más allá de Sirio. Ninguna otra nave patrullaba ese sector.

El capitán Don Ross estaba tranquilo y esperaba. Observaba la visiplaca y esperaba a que una voz hablara en el interior de su mente.

Surgió cuando llevaba menos de tres horas de espera.

—Hola, Donross —dijo la voz, y simultáneamente aparecieron cinco minúsculas naves espaciales en su visiplaca.

El Monold le indicó que cada una de ellas pesaba menos de treinta gramos. Preguntó:

—¿He de hablar en voz alta o solamente debo pensar?

—No tiene importancia. Puede hablar si desea concentrarse en un pensamiento determinado, pero primero guarde silencio un momento.

Medio minuto después, Ross creyó oír en su mente el eco de un suspiro y luego:

—Lo siento. Supongo que esta charla no servirá de nada para ninguno. Verá, Donross, no conocemos el emplazamiento de su planeta natal. Quizá podríamos haberlo averiguado pero no nos interesaba. No éramos hostiles y, a partir de las mentes de los terráqueos, sabíamos que no podíamos correr el riesgo de ser amistosos. Por lo tanto, si usted obedece órdenes podrá regresar para informar.

Don Ross cerró los ojos un instante. Entonces ése era el fin, no tenía sentido seguir hablando. Habla dado su palabra al almirante Sutherland de que obedecería las órdenes al pie de la letra.

—Así es —dijo la voz—. Ambos estamos condenados Donross, y lo que le digamos carece de importancia. No logramos atravesar el cordón de sus naves y hemos perdido a la mitad de nuestra raza en el intento.

—¡La mitad! ¿Quiere decir...?

—Sí, Sólo éramos mil. Construimos diez naves, cada una de las cuales transportaba un centenar. Los terráqueos destruyeron cinco naves; sólo quedan cinco más, las que usted ve, toda nuestra raza. A pesar de que va a morir, ¿le interesa saber algo sobre nosotros?

Don Ross asintió, olvidando que no podían verle, pero debieron de leer en su mente su afirmación.

—Somos una raza antigua, mucho más antigua que la suya. Nuestro hogar es, o era, un minúsculo planeta del compañero oscuro de Sirio; sólo tiene ciento sesenta kilómetros de diámetro. Sus naves aún no lo han encontrado, pero sólo es cuestión de tiempo. Hace muchos, muchísimos milenios que somos inteligentes, pero jamás desarrollamos los viajes espaciales. Ni era necesario ni deseábamos hacerlo. Hace veinte años de los suyos, una nave terráquea pasó cerca de nuestro planeta y captamos los pensamientos de los hombres que iban en ella. Entonces supimos que nuestra única seguridad, nuestra única posibilidad de supervivencia, consistía en un vuelo inmediato hasta los límites más lejanos de la galaxia. Gracias a esos pensamientos supimos que tarde o temprano nos encontrarían, aunque nos quedáramos en nuestro propio planeta, y que seríamos implacablemente exterminados.

—¿No pensaron en combatir?

—No. No podríamos haberlo hecho aunque lo hubiésemos deseado., y no lo deseamos. Para nosotros es imposible matar. Si la muerte de un solo terráqueo e incluso de un ser inferior asegurara nuestra supervivencia, no podríamos causarla. Usted no puede comprenderlo. Un momento..., creo que puede hacerlo. Donross, usted no es como los demás terráqueos. Pero volvamos a nuestra historia. Extrajimos detalles del viaje espacial de las mentes de los miembros de esa nave y los adaptamos a la diminuta escala de las naves que construimos. Hicimos diez, las suficientes para transportar a toda nuestra raza. Pero descubrimos que no podemos atravesar sus patrullas. Cinco de nuestras naves lo intentaron y todas han sido destruidas.

—Yo hice una quinta parte: destruí una de sus naves —informó Don Ross apesadumbrado.

—Se limitó a cumplir órdenes. No se culpe a sí mismo. En ustedes la obediencia está tan profundamente arraigada como en nosotros el odio a matar. Aquel primer contacto con la nave en que usted viajaba fue deliberado; teníamos que cerciorarnos de que nos destruirían al vernos. Pero a partir de entonces, y de una en una, otras cuatro naves nuestras han intentado pasar y todas han sido destruidas. Reunimos todas las restantes aquí cuando supimos que usted establecería contacto con nosotros desde una nave desarmada. Pero aunque desobedeciera órdenes y regresara a la Tierra, esté donde esté, para informar de lo que acabamos de decirle, no darían órdenes de dejarnos pasar. Todavía hay muy pocos terráqueos como usted. Es posible que en épocas futuras, cuando los terráqueos lleguen al extremo más lejano de la galaxia, haya más seres como usted. Pero ahora, las posibilidades de que logremos hacer pasar siquiera una de nuestras naves son remotas. Adiós, Donross. ¿Qué significa esa extraña convulsión de su mente y la contracción de sus músculos? No lo comprendo. Espere... es el reconocimiento de que usted percibe algo incoherente. Aunque el pensamiento es demasiado complejo, demasiado confuso. ¿De qué se trata?

Finalmente Don Ross logró dejar de reír.

—Escuche, amigo alienígena que no puede matar —dijo Don—, les libraré de esto. Me ocuparé de que atraviesen nuestro cordón hacia la seguridad que desean. Pero lo divertido es el modo en que lo haré. Será obedeciendo órdenes y yendo hacia mi propia muerte. Saldré al espacio extraterrestre para morir allí. Usted, todos ustedes, pueden

acompañarme y vivir allí. Navestop. Sus minúsculas naves no aparecerán en los detectores de la patrulla si tocan esta nave. Y por si eso fuera poco, la fuerza de gravedad de esta nave les empujará y no tendrán que utilizar combustible hasta que estén más allá del cordón y fuera del alcance de sus detectores. Podré recorrer, como mínimo, cien mil parsecs antes de que se agote el combustible.

Hubo una prolongada pausa hasta que la voz en la mente de Don Ross dijo, débil y suavemente:

—Gracias.

Esperó hasta que las cinco naves desaparecieron de su visiplaca y oyó cinco ligeros sonidos cuando hicieron contacto con el casco de su propia nave. Después volvió a reír. Y obedeció órdenes: voló hacia el espacio y la muerte.

Es un minúsculo planeta de una estrella lejana y débil, invisible desde la Tierra, y en el extremo más lejano de la galaxia, cinco veces la distancia que el hombre ha penetrado en el espacio, se eleva la estatua de un terráqueo. Es algo impresionante, de veinticinco centímetros de altura y exquisita factura.

Los bichos se deslizan sobre ella, pero tienen derecho a hacerlo; la construyeron y la honran. La estatua es de un metal sumamente duro. En un mundo sin atmósfera, durará eternamente... o hasta que los terráneos la encuentren y la destruyan. A menos que, desde luego, para entonces los terráneos hayan cambiado profundamente.

EL COMISIONISTA

Estoy muy asustado. No porque mañana sea el gran día, el día en que he de atravesar una pequeña puerta de color verde para recibir una lección de cómo huele el gas cianuro. No se trata de eso en absoluto. Quiero morir. Pero...

Todo empezó cuando conocí a Roscoe, pero antes de llegar permitidme hacer un rápido bosquejo de lo que yo era A. R. (antes de Roscoe).

Era joven, relativamente guapo de un modo tosco, relativamente inteligente y bastante educado. Entonces me llamaba Bill Wheeler. Era aspirante a actor de televisión o de cine; hacía cinco años que lo intentaba y no había logrado tener siquiera la oportunidad de aparecer en un anuncio comercial local, menos aún de hacer de figurante en una película de mala muerte. Comía porque realizaba el turno nocturno, de seis de la tarde a dos de la madrugada, como encargado de un puesto de hamburguesas en Santa Mónica.

En principio, acepté ese trabajo porque tenía tiempo suficiente durante el día para coger el autobús hasta Hollywood y recorrer las oficinas de los agentes y los estudios. La tarde en que todo empezó, cuando mi suerte sufrió un viraje brusco, estaba a punto de renunciar. Hacía casi una semana que no iba a Hollywood. Me había dedicado a descansar, a conseguir un buen bronceado en la playa, a pensar en serio con respecto a mi futuro, a tratar de averiguar para qué tipo de trabajo podía ser apto y si sería capaz de conseguirlo y que pudiera conducirme a una vida que tuviera, por lo menos, algunas satisfacciones. Hasta ese momento, había sido la profesión de actor o nada; renunciar incluso a la esperanza de ser actor algún día exigió bastantes readaptaciones de mi pensamiento.

Mi suerte cambió a las seis en punto de una tarde, a la hora a la que habría tenido que ir a trabajar si no hubiese sido mi día libre y ello tuvo lugar en Olympic Boulevard, cerca de la Fourth Street, en Santa Mónica.

Encontré una cartera. Sólo contenía treinta y cinco dólares en efectivo pero, además de otras tarjetas de crédito, también incluía las del Diner's Club, Carte Blanche e International...

Me encaminé hacia el bar más cercano para tomar un trago..., y pensar.

Nunca en mi vida había hecho algo seriamente fraudulento, pero llegué a la conclusión de que ese encuentro, en el nadir de mi vida hasta la fecha, era una señal de Alguien o Algo en el sentido de que ésa sería la noche más grandiosa de mi vida así como su hito decisivo.

Sabía que no sería seguro utilizar indefinidamente las tarjetas, pero no correría riesgos haciéndolo sólo una tarde o una noche. Tendría una buena cena, copas, un hotel lujoso, una prostituta de las que hacen citas por teléfono, de todo. (Sí, ya sé que las prostitutas que se contratan por teléfono no aceptan tarjetas de crédito, pero podría utilizar las tarjetas contra talones al portador por todo lo que pudiera llevarme en todos los lugares donde me detuviere, y me detendría en tantos como pudiese antes de llegar a la fase de la puta por la noche.)

Con un poco de suerte, terminaría con un buen premio. Utilizaría por última vez la tarjeta de crédito por la mañana, para adquirir un billete de avión a fin de abandonar este desesperante lugar y empezaría en otro, como si fuese otra persona. Probaría cualquier cosa menos los platós. Eso nunca más... Por lo menos hasta algún día, una vez desaparecido el amargo resabio del fracaso de los intentos profesionales, en teatros de aficionados como pasatiempo.

Empecé a esbozar cuidadosos planes, ya que el tiempo era esencial.

En principio, pedí al camarero que me pidiera un taxi por teléfono. Me trasladé en él hasta mi cuarto. Practiqué durante media hora la firma de las tarjetas hasta que pude copiarla perfectamente y sin mirarla. Pedí otro taxi mientras preparaba las maletas y estaba listo cuando llegó. Le ordené al taxista que me llevara a la agencia de alquiler de coches más cercana.

Quería un Cadillac y me sentí algo decepcionado al tener que conformarme con un Chrysler, pero en realidad no tenía importancia ya que no era probable que alguien lo viera salvo los encargados de los aparcamientos.

Le dije al hombre —tal como pensaba decir a muchas otras personas antes de que terminara la noche —que me había quedado sin efectivo y que si tenía un cheque en blanco disponible, le agradecería que me lo hiciera efectivo por la cantidad que pudiera entregarme cómodamente. Desde luego, tenía muchos otros elementos de identificación, entre los que se incluía, gracias a Dios, un permiso de conducir, documentos que coincidían con las tarjetas de crédito. El hombre revisó la caja registradora, me hizo efectivo un cheque por cincuenta dólares y así inicié mi carrera delictiva.

Empezaba a tener hambre, por lo que conduje desde Wilshire hasta Hollywood, entregué el coche a un encargado del aparcamiento del Derby y entré. Todas las mesas estaban ocupadas y el maitre d'hôtel me dijo que tendría que esperar quince o veinte minutos. Le respondí que no había problema, que cuando hubiera una mesa disponible me encontraría en el bar y me encaminé hacia allí.

Ocupé el único taburete que se hallaba desocupado junto a la barra y me encontré sentado al lado de un hombre que también estaba evidentemente solo, pues al otro lado había una pareja ocupada de sí misma y que no le incluía en la conversación. Era un hombrecillo apuesto con una espesa pero rizosa melena de cabello blanco casi puro y un prolijo bigotito blanco, aunque el color de rosa y la tersura de su piel demostraban que era mucho más joven de la edad que le hacían aparentar su cabello y su bigote blancos. Evidentemente, sólo llevaba uno o dos minutos en la barra, dado que no tenía una copa delante.

En cierto sentido, fue el camarero quien nos presentó. Supuso que estábamos juntos, tomó y trajo juntos nuestros servicios y preguntó si queríamos una o dos cuentas. El

hombrecillo apuesto me ganó de mano, puesto que yo me disponía a hacer lo mismo, al volverse hacía mí y preguntarme si le haría el honor de tomar mi copa con él y a su cargo. Le di las gracias té; chocamos nuestras copas y empezamos a charlar.

Tal como lo recuerdo, evitamos usar el tiempo como gambito de apertura, pero nos concentramos en el tema de conversación de mediados de verano en Los Ángeles que ocupaba el segundo lugar: las posibilidades de los Dodgers de ganar el campeonato.

En tanto actor —o, mejor dicho, en tanto ex pretendiente a actor—, siempre me han interesado los acentos y el suyo me desconcertó especialmente. Era inglés de Oxford con un toque de libanés ocasionalmente salpicado por un hollywoodismo puro o un fragmento de jerga cinematográfica. Cuando más tarde lo cite directamente, no intentaré reproducir su acento.

Me cayó bien y yo parecí caerle bien. Casi de inmediato, sin presentarnos formalmente, nos llamamos por nuestros nombres le pila. Llámame Roscoe, me dijo. Y yo le respondí que me llamara Jerry en lugar de Bill, dado que J. era la primera inicial de J. R. Burger, el nombre que figuraba en las tarjetas de crédito; ya había tomado la decisión de invitar a cenar a Roscoe si aún no lo había hecho. En esas circunstancias, dos cenas no me costarían más que una.

Después del béisbol, acerca del cual ninguno de los dos sabía demasiado, el cine fue nuestro tema de conversación. Sí, me dijo que pertenecía a la industria cinematográfica. En ese momento no estaba en activo, aunque había invertido en varias producciones independientes y en dos espectáculos de televisión. Hasta hacía tres años, había producido o dirigido una docena de películas, las primeras en Londres y el resto aquí. Era yo actor? Pensaba que tenía el aspecto y hablaba como si lo fuera.

No me preguntéis por qué; de repente le conté toda la amarga verdad sobre mi fracaso pero, extrañamente, no lo conté con amargura, sino alegremente, haciendo que pareciera divertido. Más extraño aún, de pronto yo mismo lo vi divertido. Estaba en plena charla cuando se acercó un camarero y preguntó si yo era el caballero que esperaba una mesa. Respondí afirmativamente y pregunté a Roscoe si quería ser mi invitado y él aceptó.

Pedimos la cena y descubrí que era yo quien más hablaba mientras comíamos. Desde luego, tuve que cambiar el final de mi historia para explicar mi relativa prosperidad en ese momento, pero no fue difícil; me limité a inventar una pequeña herencia dejada por un tío. Expliqué que había aprendido la lección y que no la derrocharía en la misma ratonera en que lo había hecho los últimos cinco años de mi vida. Pensaba volver a mi ciudad natal y conseguir un trabajo sensato.

El camarero vino y nos dejó la cuenta. La di vuelta para colocar una generosa propina y encima dejé una tarjeta de crédito.

Me alegré de que Roscoe no intentara pagar ni compartir gastos. Quería demostrar que tenía crédito para tratar de hacer efectivo un cheque. Más que nada para plantear un tema de conversación, comenté con Roscoe que estaba corto de efectivo y le pregunté si sabía de qué cantidad me cambiaría un cheque el Derby.

—¿Para qué molestarles, muchacho? —preguntó—. Siempre llevo encima bastante efectivo. ¿Quinientos te parece suficiente? Intenté no mostrarme entusiasmado cuando le respondí que suficiente. Suponía que el restaurante sólo me cambiaría una fracción de esa cantidad; probablemente correrían algunos riesgos con un cliente que paga con tarjeta de crédito, pero no demasiados. Cuando el camarero llegó a recoger la cuenta y la tarjeta le pedí que me trajera un cheque en blanco y lo hizo en el acto. Mientras escribía el nombre de un banco en la parte superior y rellenaba el cheque, Roscoe sacó una pinza de oro para llevar dinero que sólo parecía sujetar billetes de cien, al menos una docena, y conté cinco.

Me los entregó mientras yo le daba el cheque. Lo miró y arqueó ligeramente las cejas.

—Jerry —dijo—, pensaba invitarte a mi casa a charlar, pero ahora tengo un doble motivo. Al parecer, tenemos el mismo nombre. ¿O por casualidad encontraste la cartera que perdí esta tarde en Santa Mónica?

Santo cielo, Santo cielo, Santo cielo. Sí, ahora sé que fue algo más que una coincidencia... Tenía que ser en una ciudad del tamaño de Los Ángeles, pero ¿qué otra cosa podía pensar entonces? Ni siquiera fue como si me hubiese seguido hasta el Derby, pues estaba allí antes de que yo llegara.

Durante un momento de delirio, pensé escapar por sorpresa... al fin y al cabo no conocía mi verdadero nombre y si lograba escapar limpiamente estaría a salvo. Pero si empezaba a correr y él gritaba «¡Detengan al ladrón!», media docena de camareros tendrían la posibilidad de sujetarme o tenderme una zancadilla.

Él seguía hablando con absoluta serenidad:

—J. R. significa Joshua Roscoe, de modo que puedes comprender por qué elegí el menor de los males. Ahora no seas tonto. Tal vez pueda hacerte una propuesta interesante. ¿Estás preparado?

Se puso de pie; yo asentí estúpidamente y también me levanté, al tiempo que pensaba qué demonios de propuesta se le podía ocurrir. No parecía marica, aunque si de eso se trataba podría arreglármelas.

Le seguí hasta el exterior y, obviamente, fue una coincidencia que hubiera un coche patrulla con dos polis en el interior aparcado más allá de la zona de carga. Le dio un pavo al portero —guardaba el cambio en un bolsillo y sólo los billetes grandes en la pinza— y pidió un taxi. Casi abrí la boca para decir que en el aparcamiento tenía un coche, pero decidí cerrar el pico y ver lo que ocurría.

Subimos al taxi y él dio unas señas de La Ciénaga. No habló durante el viaje y yo me dediqué a hacer cálculos mentales. Podía devolver el dinero, tenía lo justo. Me refiero a mis veinticinco pavos. La cuenta del restaurante había ascendido, propina incluida, a doce dólares. Y si devolvía inmediatamente el Chrysler, sólo pagaría alrededor de treinta kilómetros y dos o tres horas y podría utilizar los mismos cincuenta que había conseguido con el cheque sableado para recuperarlo. Si él me lo permitía, reconocería con franqueza la cuestión y la manejaría de ese modo.

El taxi se detuvo delante de un edificio de apartamentos de aspecto próspero. ¿Fue una coincidencia que otro coche patrulla estuviese aparcado al otro lado de la calle? De todos modos ya había decidido escucharle y plantear luego mi posición y sólo intentaría largarme si todo fracasaba.

Fuimos en ascensor hasta el cuarto piso y él utilizó una llave para abrir la puerta que daba al salón de un agradable apartamento de soltero. De seis habitaciones, supe más tarde, pero no había servicio de limpieza pues a él le gustaba la intimidad. Me señaló un sofá y fue hacia un pequeño bar situado en un ángulo.

—¿Un coñac?

Asentí y luego comencé a hablar, a pronunciar mi discurso sobre la devolución mientras él servía coñac en dos copitas. Se acercó y me entregó una.

—Evítame los detalles sórdidos, Jer... Ah, ¿ése es tu verdadero nombre de pila o lo elegiste para que coincidiera con la primera inicial de las tarjetas?

—Soy Bill —repliqué—. William Trent.

No estaba dispuesto a darle mi verdadero apellido hasta que supiera que no corría riesgos, pero no tenía nada que perder con el nombre de pila.

Me alegré al ver que se sentaba en un sillón frente a mi, en vez de hacerlo a mi lado en el sofá.

—No es característico —comentó—. Con tu cabellera pelirroja, ¿qué te parece Brick? Brick Brannon. ¿Te gusta?

Asentí. Me gustó bastante y, además, podía darme el nombre que quisiese mientras no llamase a la policía o hiciera insinuaciones.

—A tu salud, Brick —dijo y levantó la copa—. Ahora hablemos de la historia que me contaste. ¿Hasta qué punto es verdad?

—Hasta la última palabra —respondí—, si cambias la herencia de un tío por el hallazgo de una cartera.

Dejó su copa, atravesó la sala hasta un pequeño escritorio sacó de un cajón un guión cinematográfico fotocopiado. Buscó una parte del guión mientras volvía a cruzar la sala y me lo entregó abierto.

—Lee la parte de Filippo en esta página y media. Es un leñador tosco y analfabeto, con acento canadiense. Profundamente enamorado de su esposa pero furioso con ella en esta escena de la discusión. Primero léelo para ti y luego en voz alta. Haz una pausa en las frases que correspondan.

Lo leí para mí y después en voz alta. Él me dijo que pasara una docena de páginas hasta encontrar otra escena y que leyera el papel de otro de los personajes, y más tarde el de un tercero. En cada ocasión me explicó quién era el personaje, cómo hablaba y cuál era su relación con los demás personajes que aparecían en escena o que se mencionaban.

Cuando concluí la tercera lectura, él asintió y me dijo que dejara el manuscrito y cogiera mi coñac.

Roscoe bebió un largo trago de su copa.

—De acuerdo —afirmó—, eres un actor. No has tenido una oportunidad. Puedo convertirte en una estrella en dos años si me permites ser tu administrador.

—¿No hay truco? —inquirí y me pregunté si estaba loco.

—El diez por ciento —respondió—. Pero tendrá que salir del total... y bajo cuerda. Verás, Bill, no soy agente diplomado, y necesitarás uno al que tendrás que pagarle otro diez por ciento para que se ocupe de los detalles, redacte contratos y cosas por el estilo. Lo que yo haga será entre bastidores.

—Yo estoy de acuerdo, pero aún no he logrado que un agente respetable me contrate —dije—. ¿Qué hago en este sentido?

—Me ocuparé de ello. También tendrás que pagarle el diez por ciento del total porque no debe saber, nadie debe saber nada sobre tu acuerdo conmigo. Su diez por ciento podrás deducirlo normalmente de los impuestos pero el mío no porque será extraoficial. ¿Aceptado?

—Aceptado —respondí y hablaba en serio. Desesperado, a menudo había pensado en tratar de sobornar a un agente para que me contratara ofreciéndole el veinte o incluso el cincuenta por ciento si me promocionaba realmente; a decir verdad, lo intenté con varios a los que logré ver y me rechazaron de plano—. ¿Alguna otra condición?

—Sólo una. Puesto que entre nosotros no habrá nada escrito, espero que por tu honor no permitirás que yo te cree y luego intentarás excluirme. Por lo tanto, lo definiremos así. Cualquiera de los dos puede cancelar este acuerdo durante el primer año. Pero si durante ese primer año, en el que yo operaré entre bastidores y en el que tú podrás o no reconocer mi fina mano italiana en lo que sucede, tus ingresos brutos ascienden a veinticinco mil dólares o más, el acuerdo entre nosotros se torna permanente e irrevocable. ¿Aceptado?

—Aceptado —respondí. Como actor, no había ganado cien dólares en mi vida; veinticinco mil parecía una cifra imposible. Aunque él estuviera loco yo no tenía nada que perder y, a más, no me haría arrestar. Eso me recordó la situación, por que saqué la cartera y agregué —: Ahora bien, con respecto la devolución...

Roscoe suspiró.

—Está bien —dijo—. Detesto los detalles, así que quitémoslos de en medio. Cuéntame todo lo que hiciste desde que encontraste la cartera.

Procedí a explicarlo y dejé la cartera sobre la mesa.

Cogió la cartera, extrajo todo el dinero que contenía y se la guardó en el bolsillo.

—Bien —dijo—. Quinientos treinta y cinco son míos. Quédátelos como préstamo. Podrás devolvérmelos dentro de un mes. Devuelve el coche alquilado y recupera el cheque de cincuenta dólares. Olvida la cuenta que firmaste con mi nombre en el Derby; la cena corrió a mi cargo. No regreses al puesto de hamburguesas. Alquila esta misma noche un cuarto o apartamento en Hollywood. El traje que llevas no está mal, pero si es el mejor que tienes, cómprate mañana uno más decente y también todos los accesorios que necesites. Ah, y una chaqueta de cuero negro de ir en moto y tejanos, si no los tienes.

—¿Una chaqueta negra para ir en moto? —pregunté—. ¿Para qué?

—No te preocupes. Espera —cogió la pinza de dinero, contó los billetes de cien dólares que quedaban, ocho, y me los entregó. Me debes ochocientos dólares más. Consigue un coche. Necesitarás algo para moverte. Tendrás que moverte por Universal City, Culver City... la industria no está concentrada en Hollywood. Quizá gastarás quinientos en uno usado. Pero en pocos meses lo cambiarás por un coche nuevo. ¿Qué más? Ah, ¿Bill Trent es tu verdadero nombre?

—Mi verdadero nombre es Bill Wheeler.

—Lo era. Ahora es Brick Brannon. Esto es todo, pero telefonéame mañana a primera hora de la tarde. Mi número figura en la guía. No olvidarás mi nombre puesto que practicaste su falsificación.

Tuve una noche ajetreada, aunque en nada parecida a la que había proyectado. Regresé al Derby en taxi y cogí el Chrysler, lo devolví en Santa Mónica y recuperé mi cheque contando la historia de que por error había girado en descubierto y conseguido dinero en efectivo en otra parte. Por suerte, la agencia de alquiler de coches estaba en la parte del Santa Mónica Boulevard que está repleta de negocios de coches de ocasión que permanecen abiertos por la noche, de modo que dejé las maletas en la agencia y salí a la búsqueda de un coche. En la segunda agencia encontré lo que quería: un Rambler tasado en quinientos. Después de dar la vuelta a la manzana, logré que lo rebajaran a cuatrocientos cincuenta sin siquiera haber dado algo como pago y lo compré inmediatamente.

Recogí mis maletas y volví a Hollywood. Aún era temprano y recorrí Sunset Strip en busca de un apartamento de soltero, lo encontré y me mudé. Por ciento cincuenta dólares mensuales, tenía un hogar, lugar para aparcar el Rambler, acceso a una piscina e incluso servicio telefónico a través de una centralita. Y todavía era temprano, horas antes de lo que habría puesto fin a la velada que originalmente había planeado, pero de repente me sentí muy cansado y me acosté en cuanto terminé de deshacer las maletas. Debía haber estado demasiado agitado para poder dormir, pero me relajé y me dormí profundamente en cuanto me acosté.

Por la mañana fui hasta Hollywood Boulevard, compré un buen traje, aunque de confección, y algunas cosas más. Incluso una maldita chaqueta de cuero negro aunque no sabía para qué. Tenía de antes varios pares de tejanos. Al volver a casa me di un chapuzón en la piscina, crucé a comer al otro lado de la calle y luego telefoneé a Roscoe.

—Querido, muy bien —dijo—. ¿Conoces a un agente llamado Ray Ramspaugh?

—Sí, le conozco —respondí.

Le conocía y lo respetaba. Era el más importante de los traficantes de seres humanos que operaban a nivel individual, el más importante y el mejor. Sólo se ocupaba de unos pocos clientes selectos. Jamás había soñado siquiera con intentar verle.

—Tienes una cita con él a las dos en punto. No faltes.

—Allí estaré —repliqué—. ¿He de llamarte para informarte lo que ocurra?

—Ya sé lo que ocurrirá —afirmó—. Brick, a partir de ahora sólo tendrás que llamarme cuando recibas un cheque. Entonces me telefonearás para acordar una cita, aquí o en cualquier otro sitio, y darme mi tajada.

Llegué a la oficina de Ramspaugh, en South Vernon Drive, a la hora en punto y no tuve que esperar ni un minuto. Su secretaria me hizo pasar en el acto.

Él fue directo al grano y dijo:

—Roscoe dice que eres bueno y creeré en su palabra. Aquí tienes un contrato listo para firmar. Se trata de un contrato corriente, pero léelo antes de firmarlo. Vete con él al despacho contiguo; mientras tanto, yo haré algunas llamadas telefónicas.

Se trataba de un contrato impreso y yo lo habría firmado de buena fe, pero evidentemente él quería librarse de mí mientras hablaba por teléfono, por lo que lo llevé al despacho de su secretaria y lo leí —hasta la letra más pequeña —y luego lo firmé. Su secretaria habló por el intercomunicador y me dijo que Ramspaugh ya podía volver a verme y regresé a su despacho.

Ramspaugh dijo:

—Creo que tengo algo preparado. Un pequeño papel, pero al principio tendrás que hacer algunas cosas pequeñas para darte a conocer. Un papel para una sola toma en una nueva serie que han empezado a filmar en Revue. Ya tenían el reparto, pero el chico al que contrataron esta mañana sufrió un accidente automovilístico. Te necesitan con urgencia. ¿Podrás estar allí a las tres?

Asentí con la cabeza, pues me había quedado sin habla.

—De acuerdo. Pregunta por Ted Crowther. Ah, ganarás tiempo si vas disfrazado. Harás el papel de un joven recio, uno de esos que intentan actuar como Brando en El salvaje. ¿Tienes una chaqueta de cuero negro y tejanos?

Tragué saliva y volví a asentir.

—Cámbiate mientras vas hacia allí. Y vete volando, querido. Vamos a hacer grandes cosas.

Así de difícil fue para mí conseguir la primera oportunidad de actuar y durante mucho tiempo estuve demasiado ocupado para preguntarme cómo pudo saber Roscoe, la noche anterior, que al día siguiente me ayudaría para mi primer papel contar con una chaqueta de cuero negro para ir en moto. En cuanto al momento en que hizo la sugerencia, el accidente automovilístico que incapacitó al joven contratado para ese papel aún no había ocurrido.

Pero creo saber por qué me mencionó la chaqueta. Al margen de hacerme contratar de inmediato y sin vacilación por uno de los más relevantes agentes —un milagro en sí mismo—, «la fina mano italiana» de Roscoe rara vez fue visible. Todos mis papeles llegaron a través de Ramspaugh y pude suponer que él y yo lo hacíamos todo por nuestra cuenta. Aquella primera vez, con el fin de demostrarme algo, Roscoe había querido que su mano se notara. Había querido darme algo en lo que pensar.

Pero no tuve mucho tiempo para pensar y, a decir verdad, tampoco el suficiente para asustarme. Estaba demasiado ocupado. Al principio pequeños papeles, algunos sólo fragmentos, pero tantos como podía interpretar. Y a finales de año había crecido o me habían ascendido a papeles subordinados importantes y de responsabilidad. Probablemente pude ganar más dinero, pero a veces Ramspaugh rechazaba por mí papeles mejor pagados a favor de los peor pagados. En primer lugar, quería impedir que me encasillaran. Además, tampoco me permitía aceptar un papel permanente en una serie en la que me pondrían bajo contrato para hacer lo mismo una y otra vez.

Incluso así, ese año alcancé una ganancia bruta de poco más de cincuenta mil dólares, el doble de la cifra que habría vuelto irrevocable mi acuerdo con Roscoe, por lo que irrevocable se volvió. Después de restados los dos porcentajes del diez por ciento —uno de ellos deducible de los impuestos y el otro no —y los impuestos propiamente dichos, aún me quedaban más de quinientos dólares semanales de paga líquida, además de un Jaguar, un guardarropa realmente fino y un apartamento realmente bonito.

Durante el segundo año dupliqué esa cifra. Quiero decir que dupliqué mi ganancia neta a mil semanales, lo que significaba que debido a que me colocaron en un grupo de impuestos superior, había más que duplicado la ganancia bruta. Ahora interpretaba cada vez más papeles subordinados en las películas; mi nombre era bastante conocido, de

modo que mis apariciones en las series de televisión lo eran como «estrella invitada» e hice papeles de primer actor en varios espectáculos especiales.

Sin embargo, ese año sucedió algo que me recordó la presencia de Roscoe, si de eso se trataba, y mostró una nueva faceta de nuestra relación que yo no imaginaba que él pensara que existiera.

No es éste el episodio, pero tengo que contarlo como preliminar: pasé una semana en Las Vegas mientras rodábamos una película. Normalmente no soy jugador, pero una noche entré en uno de los casinos, compré fichas por valor de mil dólares y me dirigí a una de las mesas de dados. Empecé por apostar cien dólares, di con una buena racha y poco después apostaba el máximo de quinientos dólares por jugada. Gané poco más de veinte mil y después empecé a perder. Cuando quedé con once mil —una ganancia de diez de los grandes—, me retiré. Al regresar, vi a Roscoe para entregarle sus ingresos del total desde que le había visto por última vez. Los contó y luego pidió mil más, al tiempo que me recordaba los diez mil ganados en Las Vegas. Le entregué esos mil pavos sin vacilar. No había intentado guardármelos; simplemente no había comprendido que al decir el diez por ciento de todo él se refería a todo. No era un misterio el modo en que se enteró de mi racha de buena suerte, ya que varios miembros de la compañía cinematográfica habían compartido la mesa conmigo.

Fue la continuación de ese episodio lo que ahora me preocupa y más tarde veréis por qué. Una semana después regresamos a Las Vegas para repetir algunas tomas. Volví a apostar —¿por qué no hacerlo, dado que aún iba a la cabeza? —y esta vez perdí cuatro mil. Debido a que no tuve rachas de suerte no permanecí largo rato en ningún sitio. Recorrí toda la zona y visité una docena de casinos. No me acompañaba nadie y nadie pudo conocer el total de mis pérdidas. Sin embargo, cuando volví a ver a Roscoe para entregarle el dinero, me devolvió cuatrocientos dólares. Bastante justo; si reducía mis ganancias, ¿por qué no mis pérdidas? Pero, ¿cómo pudo enterarse?

No obstante, hubo otra pista acerca de lo que quería decir con el diez por ciento de todo. La cuestión realmente problemática surgió cuando me casé. Sí, lo habéis adivinado pero tengo que explicar cómo se produjo.

A principios del tercer año, firmé el contrato de mi primer papel estelar en una película importante, a razón de cinco de los grandes por semana. Mejor dicho, co-estelar; mi estrella compañera era una joven y bella actriz en camino de la fama llamada Lorna Howard. Durante una sesión informativa antes de iniciar el rodaje, Lorna y yo estábamos en el despacho del productor que súbitamente dijo:

—Oídme, chicos, sólo se trata de una idea, pero los dos sois libres y sois solteros. Si os casarais, quiero decir entre vosotros, podríamos hacer un gran montaje publicitario. Bueno para la película y para vuestras carreras —sonrió—. Por supuesto, sería un matrimonio de conveniencia.

Levanté una ceja y miré a Lorna.

—¿Lo sería? —le pregunté.

Ella me devolvió el levantamiento de ceja.

—Podría serlo, señor, según qué quiera decir con eso de conveniencia.

Y por eso nos casamos.

Al recordarlo, me resulta difícil comprender y menos aún explicar por qué me aproveché tan poco de las crecientes oportunidades que mi ascenso meteórico durante esos primeros dos años me había dado con las mujeres. Bueno, desde luego había tenido algunas aventurillas, pero fueron relativamente escasas y sin importancia. Claro que había estado condenadamente ocupado y al final de un día arduo solía sentirme muy fatigado y temeroso ante la idea de tener que madrugar a la mañana siguiente para otro día semejante. A veces ni siquiera pensaba en mujer durante varias semanas seguidas.

Pero el matrimonio me apartó de todo eso. Lorna y yo no estábamos enamorados, pero ella era tan concupiscente como hermosa y la boda resultó más que conveniente. Durante

un tiempo nos divertimos de la cabeza a los pies, a veces literalmente. Sobre la base de que cada uno de nosotros era moralmente libre y de que, puesto que no había amor, tampoco debían surgir los celos. No me aproveché de ese acuerdo pero poco después comprendí que, evidentemente, yo no era suficiente para ella y que Lorna tenía una aventura por otra parte. El diez por ciento del tiempo, estaba convencido, después de enterarme por casualidad de quién era amante.

No tenía motivos morales para quejarme, pero le quitó belleza a las cosas. Ella lo percibió y nos separamos. Después de estrenada la película, ella fue a Reno para obtener un divorcio discreto. Dicho sea de paso, a mí no me costó nada; Lorna tenía más capital que yo y los mismos ingresos. Tengo la corazonada de que si hubiese tenido que pagar el divorcio o pensión de alimentos, me habría sido reembolsado el diez por ciento de ese gasto.

En ese momento había firmado contrato para otro papel estelar, en esta ocasión por una cifra realmente astronómica, y de repente comprendí algo: más allá de determinado nivel de ingresos, empezaba a perder dinero al ganar más. La mayoría de las personas no lo comprenden y, a decir verdad, yo no me había dado cuenta, pero cuando la parte de tus ingresos sujeta a impuestos supera los doscientos mil, en el caso de un hombre solo, debes pagar el noventa y uno por ciento de todo lo que está por encima de esa cantidad, lo que te deja el nueve por ciento... menos, desde luego, el impuesto estatal sobre ingresos. Por lo tanto, dado que el diez por ciento de mis ganancias brutas iban a Roscoe bajo cuerda y, en consecuencia, no era deducibles, perdí dinero con todo lo que gané por encima de los doscientos mil. Si alguna vez obtenía una ganancia bruta de medio millón en un año, iría a la ruina. Jamás podría convertirme en una estrella máxima.

Pero no fue eso lo que me llevó a tomar la decisión de matar a Roscoe como única forma de anular un contrato irrevocable. No estaba tan ansioso de dinero y de más fama y, aunque no me alegraría hacerlo, podía hacer lo mismo que ya ponía en práctica algunas estrellas: interpretar una sola película al año. A Ramspough no le gustaría, pero podría soportarlo.

El factor desencadenante fue que me enamoré. Repentina total y desenfrenadamente, por primera vez en mi vida y, lo sabía, por única vez. Ella no era actriz y nunca había deseado serlo; se llamaba Bessie Evans y era guionista en la Columbia. La primera vez que nos vimos, se enamoró de mí tan totalmente como yo de ella.

Roscoe tenía que largarse. Quería tener algo más que una aventura con ella; deseaba casarme para siempre y mientras Roscoe viviera no podría hacerlo. O, mejor dicho, no lo haría. Si él obtenía el diez por ciento de ese matrimonio, igual tendría que matarle, de modo que daba lo mismo que fuese antes.

Por supuesto, me era imposible explicar a Bessie por qué no podía casarme con ella de inmediato; simplemente tuve que pedirle que confiara en mí y lo hizo. Mientras hacía planes para liquidar a Roscoe y liberarme, la oculté bajo seudónimo en un pequeño apartamento de Burbank. La veía tan poco como nuestro ardor lo permitía y siempre tomé las máximas precauciones para que no me siguieran hasta allí.

No entraré en detalles sobre mi plan para acabar con Roscoe. Baste decir que conseguí un arma a la que era imposible seguir el rastro y una llave de su apartamento. Y vestí un disfraz perfecto a fin de que si me veían en su edificio de apartamentos, o en sus proximidades, nunca pudieran reconocerme ni identificarme posteriormente.

Una madrugada, a las tres en punto, usé la llave. Con el arma en la mano, crucé en silencio la sala y abrí la puerta del dormitorio. De afuera llegaba apenas luz suficiente para ver que él se sentaba súbitamente al oír el sonido de la puerta que se abría. Disparé seis veces y ya no estuvo sentado.

Me hubiera ido de inmediato, pero en el súbito silencio posterior a los disparos oí que una ventana se cerraba con suavidad, aparentemente la de la cocina, ventana que por lo que recordaba daba a una escalera de incendios.

Una súbita y horrible sospecha me obligó a encender la luz del dormitorio y la horrible sospecha quedó justificada. No se había tratado de Roscoe, solo en la cama. Había sido Bessie, que momentáneamente se encontraba sola allí. ¿Por qué jamás se me ocurrió ni remotamente que el diez por ciento de todo no sólo se refería al dinero o al matrimonio?

En cierto sentido, morí allí y entonces. De todos modos, llegué a la conclusión de que quería morir, y si en el arma hubiese quedado un cartucho, probablemente lo habría disparado contra mi cabeza. Pero telefoneé a la policía. Cuando llegaron, había llegado a la conclusión de que les dejaría hacer el trabajo en mi lugar en la cámara de gas.

Me negué a hablar con la policía por temor a que un abogado pudiera aprovechar mi historia para preparar, incluso contra voluntad, un alegato de demencia. Con el fin de evitarlo, cuando conseguí un abogado y hablé con él, le conté mentiras que le llevaron a suponer que tenía la base de una buena defensa y le convencí de que me llevara al banquillo a declarar. Entonces, deliberadamente, dejé que el fiscal me hiciera papilla durante el interrogatorio a fin de que no quedaran dudas de que me condenarían a la pena de muerte.

A Roscoe no se le vio más y aún sigue desaparecido. Puesto que el crimen tuvo lugar en su apartamento, la policía intentó encontrarlo para interrogarle, pero no lo necesitaban para que reforzara sus afirmaciones ni buscaron demasiado.

Pero esté donde esté, el acuerdo entre nosotros es «permanente e irrevocable» y eso es lo que me tiene asustado. Tanto que las últimas noches no he dormido.

¿Cuál es el diez por ciento de la muerte? ¿Seguiré vivo un diez por ciento, consciente un diez por ciento a lo largo de una gris eternidad? ¿Regresaré para volver a vivir y a sufrir un día de cada diez o un año de cada diez... y en qué forma? Si Roscoe es quien sospecho que es, ¿qué haré con el diez por ciento de un alma?

Sólo sé que mañana lo averiguaré... y estoy asustado.

ELUROFOBIA

Hasta donde podía recordar, Hilary Morgan había sufrido elurofobia; es decir, miedo mórbido al *Felis domestica*, el gato común o doméstico. Era, como cualquier fobia, un asunto totalmente incontrolable por su mente consciente. Podía decirse y se decía a sí mismo, del mismo modo que lo hacían sus preocupados amigos, que no tenía ningún motivo para temer a un minino inocuo. Por supuesto, los gatos podían arañar, y a veces lo hacían, pero en modo alguno eran tan potencialmente peligrosos como los perros. Incluso un perro pequeño, aunque juguetón, puede arrancar bastante dolorosamente un trozo considerable de epidermis, y un perro grande puede resultar mortal. ¿Gatos? Bah. Hilary adoraba a los perros y temía a los gatos, a todos los gatos.

Si por la calle veía un gato a veinte metros de distancia, se encogía y cruzaba, sin tener en cuenta las señales de tráfico con tal de eludirlo. Si no tenía forma de evitarlo, daba media vuelta y desandaba lo caminado. Ninguno de sus amigos tenía gato; jamás aceptaba la primera invitación a casa de un nuevo conocido sin hacer cuidadosas preguntas hasta cerciorarse de que el amigo potencial no poseía un animal de denominación felina. Siempre utilizaba ese circunloquio u otro parecido porque hasta la palabra «gato» o cualquier otra que comenzara con esa sílaba le repelía. Nunca iba al mejor club nocturno de Albany —donde vivía— porque se llamaba Gatamaran Club y palidecía y temblaba cuando cualquier persona del despacho de la MacReady Noil Company —donde trabajaba— hacía un comentario gatuno. Evitaba y nunca hacía amistad con personas que se llamaran Tom o Félix; temía a las uñas de gato y a las

garrapatas; nunca comía garrapiñadas ni gateaux. Jamás leía gacetas, no usaba gafas, no tocaba la gaita, no era galante ni salía a galopar.

Al margen de esta fobia y los diversos inconvenientes y molestias que le provocaba, vivía y amaba con toda normalidad. Sobre todo, amaba; en la treintena, aún era soltero pero no tenía nada de célibe; a decir verdad, uno podría decir todo lo contrario, si es que la palabra «célibe» tiene un contrario. Amaba a las mujeres, afortunadamente les resultaba muy atractivo y tenía montones de... pero esa era una palabra que jamás había podido pensar en relación con sus amores. Allí residiría la locura.

Por lo tanto, uno podría decir que Hilary Morgan, a pesar de las inhibiciones e irritaciones provocadas por su elurofobia, era un hombre muy dichoso. Y probablemente hubiera seguido siéndolo si durante su trigésimo quinto año de vida no hubiesen ocurrido dos cosas.

Se enamoró real y temerariamente de la mujer más atractiva que había conocido.

Un tío acomodado murió y le dejó un legado de cincuenta mil dólares.

Podría haber sobrevivido a cualquiera de estas cosas aparentemente maravillosas, pero la combinación se convirtió en su ruina. Desde luego, propuso a su amada el matrimonio en esas circunstancias y fue aceptado, no por la herencia sino porque ella también le amaba plenamente; no hubo regateo por parte de su amada en el sentido de hacerle esperar hasta el paso por el altar. Si su amada tenía algún defecto, se trataba de una pequeña manía. Pero era la mejor de todas las manías, ninfomanía, y a Hilary no le molestaba en lo más mínimo. Uno podría decir que él tenía un toque de satiriasis, y qué mejor cura —«tratamiento» sería una palabra más adecuada —existe que una para la otra, su complemento. Sí, Hilary Morgan era muy dichoso con su amor y con su herencia. Pero la combinación resultó fatal. Su futura esposa lo quería entero, tanto mental como físicamente, y le convenció de que debía consagrar parte de la herencia —tanto como fuera necesario; ella comentó que seguramente sólo serían unos pocos miles de dólares— a los servicios de un psiquiatra que le curaría para siempre de la elurofobia.

Escogió un buen psiquiatra. En una docena de sesiones, este puso al descubierto el pasado de Hilary hasta la edad de tres años; en aquel momento su temor a los gatos había sido aún más intenso que en el presente. Los recuerdos conscientes de Hilary no le llevaron más atrás. Lo único que su mente consciente sabía, y de oídas, sobre sus experiencias anteriores a la edad de tres años era que su madre había muerto durante el parto y que una serie de niñeras le habían atendido desde el momento en que nació hasta que su padre se volvió a casar, cuando él tenía poco menos de tres años. Con el propósito de atravesar la barrera del recuerdo consciente, el psiquiatra recurrió a la hipnosis para producir el fenómeno común de la regresión, la reversión de la mente y la memoria para que el sujeto pueda revivir y relatar sus experiencias en un pasado olvidado por su mente consciente.

Bajo la más profunda de las hipnosis, llevó la memoria de Hilary hasta la edad de dos años y medio. En ese momento su padre había llevado a casa un gatito para él, se lo ofreció y dijo:

—«Para ti, hijo. ¿Lo ves? ¡Un gatito!»

En aquel entonces Hilary gritó..., y ahora sus gritos también retumbaban en la consulta del psiquiatra. Éste le despertó de inmediato, le explicó lo ocurrido, puso fin a la sesión de ese día y dijo a Hilary que se estaban acercando, que tal vez durante la próxima sesión quedaría explicitado el trauma que le había llevado a gritar al ver a un gatito a una edad tan temprana.

Durante la sesión siguiente, el psiquiatra volvió a someterle a hipnosis profunda y le hizo retroceder en la memoria aún más. Cuando Hilary, en su mente y en su memoria, se encontraba a la edad de dos años, revivió y relató otro episodio y —a medida que el recuerdo lo dominaba— volvió a gritar.

En esta ocasión el psiquiatra le hizo volver del trance aun con más rapidez y sonrió. Dijo:

—Al fin hemos descubierto la experiencia traumática que le ha llevado a temer a los gatos y ya no les tendrá miedo nunca más. Cuando tenía dos años, tuvo una niñera que resultó ser peligrosamente psicótica. Una mañana, molesta porque usted lloraba en el parque, se volvió homicida, cogió un cuchillo de la cocina y le atacó. Intentó matarle. Afortunadamente su padre estaba en el cuarto contiguo, oyó sus gritos mientras ella se acercaba a usted con el cuchillo y logró llegar a tiempo para sujetarla y salvarle la vida. La internaron en un centro para locos peligrosos.

—¿Pero eso qué tiene que ver con mi temor a... bueno, al animal al que le tengo miedo?

—El apodo de la niñera era Minina. Cuando seis meses después su padre le ofreció un gato y lo llamó «gatito», su mente lo asoció con la experiencia espantosamente traumática con una mujer homicida llamada Minina y gritó. Ahora que ha revivido el recuerdo y sabe la verdad sobre lo ocurrido ya no tendrá miedo a los gatos. Está libre de la elurofobia. Se lo demostraré ahora mismo. A la espera del éxito, pedí a mi secretaria que trajera un gato, su gato, a la consulta. Lo dejé en su cesta y fuera de la vista mientras usted cruzaba la sala de espera. Ahora le pediré que lo traiga... y usted no le temerá. Reconocerá que se trata de un animal hermoso y probablemente querrá acariciarlo.

Cogió el teléfono de su escritorio e intercambió unas palabras con su secretaria.

—Doctor, espero realmente que esté en lo cierto dijo Hilary con sinceridad—. En ese caso, parece que mi mente llevó a cabo una transferencia absurda... si es correcto decirlo así. Quizás «asociación» sea más exacta. De todos modos, parece que nunca debí tener miedo a los gatos. En lugar de ello, debí temer a... Se abrió la puerta y la hermosa secretaria del psiquiatra la atravesó con un gato en los brazos. Hilary Morgan se volvió, la vio... y gritó. No por el gato.

Posteriormente podría haber sido curado de ginefobia, el temor mórbido a las mujeres, por catarsis, si la galopante brusquedad con que se enteró de la verdadera categoría de su fobia no le hubiera regalado graciosamente una catatonía catabólica y después una catalepsia tan profunda que duró hasta que, después de descansar durante corto tiempo sobre un gabán fue enterrado en una catacumba del cercano Gatwick.

EINE KLEINE NACHTMUSIK

(En colaboración con Carl Onspaugh)

Se llamaba Dooley Hanks y era Uno de los Nuestros, con lo cual quiero decir que era en parte paranoico, en parte esquizofrénico y, sobre todo, un chalado con una poderosa *idée fixe*, una obsesión. Su obsesión consistía en que algún día encontraría El Sonido que había buscado durante toda su vida, o al menos durante toda su vida desde hacia veinte años, aún en la adolescencia, cuando había comprado un clarinete y aprendido a tocarlo. A decir verdad, sólo era una músico corriente, pero el clarinete era su batuta y su orquesta y el palo de escoba que le permitió viajar sobre la faz de la Tierra, por todos los continentes, en busca de El Sonido. Tocaba un poco aquí y un poco allá y después, cuando tenía encima algunos dólares, libras, dracmas o rublos, se dedicaba a caminar hasta que el dinero empezaba a escasear y entonces se dirigía a la ciudad más próxima lo bastante grande para permitirle reunir algo de dinero.

Ignoraba cómo sonaría El Sonido, pero sabía que se daría cuenta al oírlo. Tres veces creyó haberlo encontrado. Una vez, en Australia, cuando escuchó por vez primera a un toro rugidor. Otra vez, en Calcuta, al oír una chirimía tocada por un faquir para encantar a

una cobra. Y por tercera vez, al oeste de Nairobi, en la fusión de la risa de una hiena con la voz de un león. Pero al escuchar por segunda vez al toro rugidor, sólo fue un sonido; la chirimía, después de comprársela al faquir por veinte rupias y llevársela a su casa, sólo resultó ser un instrumento de boquilla tosco y ronco de poca extensión y carente de escala cromática; los sonidos de la selva finalmente se convirtieron en simples rugidos de león y risas de hiena, en modo alguno en El Sonido.

En realidad, Dooley Hanks poseía un enorme y raro talento que para él pudo significar mucho más que su clarinete: un don para las lenguas. Conocía decenas de idiomas y todos los hablaba con fluidez y sin acento. Le bastaban pocas semanas en cualquier país para aprender su idioma y hablarlo como un nativo. Pero jamás había intentado sacar provecho de su talento ni lo habría hecho. Pese a ser un intérprete mediocre, el clarinete era su debilidad.

En ese momento acababa de dominar el alemán, aprendido en las tres semanas en las que tocó con un combo en un stube de Hannover, en Alemania Occidental. Y el dinero que llevaba en el bolsillo eran marcos. Y al final de un día de caminata, prolongada con un viaje bastante largo en un Volkswagen, se detuvo bajo la luz de la luna en las orillas del río Weser. Ataviado con su ropa de andarín y con la de trabajo y traje bueno en una mochila que cargaba a la espalda. Con el estuche del clarinete en la mano; siempre lo llevaba y así y nunca lo colocaba en una maleta cuando la usaba ni en la mochila cuando caminaba.

Impulsado por un demonio, súbitamente sintió una agitación que debía ser, que sólo podía ser una corazonada, la sensación de que al fin estaba a punto de encontrar realmente El Sonido. Temblaba ligeramente; nunca antes había tenido una corazonada tan poderosa, ni siquiera con los leones y las hienas, y ésa había sido la más potente.

¿Pero dónde? ¿Aquí, en el agua? ¿O en la próxima población? Seguramente no más lejos que la próxima población. La corazonada era tan fuerte, tan temblorosamente fuerte. Como al borde de la locura; súbitamente supo que enloquecería si no lo encontraba pronto. Quizás estaba ya un poco loco.

La mirada fija en las aguas iluminadas por la luna. Súbitamente algo quebró la superficie, brilló silenciosamente blanco bajo la luz de la luna y volvió a desaparecer. Dooley clavó la mirada en el lugar. ¿Un pez? No había habido sonido ni chapoteo. ¿Una mano? ¿La mano de una sirena que había nadado corriente arriba desde el mar del Norte y le llamaba? Ven, el agua está tibia. (Pero no sería así, estaba fría.) ¿Alguna ondina sobrenatural? ¿Una doncella del Rin desplazada al Weser?

Pero ¿se trataba realmente de una señal? Dooley, que ahora temblaba al pensar en lo que estaba pensando, permaneció a orillas del Weser e imaginó cómo sería... chapoteando lentamente desde la orilla, dejando que sus emociones crearan el son para el clarinete, echando la cabeza atrás a medida que el río se hiciera profundo de modo que el instrumento sobresaldría después de que él quedara sumergido y el pabellón del clarinete sería lo último en hundirse. Y el sonido, fuera cual fuese, sería producido por las aguas burbujeantes que los rodearían. Primero a él y luego al clarinete. Recordó la remanida suposición —que anteriormente había considerado con iconoclasta desdén pero que ahora se sentía casi dispuesto a aceptar —de que una persona que se ahoga tenía una rápida visión de toda su vida a medida que ésta relampagueaba ante sus ojos en la gran final de la vida. ¡Qué montaje delirante sería! ¡Qué inspiración para los gorgoteos finales del clarinete! ¡Qué fusión frenética de la totalidad de su existencia salvaje, dulcemente triste y torturada, al tiempo que sus esforzados pulmones expulsaban el último jadeo en una nota final e inhalaban las aguas frías y oscuras! Un estremecimiento de jadeante expectación recorrió el cuerpo de Dooley Hanks mientras sus dedos temblaban aferrados al baqueteado estuche del clarinete.

Pero no, se dijo. ¿Quién le oiría? ¿Quién se enteraría? Era importante que alguien oyera. De lo contrario, su búsqueda, su descubrimiento, toda su vida serían en vano. La

inmortalidad no puede extraerse del conocimiento solitario de la propia grandeza. ¿Y de qué servía El Sonido si le provocaba la muerte en lugar de la inmortalidad?

Un callejón sin salida. Otro callejón sin salida. Quizá la próxima población. Sí, la próxima población. Ahora recuperaba su corazonada. ¿Había sido tan tonto como para pensar en ahogarse? Con tal de encontrar El Sonido, mataría si tuviera que hacerlo..., pero no a sí mismo. Ello haría que todo perdiera su significado.

Con la sensación de que se había salvado por un pelo, se volvió y se alejó del río, regresó hasta la carretera que avanzaba paralelamente a éste y emprendió la marcha hacia las luces de la siguiente población. Aunque por lo que Dooley Hanks sabía no tenía sangre india, caminaba como un indio, un pie directamente delante del otro, como si anduviera por la cuerda floja. Y en silencio, o tan silenciosamente como le permitían sus botas de marcha apoyando primero la planta para suavizar cada paso antes de que el tacón tocara el suelo. Y caminó rápidamente porque aún era temprano y, después de registrarse en un hotel y quitarse de encima la mochila, tendría tiempo suficiente para explorar la ciudad antes de que la gente poblara las calles. La bruma empezaba a adensarse.

Lo mezquino de su huida del impulso suicida a orillas del Weser aún le preocupaba. Le había ocurrido antes, pero nunca tan poderosamente. La última vez había sido en Nueva York, en la azotea del Empire State Building, a más de cien pisos sobre la calle. Era un día claro y despejado y lo mágico del panorama le dominó. Súbitamente se sintió presa del mismo regocijo delirante, convencido de que un relámpago de inspiración había puesto fin a su búsqueda, situando la meta en la punta de sus dedos. Lo único que tenía que hacer era retirar el clarinete del estuche y montarlo. La visión mágica se revelaría en las primeras notas diáfanas de instrumento y las cabezas de los demás visitantes se volverían maravilladas. Después el jadeo contrastante cuando saltara al espacio y las notas gimientes, suspirantes y chillones a medida que volaba hacia el pavimento, la extraña melodía inspirada por la arremolinada escena variopinta de la calle y la acera y las personas que miraban con horrorizada fascinación y le miraban a él, a Dooley Hanks, y oían El Sonido, su sonido, a medida que crecía hacia un soberbio fortísimo, la gran final de su más grandioso solo... la bronca nota final cuando su cuerpo chocaba contra la acera y la carne, la sangre y los huesos astillados se fundían con el cemento, obligando a la última y gloriosa expulsión del aliento a través del clarinete poco antes de que éste abandonara sus dedos exánimes. Pero se había salvado al volverse y correr hacia la salida y el ascensor.

No quería morir. Tendría que seguir recordárselo. Ningún otro precio sería demasiado alto.

Ya estaba ciudad adentro. En un barrio viejo de calles oscuras y estrechas y edificios antiguos. La bruma se enroscaba desde el río como una serpiente gigante que al principio abrazó la calle para después crecer y elevarse lentamente hasta empañar y diluir su visión. Pero en medio de ésta, al otro lado de la calle empedrada, vio el cartel iluminado de un hotel: Hoter den Linden. Nombre pretencioso para un hotel tan pequeño, pero parecía barato y eso era lo que buscaba. Comprobó que era barato, de modo que alquiló una habitación y subió su mochila. Pensó en cambiar sus ropas de marcha por su traje bueno pero decidió no hacerlo. Esa noche no buscaría un contrato; al día siguiente tendría tiempo. Pero llevaría su clarinete, sin la menor duda: siempre lo hacía. Esperaba dar con un lugar donde conocer a otros músicos, en donde tal vez le invitaran a compartir la mesa con ellos. Naturalmente, les preguntaría cuál era el mejor modo de conseguir un trabajo allí. El hecho de llevar el estuche de cualquier instrumento es una presentación automática entre los músicos. En Alemania o en cualquier parte.

Al pasar por la recepción mientras salía, pidió al encargado —un hombre que parecía tan viejo como el mismo hotel— que le explicara cómo dirigirse al centro de la ciudad, a los lugares animados. Una vez fuera, se dirigió hacia donde el anciano le había indicado,

pero las calles eran tan curvadas y la bruma tan espesa que pocas calles después se perdió y ya ni siquiera supo cómo había llegado hasta allí. Por lo tanto, vagabundó sin rumbo fijo y pocas calles después se encontró en un barrio extraño. Sin causa definida, esa extrañeza le acobardó y durante unos instantes de temor corrió para abandonar el barrio tan pronto como pudiera, pero se detuvo cuando súbitamente notó que el aire transportaba música... un susurro musical extraño y obsesionante que, después de escucharlo durante un prolongado instante, le empujó por la oscura callejuela en busca de su origen. Parecía la interpretación de un solo instrumento, un instrumento de boquilla que no sonaba exactamente como un clarinete ni exactamente como un oboe. Aumentó de volumen y luego volvió a diluirse. Sin éxito, Dooley buscó una luz, movimiento, algún indicio de su origen. Se volvió para desandar lo andado, avanzó de puntillas y la música volvió a crecer. Unos pocos pasos más y se desvaneció, por lo que Dooley retrocedió esos pocos pasos y se detuvo a observar el edificio tétrico y melancólico. Ninguna de las ventanas estaba iluminada. Pero ahora la música lo cubría totalmente y... ¿era posible que llegara desde abajo, por debajo de la acera?

Avanzó un paso hacia el edificio y vio lo que antes no había percibido. Paralelamente a la fachada, abierto y sin la protección de una barandilla, un tramo de gastados escalones de piedra conducía hacia abajo. Y al final de éstos, una hendidura de luz amarilla dibujaba tres lados de una puerta. La música provenía de detrás de esa puerta. En ese momento pudo oír voces que conversaban.

Bajó cautelosamente los escalones y se detuvo ante la puerta, preguntándose si debía llamar o limitarse a abrirla y ¿Acaso se trataba de un lugar público a pesar de que no había visto un cartel por ninguna parte? ¿De un lugar tan conocido por sus parroquianos que el cartel estaba de más? ¿O de una fiesta privada en la que él sería un intruso?

Decidió que la cuestión de si la puerta tenía o no echado el cerrojo se respondiera por sí misma. Apoyó la mano en el pomo, la puerta se abrió y entró.

La música llegó hasta él y le abrazó tiernamente. El establecimiento parecía un lugar público, una bodega. En un extremo de la amplia estancia se alzaban tres enormes cubas de vino provistas de espitas. Había mesas y personas, tanto hombres como mujeres, sentadas ante ellas. Todos tenían delante de vino. No había pichetes; al parecer, sólo servían vino. Unas pocas personas le miraron, aunque con desinterés y sin el gesto que se dedica a un intruso, por lo que estaba claro que no se trataba de una fiesta privada.

El músico —sólo había uno —se encontraba en un extremo del establecimiento, sentado en un taburete. La estancia estaba tan cargada de humo como la calle lo había estado de bruma y, de todos modos, los ojos de Dooley no eran demasiado penetrantes; desde esa distancia no lograba discernir si el instrumento del músico era un clarinete, un oboe, o ninguno de los dos. Y en ese momento, sus oídos tampoco podían responder a la misma pregunta en la propia estancia.

Cerró la puerta y se abrió paso entre las mesas, en busca de una vacía lo más cercana posible al músico. Encontró una no demasiado alejada y se sentó. Empezó a estudiar el instrumento con los ojos y con los oídos. Le pareció conocido. Había visto uno igual o casi igual en algún sitio pero, ¿dónde?

—Ja, mein Herr —susurraron cerca de su oído y se volvió. Un camarero menudo y regordete con faja de piel estaba a su lado—. Zinfandel. Borgoña. Riesling.

Dooley no sabía nada sobre vinos y le importaban muy poco, pero repitió el nombre de uno de los tres. Mientras el camarero se alejaba de puntillas, colocó una pequeña pila de marcos sobre la mesa para que no molestasen su atención cuando el vino llegara.

Volvió a estudiar el instrumento y en ese momento intentó no oírlo, a fin de poder concentrarse y recordar dónde había visto una vez algo parecido. Tenía aproximadamente la longitud de su clarinete y el pabellón era ligeramente más largo y acampanado. Estaba construido —por lo que pudo distinguir era de una sola pieza —con alguna madera oscura de color intermedio entre el nogal y la caoba, fuertemente lustrado.

Tenía agujeros para los dedos y sólo tres llaves, dos en la parte inferior a fin de extender la escala descendente en dos semitonos y uno en la parte superior, operado por el pulgar, que seguramente sería una llave de octava.

Cerró los ojos y habría cerrado los oídos si éstos funcionaran de tal manera, a fin de recordar dónde había visto algo parecido. ¿Dónde?

Gradualmente lo recordó. Un museo de algún sitio. Probablemente de Nueva York, porque allí había nacido y crecido, no había salido de esta ciudad hasta que tuvo veinticuatro años, y eso era de antes, por ejemplo de cuando aún era un adolescente. ¿El museo de ciencias naturales? Ese aspecto no era importante. Había visto una sala o varias con escaparates de cristal en los que se exhibían instrumentos musicales antiguos y medievales: viola da gamba y viola d'amore, sacabuches, flautas dulces, laúdes, tambores y pífanos. Una de las vitrinas sólo exhibía dos instrumentos precursores del oboe moderno. Y este instrumento, que ahora escuchaba extasiado, era un oboe medieval. Podía distinguirse de otro tipo de oboe antiguo porque tenía embocadura esférica con las lengüetas en el interior; el oboe medieval era el paso intermedio entre el antiguo y el oboe a secas. Había pasado por varias etapas de desarrollo, desde no tener ninguna llave, sólo agujeros para los dedos, hasta contar con alrededor de media docena. Sí, había existido una versión de tres llaves, idéntica a ésta excepto en el hecho de que había sido de madera clara en lugar de oscura. Sí, fue en su adolescencia, al principio de su adolescencia, cuando lo vio, cuando cursaba el primer año en la escuela secundaria. Porque entonces empezaba a interesarse por la música y aún no había conseguido su primer clarinete; aún intentaba decidir qué instrumento quería tocar. Por ese motivo los instrumentos antiguos y su historia le fascinaron por un corto período. En la biblioteca de la escuela secundaria había encontrado un libro sobre el tema y lo leyó. Decía... ¡Santo cielo, decía que el oboe medieval tenía un tono tosco en el registro más bajo y estridente en las notas agudas! Una gran mentira, si se trataba de ese instrumento. Era tan suave como la miel a lo largo de su escala y poseía un tono rico y fuerte infinitamente más agradable que el tono delgado y agudo del oboe. Mejor aún que un clarinete; el clarinete sólo podía parecerse en su registro más bajo o chalumeau.

Y Dooley Hanks supo, más allá de toda certeza, que tenía que poseer un instrumento como ése y que lo tendría; al margen de lo que tuviese que pagar o hacer para conseguirlo.

Después de tomar irrevocablemente esa decisión y mientras la música aún le acariciaba como una mujer y lo excitaba como nunca mujer alguna lo había hecho, Dooley abrió los ojos. Puesto que echó la cabeza hacia adelante mientras se concentraba, lo primero que vio fue una gran copa de vino que habían colocado delante de él. La cogió y, observando por encima, logró apartar la mirada del músico; Dooley elevó la copa en un brindis mudo y la vació de un solo trago.

Al bajar la cabeza después de beber —el vino había resultado inesperadamente bueno— notó que el músico se había dado vuelta ligeramente en el taburete y miraba hacia otro lado. Bien, así tenía la posibilidad de estudiar al hombre. El músico era alto pero delgado y de aspecto frágil. Resultaba imposible deducir su edad; podía tener entre cuarenta y sesenta años. Su apariencia era algo andrajosa y su gastado abrigo no hacía juego con los pantalones bombachos y una llamativa bufanda de rayas rojas y amarillas que colgaba flojamente de su cuello flaco y huesudo, con una prominente nuez que subía y bajaba cada vez que respiraba para tocar. Su cabello enmarañado necesitaba un peluquero, su rostro era delgado y pálido y sus ojos de un azul tan claro que parecían desteñidos. Sólo sus dedos tenían el estigma de un músico magistral: largos, delgados y graciosamente ahusados. Bailaban ágilmente al son de la maravillosa música a la que daban forma.

Después, con un último son de notas agudas que sorprendió a Dooley pues llegaron como mínimo media octava por encima de lo que había supuesto era la extensión máxima del instrumento y aún poseían la rica resonancia del registro más bajo, la música cesó.

Hubo algunos segundos de lo que casi pareció un silencio asombrado y luego estallaron y crecieron los aplausos. Dooley también aplaudió y empezaron a arderle las doloridas palmas de las manos. El músico, con la vista fija hacia delante, no parecía reparar en nada. Antes de treinta segundos se llevó nuevamente el instrumento a la boca y los aplausos cesaron rápidamente con la primera nota.

Dooley sintió una ligera palmada en el hombro y miró a su alrededor. El camarero menudo y regordete había vuelto. Esta vez ni siquiera susurró, pues se limitó a alzar inquisitivamente las cejas. Después de retirarse con la copa vacía, Dooley volvió a cerrar los ojos y consagró toda su atención a la música.

¿Música? Sí, era música, pero ningún tipo de música que hubiese oído con anterioridad. Se trataba de una mezcla de todos los tipos de música, antigua y moderna, jazz y clásica, una fusión magistral de paradojas o quizá quería decir opuestos: dulce y amargo, hielo y fuego, leves brisas y furiosos huracanes, amor y odio.

Cuando abrió nuevamente los ojos, tenía una copa llena delante. Esta vez bebió lentamente. ¿Cómo demonios se las había arreglado sin vino durante toda su vida? Bueno, de vez en cuando había bebido una copa, pero jamás había tenido el sabor de este vino. ¿O acaso era la música lo que le proporcionaba ese sabor?

La música cesó y volvió a unirse a los efusivos aplausos. En esta ocasión el músico bajó del taburete y reconoció los aplausos con un movimiento espasmódico después se colocó el instrumento bajo el brazo y atravesó rápidamente la estancia —lamentablemente, no pasó cerca de la mesa de Dooley— con porte desgarrado e inclinado hacia delante. Dooley volvió la cabeza para seguirle con la mirada. El músico se sentó ante una pequeña mesa adosada a la pared, capaz para un sola persona y por ello sólo tenía una silla. Dooley pensó en trasladar su silla hasta ella, pero decidió no hacerlo. Evidentemente el hombre quería estar solo ya que, de lo contrario, no se hubiese sentado ante esa mesa.

Dooley miró a su alrededor hasta cruzar la mirada con la camarero y le hizo una señal. Cuando se acercó, Dooley le pidió que sirviera una copa de vino al músico y que le invitara a reunirse con él en su mesa, que le dijera que él también era músico y le gustaría conocerle.

—No creo que acepte —explicó el camarero—. Hubo otras personas que lo intentaron y siempre se negó amablemente. En cuanto a lo del vino no es necesario; durante la velada pasamos varias veces un sombrero para él. Alguien ha empezado a hacerlo ahora y, si lo desea, puede contribuir de este modo.

—Lo deseo —aseguró Dooley—. Pero, por favor, llévele el vino y dele, de todos modos, mi mensaje.

—Ja, mein Herr.

El camarero cogió un marco por adelantado, se dirigió a una de las tres cubas, llenó una copa de vino y se la llevó al músico. Dooley vio que el camarero dejaba la copa en la mesa del músico y, mientras hablaba, señalaba en dirección a él. Para que no hubiera posibilidad de error, Dooley se puso en pie e hizo una ligera inclinación dirigida a ellos.

El músico también se puso de pie y respondió a la reverencia algo más profundamente y desde la cintura. Pero luego se volvió hacia la mesa y tomó nuevamente asiento. Dooley supo que su primera propuesta había sido rechazada. Bueno, quedaban otras posibilidades y otras veladas. Apenas frustrado, volvió a sentarse y echó otro trago de vino. Sí, incluso sin la música o, mejor dicho, con los efectos secundarios de la música aún tenía un sabor maravilloso.

Un vecino impasible y rubicundo pasó el sombrero para el músico y Dooley, al ver que no contenía billetes grandes y como no deseaba hacerse notar, echó dos marcos del pequeño montón que tenía en la mesa.

Después vio que una pareja abandonaba una mesa para dos situada directamente delante del taburete en el que se había sentado a tocar el músico. Ah, exactamente lo que

quería. Apuró rápidamente la copa, cogió las monedas y el clarinete y se trasladó a la mesa situada junto al escenario mientras la pareja se alejaba. No sólo podría ver y oír mejor, sino que estaba en el lugar ideal para interceptar al músico con una invitación personal después de la siguiente interpretación. En lugar de dejarlo en el suelo, colocó el estuche del clarinete sobre la mesa, a la vista de todos, para que el hombre supiera que no sólo era compañero músico, lo que podía querer decir casi cualquier cosa, sino un camarada intérprete de un instrumento de viento de madera.

Pocos minutos después tuvo la oportunidad de pedir otra copa de vino y cuándo el camarero se la sirvió, le arrastró a una conversación.

—Deduzco que nuestro amigo rechazó mi invitación ¿Puedo saber cómo se llama?

—Otto, mein Herr.

—¿Otto qué? ¿No tiene apellido?

Los ojos del camarero brillaron.

—Una vez se lo pregunté. Niemand, me respondió. Otto Niemand.

Dooley sonrió. Sabía que Niemand, en alemán, quería decir «nadie».

—¿Cuánto hace que toca aquí? —preguntó.

—Ah, sólo esta noche. Viaja. Esta noche es la primera vez que le vemos desde hace casi un año. Cuando viene, sólo es por una noche y le dejamos tocar y pasamos el sombrero. Normalmente no tenemos música aquí, no es más que una simple bodega.

Dooley frunció el ceño. En consecuencia, tendría que cerciorarse de establecer contacto esa noche.

—Sólo es una bodega —repitió el camarero—. Pero si tiene hambre podemos servirle un bocadillo. De jamón, knackwurst o queso a la cerveza.

Dooley no había prestado atención y le interrumpió:

—¿Cuándo volverá a tocar? ¿Pasa mucho tiempo entre una interpretación y otra?

—Ah, esta noche no volverá a tocar. Hace un minuto, mientras le traía el vino, le he visto salir. Quizá no volvamos a verle durante mucho...

Pero Dooley ya había cogido el estuche de su clarinete y corría tan de prisa como podía trazando un camino serpenteante entre las mesas. Salió sin molestarse en cerrar la puerta y subió los escalones de piedra hasta la acera. Ahora la bruma no era tan espesa, salvo en bancos. Pero no veía a niemand en ninguna dirección. Permaneció totalmente inmóvil para escuchar. Durante un instante sólo percibió los sonidos de la bodega pero después, felizmente, alguien cerró la puerta que había dejado abierta y en el silencio posterior creyó oír, durante un segundo, pasos a su derecha, la dirección de la que había llegado.

Como no tenía nada que perder, corrió hacia allí. La calle trazaba una curva y luego aparecía una esquina. Se detuvo y volvió a escuchar y... en esa dirección, a la vuelta, de la esquina, creyó oír pisadas y corrió hacia ellas. Después de media manzana distinguió delante una figura, demasiado lejana para reconocerla, pero gracias a Dios alta y delgada; podía ser el músico. Y más allá de la figura, desvaída en medio de la bruma, podía divisar luces y oír los ruidos del tráfico. Seguramente ésa era la vuelta que se había olvidado de dar al tratar de seguir las indicaciones del recepcionista del hotel para encontrar la zona de vida nocturna de la ciudad o lo más aproximado a ello que una ciudad de ese tamaño podía tener.

Acortó la distancia a un cuarto de manzana, abrió la boca para llamar a la figura que avanzaba delante y descubrió que estaba demasiado jadeante para gritar. Dejó de correr y empezó a andar. Ya no había peligro de perder al hombre ahora que estaba tan cerca. Recuperó el aliento y acortó lentamente las distancias.

Se encontraba a unos pocos pasos del hombre —y, gracias a Dios, era el músico —y alargaba las zancadas para llegar a su lado y hablarle cuando el hombre bajó del bordillo y empezó a cruzar la calle en diagonal. En ese mismo momento un coche que iba a toda velocidad, conducido por alguien que debía estar borracho, giró en la esquina detrás de

ellos, se sacudió momentáneamente y luego se enderezó en una trayectoria que se dirigía en línea recta hacia el confiado músico. En una súbita acción refleja Dooley, que nunca en su vida había realizado conscientemente un acto heroico, se lanzó a la calle y empujó al músico para alejarlo del trayecto del coche. El impulso le hizo caer encima del músico y se estiró jadeante en esa posición protectora mientras el coche pasaba tan cerca que envió dedos de aire que tironearon de su ropa. Dooley levantó la cabeza a tiempo de ver los dos ojos rojos de los faros traseros que desaparecían en la bruma calle abajo.

Dooley escuchó el tamborileo de su corazón en los oídos mientras se apartaba para liberar al músico y ambos hombres se pusieron lentamente de pie.

—¿Pasó cerca?

Dooley asintió y tragó saliva con dificultad.

—Como una navaja de canto.

El músico había cogido el instrumento de debajo del abrigo y lo estudiaba.

—No se ha roto —comentó.

Al comprender que sus manos estaban vacías, Dooley se volvió en busca del estuche del clarinete. Y lo vio. Debió dejarlo caer cuando levantó las manos para empujar al músico. Una rueda delantera y una trasera del coche debieron pasarle por encima, ya que estaba aplastado en ambos extremos. El estuche y todas las piezas del clarinete estaban astillados, chatarra inútil. Lo acarició unos instantes y luego fue hasta la cuneta y lo arrojó allí.

El músico se acercó y se detuvo a su lado.

—Una lástima —murmuró suavemente—. La pérdida de un instrumento es como la pérdida de un amigo.

A Dooley acababa de ocurrírsele una idea, por lo que no respondió, pero logró parecer más triste de lo que se sentía. La pérdida del clarinete era un golpe al bolsillo, pero nada irrevocable. Tenía lo suficiente para comprar, en principio, otro usado aunque no tan bueno, y durante un tiempo tendría que trabajar más y gastar menos hasta conseguir uno realmente bueno como el que acababa de perder. Le había costado trescientos dólares, no marcos. Pero conseguiría otro clarinete. Sin embargo, en ese momento estaba mucho más interesado en hacerse con el oboe del músico alemán o con uno igual. Trescientos dólares, no marcos, era calderilla comparado con lo que daría por eso. Y si el hombre se sentía responsable y ofrecía...

—Fue culpa mía —afirmó el músico—. Me pasó por no mirar. Me gustaría poder permitirme el lujo de ofrecerle comprar un nuevo.., era un clarinete, ¿no?

—Sí —replicó Dooley y trató de parecer un hombre al borde de la desesperación y no al borde del mayor descubrimiento de su vida—. Bueno, lo que está kaput está kaput. ¿Vamos a algún sitio a tomar algo?

—A mi cuarto —dijo el músico—. Tengo vino allí. Y tendremos intimidad y podré tocar una o dos piezas que no interpreto en público. Puesto que usted también es músico —sonrió—. Eine Kleine Nachtmusik, ¿eh? Una breve melodía nocturna, pero no de Mozart sino mía.

Dooley logró ocultar su entusiasmo y asentir como si no le importara demasiado.

—De acuerdo, Otto Niemand. Me llamo Dooley Hanks.

El músico sonrió.

—Llámeme Otto, Dooley. No uso apellido y digo que es Niemand a todo aquel que insiste en que se lo diga. Vamos, Dooley, no es lejos.

No estaba lejos, en efecto, sólo a una manzana doblando por la siguiente calle lateral. El músico entró en una casa vieja y a oscuras. Abrió la puerta de la calle con la llave y luego encendió una pequeña linterna de bolsillo para que vieran al subir por la escalera ancha pero sin alfombrar. Explicó que la casa estaba deshabitada y condenada al derribo, de modo que no había electricidad. Pero el propietario le había entregado una llave y le había dado permiso para utilizarla mientras siguiera en pie; había unos pocos muebles

dispersos y se apañaba. Le gustaba contar con toda una casa para él porque podía tocar a cualquier hora de la noche sin molestar a nadie.

Abrió la puerta de un cuarto y entró. Dooley esperó en el umbral hasta que el músico encendió una lámpara de aceite colocada sobre el aparador y luego le siguió. Junto al aparador sólo había una silla de respaldo recto, una mecedora y una cama individual.

—Siéntese, Dooley —invitó el músico—. La cama le resultara más cómoda que la silla de respaldo recto. Y si voy a tocar, prefiero la mecedora. —Cogió dos vasos y una botella del cajón superior del tocador—. Veo que me equivoqué. Creí que era vino lo que había dejado pero es coñac. Aunque es mejor, ¿no?

—Sí, es mejor —respondió Dooley.

Apenas podía contenerse de pedir permiso para probar el oboe, pero consideraba que sería mejor esperar hasta que el coñac hubiese producido un ligero ablandamiento. Se sentó en la cama.

El músico entregó a Dooley una enorme copa de coñac; regresó hasta el tocador, cogió su copa y, con el instrumento en la otra mano, se acercó a la mecedora. Alzó la copa y dijo:

—Por la música, Dooley.

—Por la Nachtmusik —brindó Dooley. Echó un buen tragó que le quemó como fuego, pero era un buen coñac. Ya no cabía esperar más—. Otto, ¿le molesta que mire su instrumento? Se trata de un oboe medieval, ¿no?

—Un oboe medieval, sí. No muchos lo reconocerían. Ni siquiera los músicos. Pero lo siento, Dooley. No puedo permitir que lo manipule. Ni que lo toque, si pensaba pedírmelo. Lo siento pero las cosas son así, amigo mío.

Dooley asintió e intentó no parecer abatido. La noche es joven se dijo; una o dos copas de coñac de ese tamaño quizá le ablanden. Mientras tanto, podía averiguar tanto como le fuera posible.

—¿Es...? Quiero decir si su instrumento es real. Quiero decir si es medieval o una reproducción moderna.

—Lo construí yo mismo, a mano. Una obra de amor. Pero, amigo mío, le aconsejo que no se separe del clarinete. Sobre todo, no me pida que le construya uno como éste pues no podría. Hace muchos años que no trabajo con herramientas, con un torno. Descubriría que mi habilidad ha desaparecido. ¿Es usted hábil con las herramientas?

Dooley agitó la cabeza negativamente.

—No sé clavar un clavo. ¿Dónde podría encontrar uno que se parezca al suyo?

El músico se encogió de hombros.

—La mayoría están en museos y son imposibles de conseguir. Tal vez encuentre unas pocas colecciones de instrumentos antiguos en manos privadas y adquiera uno a un precio exorbitante..., y es posible que descubra que aún se puede tocar. Pero, amigo mío, sea inteligente y no se separe de su clarinete. Se lo aconsejo con toda vehemencia.

Dooley Hanks no podía decir lo que pensaba, de modo que permaneció en silencio.

—Mañana hablaremos de conseguir un nuevo clarinete —agregó el músico—. Pero olvidémoslo por esta noche. Y olvide su deseo de tener un oboe medieval, incluso su deseo de tocar éste..., sí, sé que sólo me preguntó si podía manipularlo pero, ¿sería capaz de sostenerlo entre sus manos sin desear acercarlo a sus labios? Bebamos un poco más y después tocaré. ¡Prosit!

Volieron a beber. El músico pidió a Dooley que hablara de sí mismo y éste lo hizo. Le contó casi todo lo importante de su vida salvo lo único que era lo más importante: su obsesión y el hecho de que había tomado a medias la decisión de matar por ello si no había otra alternativa.

No hay prisa, pensó Dooley, tenía toda la noche por delante. Por eso habló y ambos bebieron. Estaban en la mitad de la tercera ronda —y la última, puesto que habían

terminado la botella —de coñac cuando se quedó sin conversación y se produjo un silencio.

Con una cálida sonrisa el músico vació su copa, se desprendió de ella y apoyó ambas manos en el instrumento.

—Dooley... ¿quiere algunas chicas?

Súbitamente, Dooley descubrió que estaba algo borracho. Pero rió.

—Claro —respondió—. Una habitación llena de muchachas. Rubias, morenas y pelirrojas. —Después, debido a que no podía permitir que un carca le superara con el alcohol, vació el resto de la copa de coñac y se echó sobre la cama con los hombros y la cabeza apoyados en la pared—. Tráigalas, Otto.

Otto asintió y empezó a tocar. Súbitamente la belleza vívida y obsesionante de la música que Dooley había oído por última vez en la bodega estaba presente. Pero esta vez una nueva melodía, una melodía que era rítmica y sensual al mismo tiempo. Tan hermosa que producía dolor y durante un instante Dooley pensó impetuosamente: maldito sea, está tocando mi instrumento, me lo debe por el clarinete que perdí. Casi estuvo a punto de levantarse y hacer algo, pues los celos y la envidia le envolvían como llamas.

Pero antes de que pudiera moverse, reparó gradualmente en otro sonido en otra parte, por encima o por debajo de la música. Parecía llegar de fuera, de la acera de abajo, y era un rápido clic-clic-clic-clic que parecía sonido de tacones y luego se encontraba más cerca y era sonido de tacones, de muchos tacones, en la madera, en la escalera sin alfombrar y luego —todo al son de la música— se oyó un suave toc-toc en la puerta. Como en sueños, Dooley volvió la cabeza hacia la puerta a medida que ésta se abría y las muchachas entraban en el cuarto y le rodeaban, le envolvían con su calor físico y sus perfumes exóticos. Dooley miraba con incrédulo deleite y luego anuló la incredulidad; si se trataba de una ilusión, que lo fuera. Siempre que... Estiró ambas manos y, si, se podían tocar además de ver. Había morenas de ojos pardos, rubias de ojos verdes y pelirrojas de ojos negros. Y morenas de ojos azules, rubias de ojos pardos y pelirrojas de ojos verdes. Incluían todos los tamaños, desde menudas a esculturales, y todas eran hermosas.

De algún modo la lámpara de aceite pareció perder fuerza sin apagarse por completo y la música, que ahora se tornaba más desenfundada, parecía provenir de otro sitio, como si el músico ya no se encontrara en el cuarto, y Dooley pensó que era muy considerado por su parte. Poco después retozaba con las muchachas con atolondrado abandono y probaba aquí y allá como un niño en una pastelería. O un romano durante una orgía, pero ni los romanos ni los dioses del Olimpo tuvieron algo tan bueno.

Al fin, maravillosamente agotado, se acostó en la cama y, rodeado por la suave y fragante carne de las muchachas, se durmió.

Y despertó repentina, total y sobriamente no supo cuánto tiempo después. Pero ahora el cuarto estaba frío, quizá por eso había despertado. Abrió los ojos y vio que estaba solo en la cama y que la lámpara de nuevo (¿o todavía?) ardía normalmente. Al levantar la cabeza vio que el músico también seguía allí, profundamente dormido en la mecedora. Aferraba con fuerza el instrumento con ambas manos, la larga bufanda de rayas rojas y amarillas aún rodeaba su cuello largo y delgado y tenía la cabeza caída contra el respaldo de la mecedora.

¿Había sucedido realmente? ¿O acaso la música le adormeció y por eso había soñado con las muchachas? Apartó la idea, pues no le importaba. Lo importante, lo único importante, consistía en que no se iría de allí sin el oboe. ¿Pero tendría que matar para conseguirlo? Sí, tendría que hacerlo. Si se limitaba a robárselo al hombre dormido, no tendría la menor oportunidad de salir de Alemania con él. Otto conocía su verdadero nombre, tal como figuraba en el pasaporte y le esperarían en la frontera. En cambio, si dejaba atrás un muerto, quizá no encontrarán el cadáver —en una casa abandonada — durante semanas o meses, no antes de que él estuviera sano y salvo de regreso a Estados Unidos. Para entonces, cualquier prueba contra él, incluso su posesión del

instrumento, sería demasiado endeble para justificar su extradición a Europa. Podía afirmar que Otto le había dado el instrumento para reemplazar el clarinete que perdió al salvarle la vida. No tendría pruebas de ese gesto, pero ellos tampoco tendrían pruebas en sentido contrario.

Se levantó rápida y silenciosamente de la cama, caminó de puntillas hasta el hombre que dormía en la mecedora y lo observó. Sería fácil, dado que ya tenía a mano los medios. La bufanda rodeaba el delgado cuello, lo cruzaba una vez por delante y las puntas colgaban. Dooley anduvo de puntillas hasta quedar detrás de la mecedora, se estiró por encima de los delgados hombros, cogió cada uno de los dos extremos de la bufanda y los separó con todas sus fuerzas. Y los mantuvo así. El músico debía ser más viejo y frágil de lo que había supuesto. Forcejeó débilmente. Incluso mientras agonizaba sostenía el instrumento con una mano y con la otra intentaba coger inútilmente la bufanda. Murió en seguida.

Dooley buscó el latido del corazón para cerciorarse y luego despegó del instrumento los dedos sin vida. Y al fin lo abrazó contra sí.

Sus manos lo sostuvieron y tembló ávidamente. ¿En qué momento podría probarlo sin correr riesgos? No cuando regresara al hotel, en medio de la noche, pues despertaría a los demás huéspedes y llamaría la atención sobre sí mismo.

Pero aquí y ahora, en esa casa abandonada, se le presentaba la posibilidad mejor y más segura que tendría durante mucho tiempo, quizás hasta que estuviera sano y salvo fuera del país. Aquí y ahora, en esa casa, antes de ocuparse de las huellas digitales de todo lo que pudo tocar y de borrar cualquier otra pista de su presencia que pudiera encontrar o que se le ocurriera. Aquí y ahora, pero suavemente, para no despertar a los vecinos dormidos, por si pudieran percibir alguna diferencia entre sus primeros intentos y los del propietario original del instrumento.

En consecuencia, tocaría suavemente, por lo menos al principio, y dejaría de hacerlo de inmediato si el instrumento producía los chirridos y los ruidos desagradables tan fáciles de hacer con un instrumento que no se domina. Pero experimentó la extrañísima sensación de que no le ocurriría eso. Ya sabía cómo manejar una boquilla doble; otrora, en Nueva York, había compartido un piso con un oboísta y probado su instrumento con la idea de conseguir uno para tocar a dúo. Finalmente decidió no hacerlo pues prefería tocar con pequeños combos y el oboe sólo encajaba en grupos grandes. ¿Y la digitación? Bajó la mirada y vio que sus dedos se habían acomodado naturalmente sobre los agujeros o se encontraban encima de las llaves. Los movió y vio que iniciaban, aparentemente por propia voluntad, una sencilla danza de dedos. Los obligó a detenerse y, maravillado, se acercó el instrumento a los labios y sopló suavemente. Y de éste surgió, suavemente, un tono claro y puro del registro medio. Una nota tan rica y vibrante como cualquiera que hubiese interpretado Otto. Con cautela, levantó un dedo, luego otro y descubrió que iniciaba una escala diatónica. Basado en una corazonada, olvidó sus dedos, se limitó a pensar la escala y dejó que aquéllos se hicieran cargo y así ocurrió, con una pureza total de tono. Pensó una escala en una clave distinta y la tocó; luego un arpeggio. Desconocía la digitación, pero sus dedos la sabían.

Podía tocar el instrumento y lo haría.

A pesar de su entusiasmo creciente, decidió ponerse cómodo. Regresó a la cama y se tendió en ella, como lo había hecho mientras oía tocar al músico, con la cabeza y los hombros apoyados contra la pared. Volvió a llevarse el instrumento a la boca y tocó, esta vez sin preocuparse por el volumen. Ciertamente, si los vecinos lo oían, pensarían que se trataba de Otto y, además, estarían acostumbrados a oírle tocar a altas horas de la noche.

Pensó en algunas de las melodías que había oído en la bodega y sus dedos las interpretaron. Extasiado, se relajó y tocó como jamás lo había hecho con un clarinete. Nuevamente, al igual que cuando Otto había tocado, quedó maravillado por la pureza y la

riqueza tonal, tan parecidas al registro chalumeau de su propio clarinete, pero que se extendían incluso hasta las notas más altas.

Tocó y un millar de sonidos se fundieron en uno solo. De nuevo la dulce melodía de las paradojas, negro y blanco fundiéndose en un hermoso y radiante gris de música obsesionante.

Después, aparentemente sin transición, se encontró tocando una melodía extraña que nunca había oído. Pero una melodía que, supo instintivamente, pertenecía a ese maravilloso instrumento. Una melodía de llamada, al igual que lo había sido la música que Otto interpretó cuando las muchachas, reales o imaginarias, hicieron sonar sus tacones hacia él, pero esta vez era distinta... ¿acaso era una sensación siniestra más que sensual la que la sostenía?

Pero era hermosa y no hubiese podido detener la danza de sus dedos ni dejar de darle vida con su aliento aunque lo hubiese intentado.

Entonces, por encima o por debajo de la música, oyó otro sonido. Esta vez no era el clic-clic de los tacones sino un sonido escarbador y arañador, como de millares de minúsculas garras. Las vio cuando súbitamente surgieron de los múltiples agujeros del maderamen en los que antes no había reparado, corrieron hasta la cama y saltaron sobre ésta. Con paralizante rapidez, las piezas del rompecabezas cayeron en su sitio y con un esfuerzo que sería el último de su vida, Dooley apartó el instrumento maldito de su boca y la abrió para gritar. Pero ahora todas estaban a su alrededor encima de él: grandes, leonadas, pequeñas, delgadas, negras... Y antes de que pudiera gritar con la boca abierta, la más grande de las ratas negras, la cabecilla, saltó, cerró sus afilados colmillos en la punta de la lengua de Dooley y se sostuvo así y el grito naciente se convirtió en silencio.

Y El Sonido del festín se prolongó hasta altas horas de la noche en la ciudad de Hamelin.

SIRIO NADA

Felizmente extraje las últimas monedas de nuestras máquinas y las conté, mientras Ma anotaba las cifras en el librito rojo a medida que yo se las cantaba. Eran unas bonitas cifras.

Sí, habíamos conseguido una buena recaudación en los dos planetas de Sirio, Thor y Freda. Especialmente en Freda. Esas pequeñas y aisladas colonias de la Tierra darían lo que fuera por cualquier clase de entretenimiento, y el dinero no significaba nada para ellos. Hicieron largas colas para entrar en nuestra tienda y meter sus monedas en nuestras máquinas, y así compensaron los elevados gastos del viaje que habíamos hecho por nuestra cuenta y riesgo.

Sí, esas cifras que Ma estaba anotando eran muy consoladoras. Naturalmente, las había sumado mal, pero Ellen se encargaría de subsanar el error en cuanto Ma se diese por vencida. Ellen está dotada para los números. Y para muchas otras cosas, si es que un padre puede decir eso de su única hija. De todos modos es mérito de Ma, no mío. Yo soy una persona del montón.

Guardé la caja de monedas de la Carrera Espacial y alcé la vista.

—Ma... —empecé a decir. Entonces la puerta que daba al compartimiento del piloto se abrió y John Lane apareció en el umbral. Ellen, sentada enfrente de Ma, dejó el libro y también alzó la vista. Era toda ojos y éstos brillaban.

Johnny saludó militarmente, con el saludo reglamentario que todo piloto de una nave particular debe hacer al propietario y capitán de la nave. Este saludo tenía la virtud de

exasperarme, pero no podía decirle que prescindiera de él porque las reglas así lo establecían.

Dijo:

—Un objeto a proa, capitán Wherry.

—¿Un objeto? —inquirí—. ¿Qué clase de objeto?

Verán, por la voz de Johnny y por el rostro de Johnny, era imposible adivinar si se trataba de algo importante o no. La Escuela Politécnica de Ciudad de Marte les enseña a ser estrictamente inexpresivos, y Johnny se había graduado magna cum laude. Es un buen muchacho, pero anunciaría el fin del mundo con la misma voz que emplearía para anunciar la cena, si fuese labor del piloto anunciar la cena.

—Parece un planeta, señor —fue todo lo que dijo.

Necesité unos minutos para asimilar sus palabras.

—¿Un planeta? —pregunté, sin demasiada brillantez. Lo miré fijamente, confiando en que hubiese bebido o algo por el estilo. No porque tuviese nada que objetar al hecho de que viera un planeta estando sobrio, sino porque si Johnny descendía alguna vez al nivel de tomar unas copas, era probable que el alcohol disolviera en parte la rigidez de su espalda. Entonces yo tendría alguien con quien intercambiar historias. Viajar por el espacio con sólo dos mujeres y un graduado de la Politécnica que obedece todas las reglas puede resultar muy aburrido.

—Un planeta, señor. Un objeto de dimensiones planetarias, diría yo. Diámetro de unos cuatro mil quinientos kilómetros, distancia de unos tres millones, curso aparente de una órbita alrededor de la estrella Sirio A.

—Johnny —dije—, nos encontramos dentro de la órbita de Thor, que es Sirio I, lo cual significa que es el primer planeta de Sirio, de modo que, ¿cómo puede haber un planeta dentro de esa órbita? No me estarás tomando el pelo, ¿verdad?

—Puede usted examinar la visiplaca, señor, y comprobar mis cálculos —replicó estiradamente.

Me levanté y entré en la cabina del piloto. Era cierto, en el centro de la visiplaca delantera había un disco. Comprobar sus cálculos era algo impensable. Mis matemáticas terminaban en el punto donde terminaba la suma de las monedas de las máquinas. Me mostré dispuesto a aceptar su palabra respecto a los cálculos.

—Johnny —exclamé, casi gritando—, ¡hemos descubierto un nuevo planeta! ¿No es extraordinario?

—Sí, señor —comentó él, con su desapasionada voz habitual.

Era algo extraordinario, pero no tanto. Quiero decir que el sistema de Sirio ha sido colonizado hace poco tiempo y que no era demasiado sorprendente encontrar un pequeño planeta de cuatro mil quinientos kilómetros sin descubrir aún. Especialmente (aunque esto no se sabía) si su órbita es muy excéntrica.

La cabina del piloto era demasiado pequeña para albergar también a Ma y Ellen, por lo que se quedaron junto a la puerta, y yo me aparté un poco para que vieran el disco en la visiplaca.

—¿Cuánto tardaremos en llegar allí, Johnny? —quiso saber Ma.

—Nuestro punto de máxima aproximación en este rumbo se producirá dentro de dos horas, señora Wherry —repuso—. Pasaremos a un millón de kilómetros de él.

—Oh, ¿de verdad? —quise saber yo.

—A menos, señor, que crea aconsejable modificar la ruta y pasar a mayor distancia.

Me aclaré la garganta, miré a Ma y Ellen, y vi que a ellas les parecía bien.

—Johnny —dije—, pasaremos a una distancia menor. Siempre he deseado ver un nuevo planeta no contaminado por manos humanas. Aterrizaremos allí aunque no podamos abandonar la nave sin máscaras de oxígeno.

El repuso: «Sí, señor», y saludó, pero me pareció observar una lucecita de desaprobación en sus ojos. Oh, en caso de que así fuera, le sobraba razón. Nunca se

sabe lo que se puede encontrar en un territorio virgen del espacio. Un cargamento de lonas y máquinas tragaperras no es el equipo idóneo para explorarlo, ¿verdad?

Pero el Piloto Perfecto nunca se opone a una orden del propietario, ¡maldita sea! Johnny tomó asiento y empezó a pulsar teclas de la calculadora así que nosotros salimos para dejarle trabajar.

—Ma —dije—, soy un maldito tonto.

—Lo serías si no lo fueras —replicó ella. Yo sonreí cuando hube logrado descifrarlo, y miré a Ellen.

Pero ella no me miraba. Volvía a tener aquella expresión soñadora en los ojos. Me hizo desear entrar en la cabina del piloto y dar un puñetazo a Johnny para ver si eso lo espabilaba.

—Escucha, cariño —dije—, ese Johnny...

Pero noté que algo me quemaba en la mejilla y comprendí que Ma me estaba mirando, así que me callé. Saqué una baraja de cartas e hice un solitario hasta que aterrizamos.

Johnny salió de la cabina y saludó.

—Hemos aterrizado, señor —dijo—. Atmósfera de uno dieciséis en el marcador.

—Y —preguntó Ellen —¿qué significa eso en cristiano?

—Es respirable, señorita Wherry. Un poco alto en nitrógeno y bajo en oxígeno si lo comparamos con el aire de la Tierra, pero de todos modos decididamente respirable.

Ese muchacho era una verdadera joya cuando se trataba de mostrarse preciso.

—Así pues, ¿a qué esperamos? —quise saber.

—Sus órdenes, señor.

—Dejémonos de órdenes, Johnny. Abre la puerta y salgamos.

Una vez la puerta estuvo abierta, Johnny salió el primero, armado con dos pistolas lanzarrayos. Nosotros le seguimos.

Fuera hacía fresco, pero no frío. El paisaje era muy semejante al de Thor, con desnudas colinas de tierra verdosa. Había vida vegetal, consistente en una planta marronosa y tupida que parecía una especie de rodadora.

Eche una ojeada para calcular la hora y vi que Sirio se encontraba casi en el cenit, lo cual significaba que Johnny había aterrizado en medio del lado diurno.

—Johnny —pregunté—, ¿tienes idea de cuál es el período de rotación?

—Sólo he tenido tiempo para hacer un cálculo aproximado, señor. El resultado fue de veintiuna horas y diecisiete minutos.

Había dicho que era un cálculo aproximado.

Ma comentó:

—No necesitamos un cálculo más exacto. Disponemos de toda la tarde para dar un paseo; ¿qué esperamos?

—La ceremonia, Ma —le dije—. Tenemos que bautizar este sitio, ¿no? ¿Dónde pusiste aquella botella de champaña que guardábamos para mi cumpleaños? Me parece que ésta es una ocasión más importante.

Me dijo dónde, y yo entré para buscar la botella y unos vasos.

—¿Se te ocurre algún nombre, Johnny? Tú has sido el primero en verlo.

—No, señor.

—Lo malo es que ahora Thor y Freda tengan el nombre equivocado. Quiero decir que Thor es Sirio I y Freda es Sirio II, y como esta órbita está dentro de la suya, tendrían que ser II y III respectivamente. O bien este planeta debería ser Sirio 0, lo cual significa que es Nada Sirio.¹

Ellen sonrió, y creo que Johnny la habría imitado si no lo hubiese considerado indecoroso.

Pero Ma frunció el ceño.

¹ En inglés «cero» se expresa a menudo como «nada» —nothing—, y Sirio —Sirio— suena exactamente igual que serious —serio—; de ahí el juego de palabras: Sirio 0 se convierte en Nothing Sirius, nada serio (Nota de Jota)

—William... —dijo, y habría puesto alguna objeción si en aquel momento no hubiese ocurrido nada.

Una figura apareció en la cima de la colina más próxima. Ma era la única que se encontraba de cara a ella y dejó escapar un grito, al mismo tiempo que me asía por un brazo. Entonces todos nos volvimos y miramos.

Era la cabeza de algo que parecía un avestruz, sólo que debía de ser más grande que un elefante. Llevaba un cuello blanco y una pajarita de lunares azules, así como un sombrero. El sombrero era de color amarillo y tenía una larga pluma morada. La criatura nos observó un minuto, guiñó burlonamente un ojo, y escondió la cabeza.

Ninguno de nosotros dijo nada durante unos instantes y después yo suspiré profundamente.

—Eso —dije —ha acabado de decidirme. Planeta, yo te bautizo con el nombre de Sirio Cero.

Me agaché y golpeé el cuello de la botella de champaña sobre la tierra, pero lo único que conseguí fue agrietar la tierra. Miré a mi alrededor en busca de una piedra. No vi ninguna.

Extraje el sacacorchos que llevaba en el bolsillo y abrí la botella. Todos bebimos excepto Johnny, que sólo tomó un sorbo simbólico porque no bebe ni fuma. Yo, por mi parte, tomé un buen trago. Después tiré unas gotas al suelo y volví a tapar la botella; tenía el presentimiento de que yo lo necesitaría más que el planeta. En la nave teníamos mucho whisky y algo de cerveza marciana, pero ninguna otra botella de champaña. Dije:

—Bueno, ¡en marcha!

Sorprendí la mirada de Johnny y le oí decir:

—¿Lo considera oportuno sabiendo que hay —uh —habitantes?

—¿Habitantes? —repuse—. Johnny, sea lo que sea esa criatura que ha asomado la cabeza por la colina, no era un habitante. Y si vuelve a asomarla, le daré un buen golpe con esta botella.

Pero de todos modos, antes de ponernos en camino, entré en la Chitterling y cogí un par de pistolas lanzarrayos más. Me metí una en el cinturón y di la otra a Ellen; ella tiene mejor puntería que yo. Ma no sería capaz de dar en la fachada de un edificio de la administración, así que no le di ninguna.

Nos pusimos en marcha y, por una especie de acuerdo tácito, avanzamos en dirección opuesta al lugar por donde había aparecido la extraña criatura. Todas las colinas parecían iguales, y en cuanto hubimos dejado atrás la primera de ellas, perdimos la Chitterling de vista. Pero vi que Johnny miraba continuamente una brújula de pulsera, y comprendí que sabría regresar.

Coronamos la cima de tres colinas sin que sucediera nada, y entonces Ma dijo: «Mirad», y todos miramos.

A unos veinte metros a nuestra izquierda se veía un arbusto de color púrpura. Una especie de zumbido llegó a nuestros oídos. Nos acercamos un poco y vimos que el zumbido procedía de una nube de criaturas que volaban alrededor del arbusto. Parecían pájaros hasta que las mirabas por segunda vez y veías que sus alas estaban inmóviles. Pero, sin embargo, volaban en círculos a su alrededor. Traté de distinguir su cabeza, pero en el lugar de la cabeza sólo había una mancha. Una mancha circular.

—Tienen hélices —observó Ma —; como los aviones antiguos.

Yo también me había fijado.

Miré a Johnny, Johnny me miró, y los dos miramos hacia el matorral. Pero los pájaros, o lo que fueran, se alejaron rápidamente en cuanto clavamos la vista en ellos. Volaban a ras de tierra y habían desaparecido al cabo de un minuto.

Reanudamos nuestra caminata, sin que ninguno dijera nada, y Ellen me alcanzó y siguió andando a mi lado. Los demás no podían oírnos, así que me dijo:

—Papá...

No continuó, de modo que le contesté:

—¿Qué hay, hija?

—Nada —contestó, arrepentida—. No tiene importancia.

Enseguida comprendí lo que había querido decirme, pero no se me ocurrió nada que responder excepto maldecir la Politécnica de Marte, y eso no habría servido de nada. La Politécnica de Marte es demasiado perfecta, igual que su disciplina y sus graduados. Sin embargo, a los diez o doce años de haber salido, algunos consiguen desentumecerse y humanizarse.

Pero Johnny no hacía tanto tiempo que había salido, sólo un año o dos. La oportunidad de pilotar el Chitterling fue una verdadera suerte para él, tratándose de su primer empleo. Tras unos cuantos años con nosotros, podría aspirar a convertirse en capitán de una nave mayor. Ascendería mucha más de prisa que si hubiera tenido que empezar como oficial en una nave mayor.

El único problema consistía en que era demasiado guapo, y él no lo sabía. No sabía nada que no le hubieran enseñado en la Politécnica, y todo lo que le enseñaron fue matemáticas, navegación espacial, y como saludar correctamente; pero no le habían enseñado a no hacerlo.

—Ellen —empecé a decir—, no...

—¿Sí, papá?

—Uh... nada. No tiene importancia. —Mi intención fue decir algo muy distinto, pero de repente ella me sonrió, yo le sonreí, y fue como si hubiéramos hablado de todo. Es cierto que no llegamos a ninguna parte, pero tampoco habríamos llegado a ninguna parte si hubiéramos hablado, aunque no sé si comprenderán lo que quiero decir.

En aquel momento llegamos a la cima de una pequeña elevación de terreno, y nos detuvimos en seco porque, justo enfrente, se hallaba el final de una calle asfaltada.

Una calle plástiasfaltada como las que hay en cualquier lugar de la Tierra, con bordillos, aceras, alcantarillas y la línea de tráfico pintada en el centro. La diferencia residía en que no llevaba a ninguna parte, es decir, al lugar donde nosotros nos encontrábamos, y desde allí hasta la cima de la próxima colina, pero no se divisaba ni una casa, ni un vehículo, ni una criatura.

Miré a Ellen y ella me miró a mí, y después ambos miramos a Ma y Johnny Lane, que acababan de darnos alcance.

—¿Qué es esto Johnny? —pregunté.

—Parece una calle, señor.

Vio la mirada que le dirigí y se sonrojó ligeramente. Se agachó y examinó el asfaltado con más detenimiento, pero cuando se levantó parecía más sorprendido que antes.

—Bueno, ¿qué es? ¿Azúcar quemado? —inquirí.

—Es Permaplast, señor. Al parecer, no somos los descubridores de este planeta, porque este producto sólo se fabrica en la Tierra.

—Hum —murmuré—. ¿No crees que los nativos podrían haber descubierto el mismo proceso? Es posible que tengan los mismos ingredientes.

—Sí, señor. Pero, si mira detenidamente los adoquines, verá que llevan la marca registrada.

—¿No crees que los nativos podrían...? —Me callé, porque me di cuenta de que iba a decir una tontería. Pero es muy duro pensar que has descubierto un nuevo planeta y ver adoquines con la marca registrada de la Tierra en la primera calle que encuentras—. Pero, ¿qué hace una calle en este lugar? —quise saber.

—Sólo hay una forma de averiguarlo —respondió Ma con sensatez—. Debemos seguirla. ¿Qué esperamos?

Así que seguimos adelante, con un piso mucho mejor, y al llegar a la siguiente colina vimos un restaurante. Un edificio de ladrillo rojo y dos pisos con un letrero que rezaba «Restaurante Bon-Ton», escrito en inglés antiguo.

Dije: «Que me ahorquen si...», pero Ma me tapó la boca con una de sus manos antes de que pudiera terminar, lo cual posiblemente fuera una suerte, pues me disponía a decir algo muy poco conveniente. El edificio estaba a unos cien metros de distancia, junto a una curva de la calle.

Eché a andar más de prisa y fui el primero en llegar. Abrí la puerta e hice ademán de entrar. Sin embargo, me quedé clavado en el umbral, dejando la puerta abierta. Era una fachada falsa, como un decorado cinematográfico, y lo único que se veía a través de la puerta eran más colinas verdosas.

Retrocedí unos pasos y observé el letrero del «Restaurante Bon-Ton», mientras los demás me alcanzaban y miraban a través de la puerta. Permanecimos allí hasta que Ma se impacientó y dijo:

—Bueno, ¿qué piensas hacer?

—¿Qué quieres que haga? —repliqué—. ¿Entrar y pedir una langosta para cenar? ¿Con champaña...? Vaya, lo había olvidado.

Aún llevaba la botella de champaña en el bolsillo de la chaqueta; la saqué y se la di primero a Ma y después a Ellen, terminándome casi todo lo que quedó; debí de beber demasiado aprisa porque las burbujas me hicieron cosquillas en la nariz y tuve que estornudar.

Sin embargo, me sentí dispuesto a afrontar lo que fuese, y me acerqué nuevamente al umbral del edificio que no existía. Pensé que quizá viera una indicación de la fecha en que fue levantado, o algo por el estilo. No vi ninguna indicación. El interior o, mejor dicho, la parte posterior de la fachada, era liso y suave como una superficie de cristal. Parecía sintética.

Inspeccioné la fachada posterior, pero lo único que vi fue una serie de agujeros que parecían hechos por insectos. Y eso es lo que debían ser, porque había una gran cucaracha negra sentada (o quizá de pie: ¿cómo vas a saber si una cucaracha está sentada o de pie?) junto a uno de ellos. Me acerqué un poco más y el bicho se introdujo de un salto en el agujero.

Cuando volví a reunirme con los demás, me sentía un poco mejor. Dije:

—Ma, he visto una cucaracha. Y ¿sabes lo que más me ha llamado la atención de ella?

—¿Qué? —preguntó.

—Nada —le dije—. Eso es lo raro, que no tenía nada raro. Aquí, los avestruces llevan sombrero, los pájaros tienen hélices, las calles no conducen a ningún sitio, y las casas sólo tienen fachada; pero esa cucaracha ni siquiera tenía plumas.

—¿Estás seguro? —dijo Ellen.

—Claro que estoy seguro. Subamos a la próxima colina y veamos lo que hay al otro lado.

Subimos, y vimos. Entre esa colina y la siguiente, el camino describía otra curva, y ante nosotros se hallaba la fachada de una tienda con un letrero que decía «Penny Arcade».

Esta vez ni siquiera aflojé el paso. Dije:

—Han copiado ese letrero de Sam Heideman. ¿Recuerdas a Sam y los viejos tiempos, Ma?

—¡Ese borracho inútil! —repuso Ma.

—Pero, Ma, a ti también te gustaba.

—Sí, y tú también, pero eso no significa que tu o él no seáis...

—¡Que cosas tienes, Ma! —la interrumpí. Ya habíamos llegado frente a la tienda. Parecía realmente de lona, pues se balanceaba suavemente. Dije —: Yo no tengo ánimos. ¿Quién quiere meter la cabeza primero?

Pero Ma ya lo había hecho. La oí decir:

—¡Vaya, hola, Sam, viejo borracho!

—Ma, no bromees porque... —empecé a decir.

Pero entonces ya había entrado en la tienda, porque era una tienda, bastante grande por cierto. A mi alrededor se alineaban las conocidas máquinas tragaperras. Y allí, contando monedas en la grita del cambio, estaba Sam Heideman en persona, mirándome con una expresión tan asombrada como la mía.

—¡El viejo Wherry! —exclamó—. ¡Vaya con la sorpresa! —Lo malo es que no dijo «vaya»... pero no se molestó en disculparse ante Ma y Ellen hasta que él y yo nos hubimos golpeado enérgicamente la espalda, y le hube presentado a Johnny Lane.

Era igual que en los viejos tiempos, cuando estábamos en las ferias de Marte y Venus. Empezó a contar a Ellen lo alta que ella era la última vez que la vio y a preguntarle si realmente se acordaba de él.

En aquel momento Ma sorbió.

Cuando Ma sorbe de este modo, significa que algo le ha llamado la atención, así que aparté los ojos del viejo Sam, miré a Ma, y después al lugar hacia donde Ma estaba mirando. No sorbí, pero me quedé boquiabierto.

Una mujer venía hacia nosotros desde el fondo de la tienda, y digo que era una mujer porque no se me ocurre la palabra apropiada para describirla, si es que hay alguna. Era santa Cecilia, Ginebra y una favorita en una sola persona. Era como una puesta de sol en Nuevo México y las frías lunas plateadas de Marte vistas desde los Jardines Ecuatoriales. Era como un valle de Venus en primavera, y como Dorzalski tocando el violín. Era algo extraordinario.

Oí una exclamación junto a mí, que me resultó desconocida. Tardé un segundo en comprender por qué; era la primera vez que a Johnny Lane se le escapaba una exclamación en mi presencia. Tuve que hacer un esfuerzo pero desvié la vista para mirar su rostro. Y pensé: «Oh..., oh. ¡Pobre Ellen!» Porque el pobre muchacho estaba embelesado, eso era indudable.

Y, justo a tiempo —es posible que al ver a Johnny me ayudara—, conseguí recordar que ya he pasado de los cincuenta y que soy feliz en mi matrimonio. Me agarré al brazo de Ma y resolví no soltarlo.

—Sam —dije—, ¿qué diablos...? Bueno, quiero decir...

Sam se volvió y miró a su espalda. Dijo:

—Señorita Ambers, me gustaría presentarle a unos viejos amigos míos que acaban de llegar. Señora Wherry, ésta es la señorita Ambers, la estrella cinematográfica.

Después terminó las presentaciones; primero Ellen, después yo, y después Johnny. Ma y Ellen se mostraron extremadamente corteses. Yo, por mi parte, quizá exagerase al pretender no fijarme en la mano que la señorita Ambers me tendía. Ya soy viejo, y tuve el presentimiento de que podría olvidarme de soltársela si se la estrechaba. Ya pueden imaginarse la clase de muchacha que era.

Johnny si que se olvidó de soltársela.

Sam me estaba diciendo:

—Oye, viejo pirata, ¿qué estás haciendo aquí? Pensaba que te dedicabas a las colonias, y jamás hubiera creído encontrarte en un decorado cinematográfico.

—¿Un decorado cinematográfico? —Las cosas empezaban a tener algo de sentido.

—Desde luego; Cine Planetario, S.A. Yo soy el asesor técnico de las escenas que tienen lugar en una feria. Querían unas imágenes de una sala de juegos, así que desempolvé mis viejos trastos y los instalé aquí. En este momento, todos los muchachos están en el campo de operaciones.

Empecé a comprender.

—¿Y la fachada del restaurante que hay más arriba? ¿También es un decorado? —inquirí.

—Claro, y la calle también. No la necesitaban pero tuvieron que filmar cómo la hacían para una secuencia.

—¡Ah! —Seguí preguntando —: ¿Y el avestruz de la pajarita, y los pájaros con hélices? Eso no puede ser un truco cinematográfico. ¿O sí lo es? —Había oído decir que Cine Planetario hacía cosas que parecían imposibles.

Sam meneó la cabeza con expresión desorientada.

—Ni hablar. Debes de haberte tropezado con miembros de la fauna local. Hay algunos, pero no muchos, y no nos molestan para nada.

Ma dijo:

—Escúchame bien, Sam Heideman, ¿cómo es que si este planeta ha sido descubierto, no hemos oído hablar de él? ¿Desde cuando se conoce su existencia, y de qué se trata todo esto?

Sam soltó una carcajada.

—Un hombre llamado Wilkins descubrió este planeta hace unos diez años. Informó al Consejo pero, antes de que difundieran la noticia, Cine Planetario se enteró y ofreció al Consejo un alquiler muy considerable por el lugar con la condición de que se mantuviera en secreto. Como aquí no hay minerales ni nada de valor y la tierra no vale un céntimo, el Consejo se lo alquiló en esas condiciones.

—Pero ¿por qué tiene que ser un secreto?

—No hay visitantes, no hay distracciones, y han dado esquinazo a sus competidores. Todas las grandes compañías cinematográficas se espían unas a otras e intentan birlarse las buenas ideas. Aquí tienen todo el espacio que quieren y pueden trabajar en paz y sin que nadie les moleste.

—¿Qué harán cuando sepan que hemos descubierto su escondite? —pregunté.

Sam soltó otra carcajada.

—Me imagino que, ahora que estáis aquí, os tratarán a cuerpo de rey e intentarán convencerlos de que no os vayáis de la lengua. Además, quizá consigáis un pase gratuito para todos los cines de la cadena Planetario.

Se acercó a un armario y volvió con una bandeja llena de botellas y vasos. Ma y Ellen rehusaron, pero Sam y yo nos servimos una copa de un licor muy bueno. Johnny y la señorita Ambers hablaban seriamente en un rincón de la tienda, así que no les molestamos, especialmente después de haberle dicho a Sam que Johnny no bebía.

Johnny aún no le había soltado la mano y la miraba fijamente a los ojos como un cachorro mareado. Observé que Ellen se volvía de espaldas para no tener que verlos. Lo sentí por ella, pero no podía hacer nada para remediarlo. Esas cosas ocurren. Y si no hubiera sido por Ma...

Pero vi que Ma empezaba a ponerse nerviosa y dije que lo mejor era regresar a la nave para vestirnos más elegantemente, ya que iban a tratarnos a cuerpo de rey. Además, acercáramos la nave. Estimé que podíamos quedarnos unos cuantos días en Nada Sirio. Sam se desternilló de risa cuando le expliqué que habíamos bautizado el planeta con ese nombre, después de una ojeada a la fauna local.

Entonces aparté amablemente a Johnny de la estrella cinematográfica y le conduje al exterior. Su cara tenía una expresión ausente y dichosa, e incluso olvidó saludar cuando le hablé. Tampoco me llamó «señor». La verdad es que no dijo absolutamente nada.

Los demás tampoco abrimos la boca, mientras subíamos por la calle.

Había algo que me inquietaba y no podía concretar qué era. Había algo que no encajaba, algo que no tenía sentido.

Ma también estaba preocupada. Finalmente la oí decir:

—Escucha, si de verdad quieren mantener el secreto acerca de este lugar, ¿no crees que quizá... uh...?

—No, claro que no —repose, con cierta brusquedad. Sin embargo, no era eso lo que me inquietaba.

Bajé la mirada hasta aquella carretera tan nueva y perfecta, y comprendí que en ella había algo que no me gustaba. Me acerqué al bordillo y seguí andando junto a él, observé

la tierra verdosa de los alrededores, pero no vi nada más que agujeros y cucarachas como los que ya había visto en el restaurante Bon-Ton.

No obstante, quizá no fueran cucarachas, a menos que la compañía cinematográfica las hubiera traído. Pero se parecían demasiado a las cucarachas a efectos prácticos, si es que una cucaracha tiene algún efecto práctico. No tenían pajarita, ni hélices, ni plumas. Eran cucarachas normales y corrientes.

Salí de la faja pavimentada e intenté pisar una o dos, pero se escaparon y desaparecieron en el interior de los agujeros. Eran muy rápidas.

Volví a la carretera y seguí andando junto a Ma. Cuando me preguntó: «¿Qué hacías?», yo le contesté: «Nada».

Ellen se había situado al otro lado de Ma y mantenía un semblante deliberadamente inexpresivo. Deduje que estaba pensando y deseé poder ayudarlas. Lo único que se me ocurría era quedarnos un tiempo en la Tierra después de aquel viaje, para darle la oportunidad de olvidar a Johnny conociendo a otros muchachos de su edad. Quizá encontrase alguno que le gustara.

Johnny parecía aturdido. Estaba en el séptimo cielo, y había caído de repente, como suelen hacer los muchachos como él. Quizá no fuese amor, sino únicamente apasionamiento, pero en ese instante no sabía en que planeta estaba.

En aquel momento coronamos la primera colina, y perdimos de vista la tienda de Sam.

—Papá, ¿has visto alguna cámara cinematográfica por los alrededores? —preguntó súbitamente Ma.

—No, pero esas máquinas cuestan millones. No las dejan por ahí cuando no se utilizan.

Enfrente de nosotros se alzaba la fachada del restaurante. Tenía un curioso aspecto desde donde nos encontrábamos, ya que lo veíamos de lado. Aparte de esto, no se veía nada más que la carretera y las verdosas colinas.

En el pavimento no había ninguna cucaracha, y me di cuenta de que no habíamos visto ninguna sobre el asfalto. Al parecer nunca subían a la carretera ni la cruzaban. ¿Por qué razón iba una cucaracha a cruzarla? ¿Para pasar al otro lado?

Seguía estando inquieto por algo, algo que tenía menos sentido que cualquier otra cosa.

Esta sensación fue aumentando a medida que avanzábamos. Deseé poder tomar otra copa. El sol Sirio descendía hacia la línea del horizonte, pero aún hacía mucho calor. Incluso llegué a desear un vaso de agua.

Ma también parecía cansada.

—Parémonos a descansar —dije—, ya estamos a mitad del camino.

Nos detuvimos. Fue justo delante del Bon-Ton y yo alcé la vista hasta el letrero, sonriendo.

—Johnny, ¿quieres entrar y pedir la cena?

El saludó y contestó: «Sí, señor», y se dirigió hacia la puerta. De repente enrojeció y se detuvo en seco. Yo me reí discretamente y no hice ningún comentario que empeorase su turbación.

Ma y Ellen se sentaron en el bordillo.

Volví a trasponer la puerta del restaurante y comprobé que nada había cambiado. Liso como el cristal en el otro lado. La misma cucaracha —supongo que era la misma —seguía sentada o de pie junto al mismo agujero.

Le dije: «Hola», pero no me contestó, así que traté de pisarla, pero volvió a ser más rápida que yo. Observé algo muy curioso. Había echado a correr hacia el agujero en el mismo instante que decidí pisarla, incluso antes de que pudiera mover un músculo.

Regresé a la fachada, y me apoyé en la pared. Se estaba bien y cómodo. Saqué un cigarro del bolsillo y me dispuse a encenderlo, pero dejé caer la cerilla. Ya casi sabía lo que no encajaba.

Algo concerniente a Sam Heideman.

—Ma —dije—, ¿acaso San Heideman no está... muerto?

Y entonces, de repente, dejé de estar apoyado en una pared, porque la pared dejó de estar allí y empecé a caerme hacia atrás.

Oí que Ma y Ellen gritaban.

Me levanté de la tierra verdosa. Ma y Ellen también se estaban levantando, porque el bordillo donde se habían aposentado también había desaparecido. Johnny se tambaleaba ligeramente después de que la carretera se evaporase bajo las suelas de sus zapatos y descendiera unos centímetros.

No se veía ningún letrero, ningún restaurante, y ninguna calle; sólo las colinas verdes. Y... sí, las cucarachas seguían estando allí.

La caída me había trastornado, y estaba loco. Busqué algo para descargar mi locura. Sólo había cucarachas. Ellas no habían desaparecido sin dejar rastro como todo lo demás. Hice una nueva tentativa con la más próxima, y volví a fallar. Esta vez estaba seguro de que se había movido antes que yo.

Ellen miró hacia el lugar donde debía estar la calle, y el lugar donde debía estar el restaurante. mirando después en dirección a donde habíamos venido como preguntándome si la tienda Penny Arcade continuaría allí.

—No está —dije.

—No está, ¿qué? —preguntó Ma.

—No está allí —expliqué.

Ma me miró con impaciencia.

—¿Qué es lo que no está allí?

—La tienda —dije un poco irritado—. La compañía cinematográfica. Todo el asunto. Y especialmente Sam Heideman. Fue cuando recordé lo de San Heideman... hace cinco años, en Ciudad Luna, oímos que había muerto... Así que él no estaba allí. Nada de ello estaba allí. Y en cuanto me di cuenta, ellos lo hicieron desaparecer todo.

—¿Ellos? ¿A quién te refieres al decir «ellos», papá Wherry? ¿Quiénes son «ellos»?

—¿De verdad quieres saberlo? —pregunté, pero la mirada de Ma me hizo parpadear.

—Este no es sitio para hablar —proseguí—. Lo primero que debemos hacer es regresar a la nave lo más de prisa que podamos. ¿Podrás guiarme hasta allí, Johnny, ahora que no hay carretera?

El asintió, olvidándose de saludar o llamarme «señor». Reanudamos la marcha, sin que ninguno hablara. Yo no dudaba de que Johnny nos pudiera guiar hasta la nave; estuvo muy bien hasta llegar a la tienda; siguió nuestro rumbo con la brújula de pulsera.

Una vez llegamos al punto donde terminaba la desaparecida carretera, todo fue más fácil, pues veíamos nuestras propias huellas en la tierra, y sólo teníamos que seguir las. Pasamos la elevación donde habíamos visto el matorral púrpura con los pájaros de hélices, pero los pájaros ya no estaban, y el matorral tampoco.

Sin embargo, el Chitterling seguía allí, gracias a Dios. Lo vimos desde la última colina y estaba exactamente igual que lo habíamos dejado. Parecía un verdadero hogar, y apretamos instintivamente el paso.

Abrí la puerta y me aparté para dejar entrar a Ma y Ellen. Ma ya tenía un pie dentro cuando oímos la voz. Dijo:

—Queremos despedirles.

—Nosotros también queremos despedirles —respondí—. Váyanse al demonio.

Hice una seña a Ma para que entrara en la nave. Cuanto antes nos marcháramos, mejor para todos.

Pero la voz dijo:

—Esperen —En su entonación había algo que nos hizo obedecer—. Queremos explicárselo para que no regresen.

Nada estaba más lejos de mi mente que regresar, pero repliqué:

—¿Por qué no?

—Su civilización no es compatible con la nuestra. Hemos estudiado su mente para estar seguros. Proyectamos imágenes a partir de las imágenes que encontramos en sus mentes, para estudiar sus reacciones ante ellas. Nuestras primeras imágenes, nuestras primeras proyecciones de ideas, fueron confusas. Pero hemos comprendido su mente cuando han alcanzado el punto más alejado de su caminata. Hemos conseguido proyectar seres iguales a ustedes.

—Sam Heideman, sí —comenté—. Pero, ¿qué me dicen de la... la mujer? Ella no podía estar en el recuerdo de ninguno de nosotros porque no la conocíamos.

—Era un compuesto..., lo que ustedes llamarían una idealización. Sin embargo, eso no tiene importancia. Después de estudiarles, hemos visto que su civilización se preocupa por las cosas, mientras que la nuestra se interesa por las ideas. No tenemos nada que ofrecernos. Un intercambio entre ambas razas no haría ningún bien y sí mucho mal. Nuestro planeta no tiene recursos materiales que puedan interesar a su raza.

Tuve que mostrarme de acuerdo en ese sentido, mientras contemplaba la monótona extensión de colinas verdosas que sólo parecían albergar unos cuantos matorrales, aunque no demasiados. No tenían aspecto de albergar otra cosa. En cuanto a minerales, no había visto ni un guijarro.

—Tiene razón —contesté—. Cualquier planeta que no tenga más que plantas rodadoras y cucarachas puede arreglárselas como pueda, por lo que a nosotros respecta. Así que... —Entonces se me ocurrió una cosa—. Oiga, espere un momento. Tiene que haber algo más, porque sino, ¿con quién estoy hablando?

—Está hablando —repuso la voz —con lo que usted llama cucarachas, lo cual supone otro punto de incompatibilidad entre nosotros. Para ser más preciso, usted habla a una voz proyectada por el pensamiento, pero nosotros la proyectamos. Y déjeme asegurarle una cosa: que usted nos resulta más repugnante físicamente que nosotros a usted.

Entonces bajé la vista y la vi, a tres de ellas, dispuestas a entrar en un agujero si yo hacía un movimiento.

Una vez dentro de la nave, dije:

—Johnny, despeguemos. Destino, la Tierra.

Saludó y dijo: «Sí, señor», entró en la cabina del piloto y cerró la puerta. No salió hasta conectar el piloto automático, con Sirio a nuestra espalda.

Ellen se había ido a su camarote. Ma y yo jugábamos a las cartas.

—¿Puedo tomarme un descanso, señor? —preguntó Johnny, dirigiéndose rígidamente hacia su camarote cuando le dije que sí.

Al cabo de un rato, Ma y yo nos acostamos. A los pocos minutos oímos ruidos. Me levanté para investigar, e investigué.

Volví sonriendo.

—¡Todo está arreglado, Ma! —dije—. Es Johnny Lane y está borracho como una cuba. —Le di una palmada en el trasero.

—¡Ayyy! —se quejó—. Ya he tenido bastante cayéndome del bordillo. ¿Quieres decirme que tiene de maravilloso que Johnny esté borracho? Tú no lo estás ¿verdad?

—No —admití, posiblemente con algo de tristeza—. Pero, Ma, me ha dicho que me fuera al diablo, y sin saludar, a mí, el propietario de la nave.

Ma se limitó a mirarme. A veces la mujeres son muy listas, pero otras veces son bastante tontas.

—Escucha, te aseguro que no se dará a la bebida —le dije —Esta es una ocasión especial. ¿No comprendes lo que le ha sucedido a su orgullo y dignidad?

—Te refieres a que...

—A que se ha enamorado de la proyección de pensamiento de una cucaracha —expliqué—. O, por lo menos, eso es lo que él ha creído. Tenía que emborracharse una vez para olvidarlo y, a partir a hora, cuando ya esté sobrio, se comportará como un ser

humano. Te apuesto lo que quieras. Y también te apuesto lo que quieras a que entonces verá a Ellen y se dar cuenta de lo guapa que es. Apuesto a que habrá perdido la cabeza por ella antes de que lleguemos a la Tierra. Voy buscar una botella y brindaremos por ello. ¡Por Nada Sirio!

Y, por una vez, tuve razón. Johnny y Ellen se prometieron antes de que llegáramos a distancia suficiente de la Tierra como para decelerar.

EL NUEVO

—Papá, ¿los seres humanos son reales?

—Maldita sea, hijo, ¿no te enseñan esas cosas en la clase de Ashtaroth? Si no lo hacen, ¿para qué les pago diez B.T.U. al semestre?

—Ashtaroth habla de eso, papá. Pero no comprendo bien lo que dice.

—Ashtaroth es un poco... Bueno, ¿qué dice?

—Dice que ellos lo son y que nosotros no; que nosotros existimos sólo porque ellos creen en nosotros, que somos qui... qui... algo.

—¿Quimeras?

—Eso es, papá. Dice que nosotros somos quimeras.

—Bueno, ¿cuál es la dificultad? ¿no responde eso a tu pregunta?

—Pero, papá, si no somos reales, ¿por qué estamos aquí? Quiero decir, ¿cómo es posible que...?

—De acuerdo, niño, supongo que más vale que me ocupe de explicártelo. Pero, en primer lugar, no te preocupes por estas cosas. Son académicas.

—¿Qué quiere decir «académicas»?

—Algo que realmente no importa. Algo que tienes que aprender para no ser ignorante como una dríada tonta. Las lecciones reales, las que debes estudiar en serio, son las que recibes en las clases de Lebalome y de Marduk.

—¿Te refieres a la magia roja, la posesión y...?

—Sí, ese tipo de cosas. Sobre todo a la magia roja: ése es tu campo en tanto perteneces al elemento fuego, ¿comprendes? Pero volvamos a este asunto de la realidad. Existen dos tipos de... eh... bueno, de componentes: mente y materia. ¿Te aclaras?

—Sí, papá.

—Bueno, la mente es superior la materia, ¿no? Un plano superior de la existencia. Ahora bien, las cosas como rocas y... eh... como rocas, son materia pura; ése es el tipo más bajo de existencia. Los seres humanos son una especie de confluencia entre mente y materia. Poseen los dos componentes. Sus cuerpos son materia, al igual que las rocas, pero tienen mentes que los dirigen. Ello hace que se encuentren a mitad de camino en la escala, ¿comprendes?

—Supongo que sí, papá, pero...

—No me interrumpas. La tercera y más elevada forma de existencia es... bueno..., nosotros. Los correspondientes a los elementos, los dioses y los mitos de todo tipo... los duendes, las sirenas, las hadas, los lousps-garou y... bueno, todos y todo lo que ves por aquí. Nosotros somos superiores.

—Pero si no somos reales, ¿cómo...?

—Shhh. Somos superiores porque somos pensamiento puro. ¿Comprendes? Somos pura cepa mental, niño. Del mismo modo que los humanos evolucionaron a partir de la materia no pensante, nosotros lo hicimos a partir de ella. Nos concibieron, ¿has comprendido?

—Supongo que sí, papá. ¿Pero qué ocurrirá si dejan de creer en nosotros.

—Nunca lo harán... totalmente. Siempre habrá algunos que crean y eso es suficiente. Desde luego, cuantos más crean en nosotros, más fuertes somos individualmente. Piensa ahora en algunos de los mozos más viejos, como Amón-Ra y Bel-Marduk... Últimamente parecen algo débiles e insignificantes porque no cuentan con verdaderos seguidores. Solían ser importantes aquí, niño. Recuerdo que Bel-Marduk era capaz de superar a cualquiera en Harpies. Míralo hoy: camina, con un bastón. Y Thor... chico, tendrías que haberle oído en un jaleo hace unos pocos siglos.

—Pero, papá, ¿qué ocurrirá si nadie de allí arriba cree en ellos? ¿Se mueren?

—Teóricamente, sí. Pero hay algo que nos salva. Existen algunos humanos que creen en todo, o, mejor dicho, no dejan de creer realmente en nada. Ese grupo es una especie de núcleo que mantiene unidas las cosas. Por muy desacreditada que esté una creencia, ellos persisten dudando un poco.

—Pero, papá, ¿qué ocurrirá si conciben un nuevo ser mitológico? ¿Tendría existencia aquí abajo?

—Por supuesto, niño. Así es como todos hemos venido aquí en un momento u otro. Por ejemplo, piensa en los espíritus chocantes. Son unos recién llegados. Y el ectoplasma que ves flotar y meterse en todas partes también es nuevo. Y... bueno, como ese muchachón de Paul Bunyan, sólo lleva aquí alrededor de un siglo y no es mucho mayor que tú. Y hay muchos más. Desde luego, tienen que ser invocados antes de aparecer, pero tarde o temprano eso siempre ocurre.

—Caray, gracias, papá. A ti te entiendo mucho más que a Ashtaroth. Él usa palabras imponentes como «transmogrificación», «superactualización» y no sé cuántas más.

—De acuerdo, niño, ahora vete a jugar. Y no traigas al volver a ninguno de esos malditos niños de elemento agua. El lugar se llena tanto de vapor que me resulta imposible ver. Además, está al caer un personaje muy importante.

—¿Quién, papá?

—Darveth, el principal demonio del fuego. El jefeazo. Por eso quiero que te vayas.

—Caray, papá, ¿no puedo...?

—No. Quiere hablarme de algo importante. Tiene completamente dominado a un ser humano y se trata de un asunto delicado.

—¿Qué significa que tiene a un ser humano totalmente dominado? ¿Qué quiere hacer con él?

—Obviamente, que encienda fuego allí arriba. Lo que Darveth piensa hacer con este muchacho será bueno. Dice que será mejor que lo que hizo con Nerón o con la vaca de la señora O'Leary. Esta vez se trata de algo grande.

—Jolín, ¿no puedo mirar?

—Quizá más tarde. Aún no hay nada que mirar. Ese muchacho sólo es un bebé. Pero Darveth es previsor. Opina que hay que tomarlos jóvenes. Pasarán años antes de que funcione pero será algo caliente cuando ocurra.

—¿Entonces podré mirar?

—Claro, niño. Pero ahora vete a jugar. Y no te acerques a esos gigantes helados.

—Sí, papá.

Tardó veintidós años en poseerlo. Durante ese tiempo él lo rechazó y después... paf.

Bueno, había estado allí en todo momento, desde que Wally Smith era un bebé; desde que... bueno, estaba allí desde antes de que tuviera memoria. Desde que se las había ingeniado para erguirse en sus piernecitas gruesas y combadas cuando era un bebé, aferrado a dos de los barrotes del parque, y visto que su padre cogía un trozo de madera, lo frotaba contra la suela del zapato y luego lo acercaba a la pipa.

Las nubes de humo que surgían de esa pipa eran divertidas. Estaban y no estaban allí, como fantasmas grises. Pero fue interesante de un modo fugaz.

Lo que atrajo sus ojos, sus ojos redondos, grandes y azorados, fue la llama.

La cosa que danzaba en el extremo del palo. La cosa resplandecía allí, cambiando siempre de forma. Un asombro amarillo-rojo-azul, belleza mágica.

Una de sus manos regordetas se aferró al barrote del parque y la otra se estiró hacia la llama. Suya; la quería. Suya.

Y su padre, que la mantuvo fuera de su alcance, le sonrió con orgullosa y ciega paternidad. Jamás lo imaginó.

—Bonita, ¿no, hijito? Pero no debes tocarla. El fuego quema.

—Sí, Wally, el fuego quema.

Wally Smith sabía mucho acerca del fuego cuando empezó a ir a la escuela. Sabía que el fuego quema. Lo sabía por experiencia, y había sido una experiencia dolorosa pero no amarga. La cicatriz del antebrazo se lo recordaba. La cicatriz blanca y manchada que siempre estaría en su brazo cuando se arremangara.

También lo había marcado en otro sentido. Sus ojos.

Eso también se había producido pronto. El sol, el glorioso sol, el sol asesino. También lo había mirado cuando su madre trasladó el parque al patio. Lo observó con jadeante fascinación hasta que le dolieron los ojos, volvió a mirarlo en cuanto pudo y estiró sus bracitos hacia él. Sabía que era fuego, llama, de algún modo semejante a las cosas que bailaban en el extremo de los palitos que acercaba su padre a la pipa.

Fuego. Él lo adoraba.

Y por eso, desde muy pequeño, usó gafas. Toda su vida sería miope y tendría que usar gafas gruesas.

La junta de reclutamiento echó un vistazo al espesor de sus lentes y ni siquiera le envió a que le hicieran un examen físico. Debido al espesor de los lentes, le eximieron del servicio militar y le dijeron que volviera a su casa.

Eso fue duro, pues él quería incorporarse a filas. Había visto un noticiero filmado en el que aparecían los nuevos lanzallamas. Si lograra conseguir una de esas cosas y hacerla funcionar...

Pero ese deseo era subconsciente; ni siquiera sabía que formaba buena parte del motivo por el cual había querido vestir uniforme. Eso sucedió en otoño del cuarenta y uno y todavía no estábamos en guerra. Posteriormente, después de diciembre, aún formaba parte del motivo por el cual quería incorporarse pero no era el motivo principal. Wally Smith era un buen norteamericano, lo cual era aún más importante que ser un buen pirómano.

De todos modos, había superado la piromanía. O creía haberla superado. Si estaba allí, se encontraba enterrada en lo profundo, donde la mayor parte del tiempo podía evitar pensar en ella, y en un canal de su mente se alzaba un cartel «Hasta aquí, no más lejos».

Ese anhelo del lanzallamas le preocupaba un poco. Luego sobrevino el bombardeo de Pearl Harbor y Wally Smith las pasó canutas consigo mismo para averiguar si era sólo patriotismo lo que le hacía sentir deseos de matar japoneses, o si intervenía su deseo de manejar un lanzallamas.

Mientras reflexionaba, la situación se puso candente en Filipinas; los japoneses bajaron a Singapur, en Malasia, donde había submarinos alemanes en la costa y empezó a parecer que su país le necesitaba. Anidó en Wally una fiebre combativa que le dijo que no tenía importancia si era o no pirómano, que lo que le impulsaba a la acción era el patriotismo... y que más adelante se preocuparía por la psiquiatría.

Probó en tres puestos de reclutamiento y los tres le rechazaron. Después la fábrica donde trabajaba cambió de... un momento, nos estamos adelantando a los acontecimientos.

Cuando el pequeño Wally Smith tenía siete años, le llevaron a la consulta de un psiquiatra.

—Sí —dijo el psiquiatra—, piromanía. O, en todo caso, una fuerte tendencia a la piromanía.

—Y... ¿a qué se debe, doctor?

Habéis visto a ese psiquiatra infinidad de veces. En anuncios de levadura. Identificado, es probable que correctamente, con un famoso especialista vienés. ¿Recordáis cuando existía aquella larga serie de famosos especialistas vieneses que abogaban por la ingestión de levadura para cualquier mal, desde la vileza moral hasta los uñeros de los pies? Aquello ocurría, naturalmente, antes de que la apisonadora nazi atravesara Austria y empezara a manar la sangre como *wein*. Bien, si lográis reproducir mentalmente la imagen de la dinastía vienesa de la levadura, sabréis lo impresionante que era aquel psiquiatra.

—Y... ¿a qué se debe, doctor?

—Inestabilidad emocional, señor Smith. Quiero que comprenda que la piromanía no es locura. No en tanto permanezca... bueno... bajo control. Se trata de una neurosis compulsiva originada en la inestabilidad emocional. En cuanto a por qué la neurosis escogió ese canal específico de expresión, en algún momento de su infancia debió de producirse un trauma psíquico que...

—¿Un qué, doctor?

—Un trauma. Una herida psíquica, en la mente. En el caso de la piromanía, posiblemente el sufrimiento provocado por una grave quemadura. Conocerá el antiguo dicho, señor Smith: «Niño quemado detesta el fuego».

El psiquiatra sonrió condescendentemente y agitó su varita mágica... mejor dicho sus quevedos, que colgaban de una cinta de seda negra, en un gesto de exorcismo.

—La verdad es lo contrario, naturalmente. El niño quemado adora el fuego. ¿Se quemó alguna vez Wally, señor Smith?

—Sí, doctor. Cuando tenía cuatro años cogió unas cerillas y... tiene la cicatriz perfectamente visible en el brazo, doctor. ¿No se dio cuenta? Y es evidente que un niño quemado adora el fuego: de lo contrario no se habría quemado.

El psiquiatra no le hizo preguntas sobre los síntomas anteriores a aquella quemadura... claro que los habría desechado en el caso de que el señor Smith se hubiera acordado de comunicárselos. Le habría asegurado que semejante atracción por las llamas era normal y que no había alcanzado proporciones anormales hasta después del episodio de la quemadura. En cuanto un psiquiatra ingresa en la pista del trauma, es capaz de explicar tan insignificantes discrepancias casi sin intentarlo.

Por ende, una vez que encontró la causa, el psiquiatra le curó. Punto.

—¿Ahora, Darveth?

—No, esperaré.

—Pero sería divertido ver esa escuela en llamas. El fuego prendería fácilmente y las escaleras de incendios no tienen capacidad suficiente.

—Sí, sí... Pero esperaré.

—¿Quieres decir que intentará dar el golpe a algo más grande cuando pase el tiempo?

—Ésa es la idea.

—¿Pero estás seguro de que no se te escapará de las manos?

—Él no.

—Es hora de que te levantes, Wally.

—Está bien, mamá. —Se sentó en la cama, con el pelo revuelto, y se puso las gafas para poder verla—. Mamá, anoche tuve otra vez uno de esos sueños. La cosa estaba toda encendida y otra igual pero diferente y no tan grande le hablaba. Conversaban sobre la escuela y...

—Wally, el doctor te dijo que no debes hablar de esos sueños, excepto cuando él te lo pregunte. Si los mencionas se grabarán en tu mente y los recordarás y pensarás en ellos y eso te hará volver a soñarlos. ¿Comprendes, Wally?

—Comprendo, pero ¿por qué no puedo contarte...?

—Porque el doctor dijo que no debes hacerlo, Wally. Ahora cuéntame lo que hiciste ayer en la escuela. ¿Te han puesto otra vez un cien en aritmética?

Naturalmente, el psiquiatra mostraba un profundo interés por esos sueños: eran su capital. Pero los encontraba confusos, carentes de sentido. No podemos culparlo: ¿habéis oído alguna vez a un niño de siete años tratando de contar el argumento de una película que ha visto?

La forma en que Wally recordaba sus sueños y los contaba era un embrollo:

—...y después esa enorme cosa amarilla, una especie de... bueno, creo que entonces no es mucho lo que hizo. Y después la grande, la que era más alta que la otra y más roja, decía no sé qué de que cuando lo pescara no se le escaparía de las manos y...

Sentado en el borde del sillón, Wally miraba al psiquiatra a través de los gruesos cristales de sus gafas, con las mano fuertemente entrelazadas y los ojos desorbitados. Hablaba en un galimatías.

—Esta noche, cuando te duermas, pequeño, trata de pensar en algo agradable. Algo que te guste mucho, como...

—¿Como una fogata, doctor?

—¡No! Me refiero a algo así como jugar al béisbol o ir a patinar.

Le vigilaban atentamente. En especial lo mantenían alejado de las cerillas y del fuego. Sus padres cambiaron el hornillo de gas por uno eléctrico, aunque en realidad no podían permitirse ese lujo. Pero en virtud del peligro que significaban las cerillas, el padre de Wally dejó de fumar y lo que ahorró en tabaco sirvió para pagar el hornillo.

Sí, Wally estaba perfectamente curado. El psiquiatra se llevó el mérito... y también el dinero. Por lo menos desaparecieron los síntomas exteriores más peligrosos. El fuego seguía fascinándole, pero ¿a qué niño no le gusta perseguir coches de bomberos?

Creció y se convirtió en un joven bastante fornido. Alto, aunque un poco desgarbado. Aproximadamente la estructura ideal de un jugador de baloncesto, pero no veía lo suficiente para poder jugar.

No fumaba y —después de una o dos experiencias —decidió que tampoco bebería. La bebida tendía a debilitar en él esa barrera que cruzaba el pasaje bloqueado de su mente, y decía: «Hasta aquí, no más lejos». Aquella noche casi había prendido fuego a la fábrica en la que trabajaba como agente de embarque. Casi, pero no lo hizo.

—¿Ahora, Darveth?

—Todavía no.

—¿Por qué esperar más? Se trata de un enorme y destartalado edificio de madera, donde producen artículos de celuloide. El celuloide... ¿has visto alguna vez cómo se quema el celuloide, Darveth?

—Sí, es un espectáculo hermoso, pero...

—¿Crees que se presentará una posibilidad mejor?

—¿Si lo creo? Sé que existe.

A la mañana siguiente, Wally Smith despertó con una horrible resaca y descubrió que tenía una caja de cerillas en el bolsillo. No estaban allí cuando había empezado a beber la noche anterior y no recordaba cuándo ni dónde la había recogido.

Pero se horrorizó al pensar que la había recogido. Y se estremeció al tratar de recordar en qué estaría pensando cuando se había metido esa caja de cerillas en el bolsillo. Sabía que había estado en el confuso borde de algo y tenía una aterradora idea de lo que había sido ese algo.

En cualquier caso, hizo una promesa. Decidió que jamás, bajo ninguna circunstancia, volvería a beber. Consideró que podía confiar en sí mismo siempre que no bebiera. Mientras podía controlar su mente consciente, no era un pirómano. El psiquiatra le había curado cuando era niño, ¿verdad?. ¡Claro que sí!

Pero lo mismo sus ojos adquirieron una mirada obsesiva. Afortunadamente no se notaba mucho a través de sus gafas. Dot lo percibió vagamente. Dot Wendler era la chica que salía con él.

Aunque Dot lo ignoraba, aquella noche significó otra tragedia en la vida de Wally, ya que éste había estado a punto de proponerle el matrimonio, pero ahora...

¿Era justo, se preguntaba Wally, pedirle a una chica como Dot que se casara con él cuando ya no estaba seguro de sí mismo? Estuvo en un tris de decidir abandonarla para no torturarse volviéndola a ver. Pero eso era demasiado: acordó consigo mismo que seguiría saliendo con ella pero no plantearía esta cuestión. Algo así como un hombre que no se atreve a comer pero contempla los escaparates de las golosinas siempre que puede.

Era el 7 de diciembre de 1941 y la mañana del día 9 había intentado alistarse en tres puestos de reclutamiento y había sido rechazado en los tres.

Dot trató de consolarle... aunque en lo más íntimo estaba contenta.

—Pero Wally, estoy segura de que la fábrica donde trabajas se dedicará a colaborar en la defensa. Todas se están volcando a lo mismo. Y tú serás igualmente útil. El país necesita armas y... y municiones y cosas de éstas igual que soldados. Y... —y tendría la oportunidad de tomarse las cosas en serio y casarse con ella, quisiera haber dicho pero no lo dijo, naturalmente.

A principios de enero quedaron confirmadas las palabras de Dot. Wally quedó sin trabajo durante un período provisional, mientras la fábrica modificaba sus instalaciones. Fueron dos semanas; la primera de ellas unas dichosas vacaciones, porque Dot también se tomó la semana libre en su trabajo y salieron juntos todos los días. Dot pidió la semana libre sin goce de sueldo, sólo para estar con él, pero no se lo dijo.

Al cabo de dos semanas, llamaron a Wally de la fábrica. Habían hecho los cambios rápidamente, ya que una fábrica que trabaja con productos químicos no necesita tantas modificaciones como una que opera con metales.

Pasarían a trabajar con nitrato de tolueno. Después que el tolueno era tratado lo llamaban trinitrotolueno, si tenían tiempo. Cuando el tiempo no les alcanzaba para pronunciar tantas sílabas, lo describían como TNT.

—¿Ahora, Darveth?

—¡Ahora!

Un mediodía, Wally Smith ignoraba lo que le ocurría, pero sabía que no se sentía del todo bien mentalmente. Algo le estaba ocurriendo y empeoraba minuto a minuto.

Salió al andén de carga que daba al ramal corto para almorzar. En la vía férrea había una docena de vagones y durante la hora del almuerzo unos diez hombres se dedicaron a descargar uno de ellos. Un material aparentemente pesado, metido en sacos.

—¿Qué es eso? —le preguntó Wally a uno de los obreros.

—Cemento. Para lograr la incombustión.

—Ah —dijo Wally—. ¿Cuándo empiezan con eso?

El hombre dejó su saco y se pasó el dorso de la mano sucia por la frente.

—Mañana. ¿Quieres saber cómo lo harán? —sonrió—. Echan abajo una pared por vez y levantan otra de cemento, mientras todo sigue funcionando a plena potencia.

—¡Caray! —exclamó Wally—. ¿Todos esos vagones están llenos de cemento?

—No, sólo éste. Los demás son sustancias químicas y otros materiales. Te aseguro que me sentiré mucho mejor cuando todo esto esté en condiciones. Ahora... si algo fallara esta semana, esto sería peor que la noche negra de la guerra anterior. El contenido de los

vagones, solo, extendería el fuego hasta las plantas de manipulación de hidrocarburos que están al otro lado de las vías. ¿Y sabes lo que hay más allá?

—Lo sé —replicó Wally—. Claro que tienen montones de guardias y todo lo demás pero...

—Pero —repitió el otro—. Necesitamos municiones de prisa, de acuerdo, pero por aquí los materiales están demasiado concentrados. De todas formas, éste no es lugar adecuado para trabajar con trinitro. Está demasiado cerca de otros materiales. Si esta planta estallara a pesar de todas las precauciones que toman, desencadenaría una serie de... —Observó a Wally Smith con los ojos entrecerrados—. Oye, estamos hablando. No repitas fuera de la fábrica nada de lo que hemos dicho.

Wally asintió muy seriamente. El operario que conversaba con él empezó a levantar nuevamente su saco pero pareció cambiar de idea y prosiguió:

—Si, están tomando precauciones, pero si aquí se colara el maldito espía, prácticamente podría hacernos perder la guerra. Si tuviera suerte. Quiero decir si el fuego se expandiera cerca hay suficiente material para... para desnivelar el Pacífico, muchacho.

—Supongo que en ese caso moriría mucha gente —sugirió Wally.

—Montones de gente. Probablemente un millar, ¿pero qué importa? En el frente ruso muere la misma cantidad todos los días. Más aún. Pero, Wally... ¡Diablos, hablo demasiado!

Cargó el saco de cemento sobre sus hombros y entro en el edificio.

Wally terminó de comer en actitud meditativa, dobló la bolsa de papel que contenía su almuerzo y la dejó en el cubo de basura de metal a prueba de fuego. Miró la hora en su reloj de pulsera y vio que le sobraban diez minutos. Volvió a sentarse en el borde de la plataforma.

Sabía lo que debía hacer. Marcharse. Aunque existiera una posibilidad entre un millón de que... Pero no existía una posibilidad, ni siquiera en un millón. Maldición —dijo para sus adentros—, me habían curado. Estaba perfectamente sano y le necesitaban aquí; aunque modesto, su trabajo era importante.

Pero oye.., sólo por las dudas... ¿si consultaras al psiquiatra que te atendió cuando eras niño? El tipo seguía en la ciudad. Cuéntale toda la historia y pídele consejo; si opina que debes renunciar...

Podía llamarle ahora mismo, desde el teléfono de la oficina y fijar una cita para la noche. No, desde el teléfono de la oficina no, pero en el vestíbulo había un teléfono que funcionaba con monedas de cinco centavos. ¿Tendría alguna suelta? Sí, recordó, tenía una moneda de cinco centavos.

Se levantó y metió la mano en el bolsillo para sacar la moneda. Cuatro centavos. Los observó con curiosidad. ¿Cómo demonios tenía esas monedas? Recordaba una de cinco...

Buscó en el otro bolsillo y sintió que su mano se helaba. Sus dedos habían tocado cartón, cartón en forma de carterita de cerillas de papel. Apenas se atrevió a respirar mientras sus dedos exploraban el extraño objeto encontrado en el bolsillo. Sin duda alguna, era una carterita de fósforos de seguridad, llena, y había otra debajo. ¿No se vendían esas cerillas a dos carteritas por un centavo... el centavo que faltaba de su moneda de cinco ahora convertida en cuatro de un centavo?

Pero él no las había puesto allí. Nunca compraba ni llevaba cerillas. Él no había...

¿O sí?

Porque entonces recordó algo extraño que le había ocurrido aquella mañana camino de la fábrica. Esa extraña sensación que tuvo cuando, con cierta sorpresa, se encontró en la esquina de Grant y Wheeler, a una manzana de distancia de su ruta acostumbrada. A una manzana de su camino habitual... una manzana que no recordaba haber andado.

Me estoy volviendo distraído, se dijo a sí mismo. Sueño despierto. Pero en aquella manzana había tiendas, tiendas que vendían cerillas.

Uno puede soñar despierto y alejarse una travesía de su camino. ¿Pero puede hacer una compra —con terribles connotaciones— sin darse cuenta?

Y si podía comprar cerillas sin intervención de su voluntad consciente, ¿no podría también usar...?

Sacó las dos carteritas de fósforos del bolsillo y las metió en la ranura del cubo de basura a prueba de fuego.

De inmediato, caminando rápidamente, con el rostro blanco y decidido, entró otra vez en el edificio y bajó de prisa el largo pasillo que llevaba a la oficina de embarques.

—Señor Davis, me despido —dijo.

El hombre calvo que estaba sentado ante el escritorio levantó la vista, con dulce sorpresa en su dulce rostro.

—¿Qué ocurre, Wally? ¿Ha sucedido algo o... te sientes bien?

Wally trató de acomodar su expresión de manera que pareciera natural.

—Yo... me marchó, señor Davis. No puedo explicárselo.

Se volvió para salir.

—Pero, Wally, no puedes. Estamos escasos de personal. Tú conoces tu trabajo, Wally. Supondría semanas enteras preparar a un hombre para que ocupara tu lugar. Para plantear algo semejante tendrías que darnos un preaviso. Como mínimo una semana, para que podamos...

—No. Me marchó ahora mismo. Tengo que...

—Pero... ¡diablos, Wally, eso es desertar! Eres necesario aquí. Esto es tan importante como... como el frente de batalla. Esta fábrica es tan importante como toda una flota del Pacífico. Es... tú sabes bien lo que hacemos aquí. Además... ¿por qué renuncias?

—Yo... me voy, eso es todo.

El calvo del escritorio se irguió y su rostro había perdido la dulzura. Medía poco más de un metro cincuenta y dos pero en ese momento parecía superar en estatura a Wally, con su metro ochenta y tres.

—¡Me dirás lo que hay detrás de esto o te...! —Rodeó el escritorio mientras hablaba, con los puños apretados.

Wally dio un paso atrás y dijo:

—Escuche, señor Davis, usted no lo comprende. Yo no quiero irme. Tengo que...

—¿Dónde está Darveth? ¡Que se presente Darveth de inmediato!

—Está discutiendo con Apolo. El griego intenta disuadirlo de esta cuestión porque Grecia está del lado de los norteamericanos y quiere que ganen, pero Apolo... y el resto de ellos... ya no son lo bastante fuertes para...

—Calla. ¡Eh, Darveth!

—¿Qué?

—Ese pirómano tuyo está a punto de hablar. Si lo hace le encerrarán y no podrá...

—Cállate, comprendo.

—¡De prisa! Perderás...

—Calla para que pueda concentrarme. Ah, ya lo tengo.

—Escuche, señor Davis, yo... no quise decir eso. Tengo un dolor de cabeza tan enloquecedor que me impide pensar correctamente y no sabía lo que decía. Dije cualquier cosa para salir de aquí, para poder ir...

—Ah, eso es diferente, Wally. ¿Pero renunciar a tu trabajo sólo por un dolor de cabeza? Puedes irte ahora y hacerte ver por tu médico. Pero vuelve... hoy, o mañana, o la semana próxima, vuelve cuando quieras. No es necesario que abandones tu puesto definitivamente para poder ir a tu casa si te sientes mal.

—De acuerdo, señor Davis, lamento haberle causado esa impresión. No podía pensar correctamente. Volveré en cuanto pueda. Tal vez hoy mismo.

Muy bien, Wally, ahora le has engañado. Dile que irás a ver a un médico y eso te servirá de excusa para salir un rato. Eso te permitirá comprar más cerillas, ya que no puedes recuperar las que tiraste en el cubo de la basura, sin llamar la atención.

Saldrás a conseguir más cerillas y ya sabes lo que harás con ellas, ¿verdad, Wally? Se perderán un millar de vidas, varios miles de millones de dólares en materiales y cantidades incalculables de tiempo valioso del programa armamentista, pero será un incendio maravilloso, Wally. El cielo entero será rojo, rojo como la sangre, Wally.

Dile...

—Escuche, señor Davis, ya he tenido antes dolores de cabeza como éste. Son penetrantes y terribles mientras duran, pero se me pasan en unas pocas horas. Le diré lo que haré: volveré a las cinco y trabajaré cuatro horas para compensar mi ausencia de esta tarde. ¿Le parece bien?

—Naturalmente... si a esa hora te sientes bien y estás seguro de que no te hará daño. De hecho estamos retrasados y cada hora que puedas trabajar cuenta.

—Gracias, señor Davis. Estoy seguro de que puedo. Hasta luego.

—Hiciste un buen trabajo para sacarle de allí, Darveth. De todos modos, por la noche será mejor.

—La noche siempre es mejor.

—¡Muchacho! No te quepa la menor duda de que me quedaré por aquí para observarlo todo. ¿Recuerdas Chicago? ¿Y la noche negra? ¿Y Roma?

—Esto lo superará todo.

—Pero esos griegos, Hermes y Ulises, y toda la pandilla. ¿No se reunirán e intentarán impedirlo? Y algunas de las leyendas de otros países de ese bando pueden unirse a ellos. ¿Estás dispuesto a enfrentarte con problemas, Darveth?

—¿Problemas? Ya nadie cree lo suficiente en esos mequetrefes como para que tengan algún poder. Sólo con mi dedo meñique puedo aplastarlos a todos. Y ya sabes quiénes nos ayudarían si nos plantearan dificultades. Sigfrido y Sugimoto y toda esa banda.

—Y los romanos.

—¿Los romanos? No, ellos no están interesados en esta guerra. No les gusta mucho Mussolini. No, no habrá problemas. Uno solo de mis diablillos podría hacer bailar a toda la pandilla al son que yo toco.

—Resérvame asiento en un palco, Darveth.

Había algo extraño en la noche. A las siete, después de dos horas de trabajo, empezó a oscurecer. A Wally Smith le pareció que la oscuridad misma era extraña.

Con un fragmento de su mente sabía que estaba trabajando, como siempre. Sabía que conversaba y bromeaba con los demás hombres del turno. Hombres que conocía bien porque a menudo había trabajado horas extraordinarias y coincidido con el turno de la noche.

Su cuerpo trabajaba sin intervención de la voluntad. Wally levantaba cosas que debían ser levantadas, las ponía donde debían ser puestas, rellenaba tarjetas, archivaba memorándums y partes de embarque. Era como si sus manos trabajaran por sí mismas y su voz hablara por su propia cuenta.

Había otra porción de Wally Smith que debía de ser la parte real. Parecía mantenerse a distancia y observar cómo trabajaba su cuerpo, cómo hablaba su voz. Un Wally Smith que permanecía impotente al borde de un abismo de horror. Que ahora sabía. Caído el muro de contención, lo sabía todo. Todo acerca de Darveth.

Y sabía que a las nueve en punto, al salir del edificio, pasaría junto a aquel cuarto en esquina donde había acumulado cuidadosamente la pila de desperdicios. Desperdicios altamente inflamables; materiales que se encenderían con una sola cerilla y llamearían en

lo alto, prendiendo fuego a la pared de atrás antes de que nadie se enterara siquiera de que había fuego. Y más atrás de esa pared...

Sólo dos cosas le quedaban por hacer. Dar vuelta a la manivela que cortaba el sistema de rociadura automática. Encender una cerilla...

Una cerilla de llama amarilla y luego el infierno rojo del fuego arrollador. El holocausto. Un fuego imposible de detener una vez iniciado. Edificio tras edificio convertido en roja llamarada; cuerpo tras cuerpo carbonizado mientras los hombres, muertos o anonadados por las explosiones, se cocían en fulgurante infierno.

La mente de Wally Smith era una extraña confusión. Visiones de pesadilla que le resultaban familiares porque las había visto en sus sueños infantiles. Fantásticos seres que no había sabido describir ni identificar cuando era niño. Pero ahora sabía, por lo menos vagamente, quiénes y qué eran. Cosas de mitos y leyendas. Cosas que no existían.

Pero estaban en ese mundo de pesadilla.

Incluso las oía... no sus voces, sino sus pensamientos expresados sin lenguaje. Y a veces nombres, nombres que eran iguales en cualquier idioma. Repetidas veces el nombre de Darveth y por alguna razón era algo de fuego, llamado Darveth, lo que le incitaba a hacer lo que estaba haciendo y lo que haría.

Veía, oía y sentía —con aversión y horror—, mientras sus manos preparaban talones de embarque y su voz articulaba bromas con los hombres que le rodeaban.

Miró la hora. Faltaba un minuto para las nueve. Wally Smith bostezó.

—Bueno —dijo—, creo que ya es hora. Hasta pronto, muchachos.

Se acercó al reloj registrador, puso su tarjeta en la ranura y picó la hora de salida.

Se puso el sombrero y el abrigo. Salió al pasillo.

Entonces quedó fuera de la vista de los otros y todavía no al alcance de la vista del guardia de la puerta; repentinamente sus movimientos se hicieron furtivos. Se movía como una pantera cuando giró en la puerta del almacén desierto, el lugar donde todo estaba dispuesto.

Ya llega. Tiene la cerilla en la mano, la mano enciende la cerilla. La llama. Igual que la primera llama que había visto danzar en el extremo de la cerilla que su padre tenía en la mano. Mientras los dedos regordetes de Wally se habían estirado, tantos años atrás, hacia eso que estaba en el extremo del palo. La cosa que resplandecía allí, cambiando siempre de forma; un asombroso amarillo-rojo-azul, belleza mágica. La llama. Espera hasta que también se haya encendido el palo, espera a verlo arder para que al inclinarlo no se apague. Una llama es algo muy tierno, al principio.

—¡No! —gritó otra parte de su mente—. ¡No! Wally, no lo... Pero no puedes detenerte ahora, Wally, no puedes «no hacerlo» porque Darveth, el demonio del fuego, dirige la operación. Es más fuerte que tú, Wally; es más fuerte que cualquiera de los otros del mundo de pesadilla al que estás asomado. Grita para pedir socorro, Wally, no te servirá de nada.

Grita llamando a cualquiera de ellos. Llama al viejo Moloch: no te prestará atención. También él disfrutará con esto. Casi todos ellos gozarán. Aunque no todos. Thor está en pie a un lado y no se siente especialmente dichoso por lo que va a ocurrir, porque aunque es un luchador no es lo bastante grande para habérselas con Darveth. Ninguno lo es allí arriba.

El rey del fuego y todos los elementos de fuego bailan una danza salvaje. Otros observan. Allí está un Zeus de barba blanca y alguien con una cabeza semejante a la de un cocodrilo a su lado. Y Dagon montando a Escila... todas las criaturas que los hombres han concebido y conciben...

Pero ninguna de ellas te ayudará, Wally. Estás solo. Y ahora te agachas, con la cerilla en la mano. La proteges con la palma para que no se apague con la brisa que entra por la puerta abierta.

¿Una tontería, verdad, Wally, que te veas llevado a esto por algo que en realidad no está, algo que sólo existe porque es pensado? Estás loco, Wally. Loco. ¿O no? ¿No es el pensamiento algo tan real como cualquier otra cosa? ¿Qué eres tú si no pensamiento unido a un pedazo de arcilla? ¿Qué son ellos sino pensamiento desunido?

Grita y pide ayuda, Wally. Tiene que haber ayuda en algún sitio. Grita, no con la garganta y los labios que ahora no son tuyos, sino con la mente. Grita y pide socorro donde sirva de algo, allá. A alguien que desbarate los planes de Darveth. A alguien que esté de tu lado.

¡S! ¡Eso es! ¡GRITA!

Wally nunca pudo recordar cómo llegó a su casa, una hora más tarde. Sólo sabía que el cielo estaba negro y tachonado de estrellas, que no era un cielo escarlata de holocausto. Apenas sentía las quemaduras en el pulgar y el índice, donde se había apagado la cerilla contra su piel.

La casera estaba en su mecedora, en el frío porche. Al verle llegar le preguntó:

—¿Tan temprano de vuelta, Wally?

—¿Temprano?

—¿No dijiste esta mañana que tenías una cita con tu chica? Pensé que habías comido en el centro y habías ido directamente a su casa desde la fábrica.

Preso del pánico al recordarlo, Wally corrió al teléfono. Un momento de frenesí hasta que oyó la voz de Dot.

—¿Qué ocurrió, Wally? Te estoy esperando desde...

—Lo siento, Dot... he tenido que trabajar hasta más tarde y no he podido telefonearte. ¿Puedo ir a verte ahora y te casarás conmigo?

—Si yo... ¿qué has dicho, Wally?

—Todo está bien ahora, querida. ¿Quieres casarte conmigo?

—Oye... ven a verme y te lo diré personalmente, Wally. Pero... ¿qué quiere decir que ahora está todo bien?

—Significa... Iré a verte y hablaremos.

Pero Wally recuperó la razón en las seis manzanas que tuvo que caminar y por supuesto no le contó a Dot lo que había ocurrido. Inventó una historia para justificar lo que había dicho... una historia que ella pudiera creer. De esa pasta están hechos los buenos maridos y Wally Smith estaba decidido a ser un buen marido si tenía la oportunidad. Y la tuvo.

—Papá.

—Calla, niño.

—¿Por qué, papá? ¿Y qué estás haciendo debajo de la cama?

—Shhh. Bueno, está bien, pero habla en voz baja. Me parece que todavía anda por los alrededores.

—¿Quién, papá?

—El nuevo. El que... Caray, hijo, ¿dormiste durante todo el revuelo de anoche? ¡La lucha más terrible que hubo aquí en diecisiete siglos!

—¡Caramba, papá! ¿Quién ganó?

—El nuevo. De una patada envió a Darveth tan lejos que todavía no ha vuelto; luego un grupo de amigos de Darveth cayeron sobre él y pudo con todos. Ahora está paseando por allí y...

—¿Está buscando a algún otro para darle una paliza, papá?

—No lo sé. No buscó bronca con nadie y sólo respondió a los que se metieron con él, salvo en el caso de Darveth. Supongo que la emprendió con él porque el ser humano en el que Darveth estaba trabajando debió de acudir a él.

—¿Por qué te escondes tú, papá?

—Porque... Bueno, hijo, yo soy un elemento de fuego, naturalmente, y el nuevo puede creer que soy amigo de Darveth. No quiero correr ningún riesgo hasta que todo se calme. ¿Comprendes? Una verdadera multitud debe creer en ese tío para tener tanta fuerza. Lo que le hizo a Darveth...

—¿Cómo se llama, papá? ¿Es un mito, una leyenda, o qué?

—No lo sé, niño. Yo no pienso ser el primero en preguntárselo.

—Espiaré a través de la cortina, papá. Disminuiré mi destello hasta que sólo sea una tenue luz.

—Eh, ven aquí... bien, de acuerdo, pero ten cuidado. ¿Está a la vista?

—Sí, supongo que es él. No parece peligroso, pero...

—Pero no corras riesgos, hijo. Yo ni siquiera me acercaré a la ventana para mirar, soy más brillante que tú y me vería. Oye, anoche, en medio de la oscuridad, no lo vi bien. ¿Qué aspecto tiene de día?

—Su aspecto no es peligroso, papá. Tiene una barba de chivo blanca, es alto y esbelto; lleva unos pantalones a rayas rojas y blancas metidos en las botas. Usa chistera azul con estrellas blancas. Rojo, blanco y azul. ¿Significa algo, papá?

—Por lo que ocurrió anoche, tiene que significar algo. ¡Yo me quedaré debajo de la cama hasta que otro le pregunte cómo se llama!

LA DOBLE MORAL

11 de abril. No sé si lo que siento es sobresalto, miedo o extrañeza de que las reglas puedan ser diferentes al otro lado del cristal. Yo siempre había creído que la moral era una constante. Y tiene que serlo, no sería justo que hubiera dos conjuntos de reglas. Su Censor debió de cometer algún error, eso es lo que debe haber ocurrido.

No tiene importancia, pero ocurrió durante un serial del Oeste. Yo era Whitey Grant, alguacil de West Pecos, estupendo jinete, magnífico luchador, héroe de los alrededores. Una pandilla de delincuentes armados entró en el pueblo a buscarme y dado que todos tenían miedo de enfrentarse con ellos me vi obligado a salir solo a su encuentro. Black Burke, el jefe de los forajidos, me dijo después (sólo tuve que dejarle K.O., no matarle) a través de las rejas de la celda que aquello se parecía a «A la hora señalada» y tal vez tenía razón, pero eso ¿qué importa? A la hora señalada sólo era una película y qué importancia tiene si la vida imita a la ficción.

Pero fue antes de esto, mientras todavía estábamos «en el aire», cuando miré a través del cristal (a veces lo llamamos «la pantalla») hacia el otro mundo. Sólo es posible hacerlo cuando uno mira directamente la pantalla. En las ocasiones relativamente raras en que esto ocurre nos asomamos a ese otro mundo, un mundo en el que también existe la gente, gente como nosotros, excepto que en lugar de hacer cosas o tener aventuras están quietos, sencillamente, y nos observan a nosotros a través de la pantalla. Por alguna razón —y esto es un Misterio para mí, uno entre tantos Misterios —nunca vemos a la misma persona o grupo de personas mirándonos desde ese otro mundo.

Anoche miré a través del cristal. En el salón que vi estaba sentada una joven pareja. Los vi juntos en un sofá, muy juntos, a menos de cuatro metros de distancia de mí: se estaban besando. Bien, en ocasiones aquí nos permitimos besos, aunque sólo breves y castos. Aquel beso no parecía ninguna de ambas cosas. Aquellos dos estaban entrelazados, perdidos en lo que parecía un beso apasionado que mantuvieron durante largo tiempo, un beso con derivaciones sexuales. Les vi tres veces al acercarme y alejarme de la pantalla y el beso seguía prolongándose.

Cuando eché mi tercer vistazo seguían con el mismo beso Y habían transcurrido como mínimo veinte segundos. Me vi obligado a desviar la mirada: aquello era demasiado. ¡Besarse como mínimo veinte segundos! Probablemente más, si empezaron antes de mi primera mirada o continuaron después de la última. ¡Un beso de veinte segundos! ¿Qué clase de Censores tienen allí, que son tan descuidados?

¿Qué clase de Patrocinadores tienen, que permiten que los Censores sean tan descuidados?

Cuando el episodio del Oeste concluyó y el cristal volvió a opacarse dejándonos solos en nuestro mundo, pensé en hablar de la cuestión con Black Burke, pero aunque conversé un rato con él a través de las rejillas decidí no contarle lo que había visto. Probablemente pronto colgarán a Burke, después del juicio que se celebrará mañana. Se comporta como un auténtico valiente, pero no quiero agregar motivos para su preocupación. Asesino o no, no es realmente un mal tipo y ya tiene bastante con pensar en la horca.

15 de abril. Ahora estoy profundamente perturbado. Anoche volvió a ocurrir. ¡Y fue peor! Esta vez fue, decididamente, algo chocante.

Las pocas noches transcurridas entre aquella primera vez y ésta, peor aún, casi tuve miedo de asomarme. Miraba lo menos posible en dirección al cristal y sólo muy fugazmente. Pero las pocas veces que miré no ocurría nada malo. Un salón distinto cada vez, pero en ningún caso un salón con una joven pareja que violara el Código. Gente sentada, que se comportaba correctamente, observándonos. A veces, niños. Lo de costumbre.

¡Pero anoche!

Verdaderamente impresionante. Una joven pareja que también estaba sola... aunque por supuesto no se trataba de la misma pareja ni del mismo salón. En ésta no había ningún sofá; sólo dos grandes sillones mullidos... y los dos ocupaban el mismo: ella estaba sentada sobre las rodillas de él.

Eso fue todo lo que vi en una primera mirada. Yo era médico y en el hospital había una actividad frenética, lo que me hacía correr de sala en sala salvando vidas. Pero cerca del FIN (así decimos cuando aparece el último anuncio y ya no podemos ver a través del cristal ni los que están al otro lado pueden vernos a nosotros) me encontraba aconsejando a un doctor más joven y cuando volví la cara me encontré mirando a la pantalla, a través del cristal, y volví a verlos.

O se habían movido o vi algo que no había percibido cuando miré por primera vez. Observaban la pantalla y no se besaban. ¡Pero!

La muchacha llevaba shorts, unos brevísimos shorts y sobre su nalga estaba la mano de él... ¡no apoyada: se movía levemente y la acariciaba! ¿Qué clase de templo del vicio es ése en el que se permite semejante cosa? ¡Un hombre acariciando la nalga desnuda de una mujer! En nuestro mundo cualquiera se estremecería sólo de pensarlo.

Y yo me estremezco ahora sólo de pensarlo.

¿Qué ocurre con sus Censores?

¿Existe entre ambos mundos alguna diferencia que yo no comprendo? Lo desconocido siempre es temible. Estoy asustado. Y escandalizado.

22 de abril. Transcurrió una semana desde el segundo de los dos episodios perturbadores y había empezado a tranquilizarme. Había empezado a pensar que las dos violaciones del Código que había observado eran hechos aislados de indecencia, cosas que se habían deslizado por error.

Pero anoche vi —mejor dicho oí, en este caso —algo que era la más flagrante violación de una sección del Código totalmente diferente.

Quizá antes de describirla deba explicar el fenómeno de la «audición». Muy rara vez oímos sonidos desde el otro lado de la pantalla. Son demasiado débiles para penetrar el cristal o quedan ahogados por nuestras propias conversaciones o los sonidos que producimos, o por la música que suena durante las secuencias silenciosas. (Antes solía preguntarme por el origen de esa música dado que, excepto en las secuencias que tienen lugar en clubs nocturnos, salas de baile o similares, nunca hay cerca músicos que la produzcan, pero finalmente resolví que se trataba, sencillamente, de un Misterio que no se supone debamos comprender.) Para que uno de nosotros escuche realmente sonidos identificables del otro mundo, se requiere una combinación de circunstancias. Sólo puede ocurrir durante una secuencia en la que hay absoluto silencio, sin siquiera música, en nuestro propio mundo. Aun así, sólo puede oírlo uno de nosotros a la vez, dado que esa persona tiene que estar muy, muy cerca del cristal. (Llamamos a eso «primer plano».) En ocasiones, bajo estas circunstancias ideales, uno de nosotros y sólo uno, puede oír, comprender con claridad suficiente una frase e incluso una oración completa hablada en el mundo exterior.

Anoche, por un momento, se me presentaron estas circunstancias ideales y escuché toda una oración hablada, además de que pude ver al hablante y su interlocutor. Era una pareja de edad mediana, corriente y moliente; los dos estaban sentados en un sofá (pero decorosamente separados), frente a mí. El hombre dijo, y estoy seguro de haberlo oído correctamente, ya que hablaba en voz muy alta, como si la mujer fuese un poco dura de oído: «[...], cariño, eso es horrible. Apaguemos ese [...] aparato y bajemos a la esquina a tomar una cerveza».

La primera de las dos palabras para las que usé puntos suspensivos era el nombre de la Deidad y se trata de un término perfectamente correcto cuando se utiliza respetuosamente dentro de un contexto. Pero sin duda no sonó respetuoso y la segunda palabra era, evidentemente, una blasfemia.

Estoy profundamente alterado.

30 de abril. No existe ninguna razón por la que esta noche tenga que agregar nada a las notas que he escrito en los últimos tiempos. Estoy haciendo algo así como garabatear a máquina y es muy posible que arroje esta página a la basura cuando la haya concluido. Escribo simplemente porque tengo que estar escribiendo algo y da lo mismo hacer algo coherente que algo carente de significado.

Escribo «en pantalla», como decimos nosotros. Esta noche soy reportero de un periódico y me encuentro frente a mi máquina de escribir, en la oficina del diario.

Ya he desempeñado mi papel activo en esta aventura y estoy en segundo plano; sólo es necesario que parezca ocupado y siga escribiendo a máquina. Puesto que sé escribir al tacto y no necesito mirar las teclas, esta noche tengo amplias oportunidades de echar ocasionales vistazos al otro mundo, a través del cristal. Otra vez veo a una joven pareja, sola. Su «escenario» es el dormitorio y obviamente están casados, ya que miran desde la cama. «Camas», en plural, por supuesto. Me complace ver que cumplen con el Código, que permite que las parejas casadas se muestren conversando desde sus camas individuales razonablemente separadas, aunque prohíbe —y con razón— que se les vea juntos en una cama doble: por distantes que estuvieran el uno del otro, la situación sería demasiado sugerente.

Eché otra mirada. Aparentemente no están demasiado interesados en observar la pantalla desde su lado. Conversan. Naturalmente, no puedo oír lo que dicen; aunque hubiera absoluto silencio en nuestro lado, estoy demasiado lejos del cristal. Pero él le hace una pregunta y ella asiente, sonriendo.

De pronto ella aparta la ropa de cama, asoma una pierna balanceándola y se sienta.

Está desnuda.

Dios mío, ¿cómo puedes permitir esto? Es imposible. En nuestro mundo no existe nada semejante a una mujer desnuda. Es algo que no puede ser.

Ella se incorpora y no puedo apartar los ojos de la imposiblemente hermosa, hermosamente imposible visión de esa mujer. Por el rabillo del ojo veo que él ha apartado la ropa de su cama y que también está desnudo. Le hace señas a ella de que se acerque; por un breve instante ella ríe, le mira fijamente y se deja contemplar.

Algo extraño, algo que jamás sentí antes, algo que ignoraba fuera posible, me recorre la espalda. Hago esfuerzos por apartar la mirada pero no puedo.

Ella da los dos pasos que separan ambas camas y se tiende al lado de él. Instantáneamente él empieza a besarla y a acariciarla. Ahora...

¿Es posible que existan semejantes cosas?

¡Entonces es verdad! Ellos no tienen censura; pueden hacer y hacen las cosas que en nuestro mundo sólo pueden sugerirse vagamente como hechos ajenos a la escena. ¿Por qué son libres ellos y nosotros no? Es una crueldad. Se nos niega la igualdad y nuestro patrimonio. ¡Dejadme salir de aquí! ¡DEJADME SALIR! ¡Socorro, cualquiera que me oiga, SOCORRO! ¡Quiero salir! ¡QUIERO SALIR DE ESTA MALDITA CAJA!

ALGO VERDE

El enorme sol carmesí brillaba en el cielo violeta. En el límite de la planicie marrón, salpicada de arbustos marrones, se extendía la selva roja.

McGarry avanzó hacia ella dando zancadas. Explorar esas selvas rojas constituía una tarea ardua y peligrosa, pero era preciso hacerla. Había explorado un millar de selvas; ésta era, simplemente, una más.

Dijo:

—En marcha, Dorothy. ¿Todo listo?

La pequeña criatura de cinco patas que descansaba sobre su hombro no respondió, en realidad nunca lo hacía. No sabía hablar, pero era algo con lo cual hablar. Era una compañía. Por su tamaño y su peso, se parecía asombrosamente a una mano que reposara sobre su hombro.

Tenía a Dorothy hacía... ¿cuánto tiempo? Cuatro años, suponía. Estaba aquí hacía aproximadamente cinco, según calculaba, y la había encontrado alrededor de un año después. De cualquier manera, daba por sentado que Dorothy pertenecía al bello sexo, por la sencilla razón de que reposaba sobre su hombro como lo haría la mano de una mujer.

—Dorothy —anunció—, creo que debemos prepararnos para enfrentar problemas. Allí debe haber leones o tigres.

Deshebilló la funda de su pistola solar y apoyó la mano en la culata del arma, listo para sacarla rápidamente. Era por lo menos la milésima vez que agradecía a su buena estrella que el arma que había logrado rescatar de los restos de su nave espacial fuera una pistola solar, la única arma que funcionaba prácticamente siempre, sin recarga ni munición. Una pistola solar absorbía energía y, al apretar el gatillo, la descargaba. Con ningún arma, salvo con una pistola solar, hubiese subsistido siquiera un año en Kruger III.

Incluso antes de llegar al límite de la selva roja, vio un león. No se parecía en nada a los leones que se ven en la Tierra, por supuesto. Éste era magenta brillante, un color tan diferente de los purpurinos arbustos tras los que se agazapaba que él podía distinguirlo nítidamente. Tenía ocho patas totalmente desarticuladas y tan flexibles y fuertes como el tronco de un elefante, y una cabeza escamosa con un pico semejante al de un tucán.

McGarry le llamaba león. Tenía tanto derecho a llamarlo así como de cualquier otro modo porque jamás se le había dado nombre. De lo contrario, el nombrador nunca había regresado a la Tierra para informar sobre la flora y la fauna de Kruger III. Por lo que mostraban los archivos, una sola nave había llegado allí antes que la de McGarry, y jamás había vuelto a levantar el vuelo. Ahora él se dedicaba a buscarla; la había estado buscando sistemáticamente durante los cinco años que llevaba allí.

Si la encontraba, era posible —sólo posible— que contuviera intactos algunos de los transistores electrónicos que se habían destruido cuando su propia nave se estrelló. Y si tenía un número suficiente, podría regresar a la Tierra.

Se detuvo a diez pasos escasos del borde de la selva roja y apuntó con la pistola solar a los arbustos tras los cuales se agazapaba el león. Apretó el gatillo y se produjo un brillante destello verde, fugaz pero hermoso —¡y qué hermoso!— y los arbustos desaparecieron, igual que el león.

McGarry rió suavemente entre dientes.

—¿Has visto eso, Dorothy? Era verde, el único color que no tenéis en vuestro rojo y sangriento planeta. El color más hermoso del universo, Dorothy. ¡Verde! Y yo sé dónde existe un mundo que es casi totalmente verde, y llegaremos a él, tú y yo. Seguro que lo haremos. Es el mundo del que he venido, y el lugar más bello que existe, Dorothy. Te encantará.

Se volvió y echó un vistazo a la planicie marrón con arbustos marrones, el cielo violeta en lo alto y el sol carmesí. El sol de Kruger eternamente carmesí, que nunca se ponía en el lado diurno del planeta y una de cuyas caras siempre lo miraba, igual que una cara de la luna de la Tierra siempre mira a la Tierra.

No existían el día ni la noche..., a menos que uno pasara la línea de sombra a la cara nocturna, que era demasiado gélida para albergar vida. Tampoco se sucedían las estaciones. La temperatura era uniforme e invariable, no había vientos ni tormentas.

Pensó, por milésima o millonésima vez, que no estaría mal vivir en ese planeta, si tan sólo fuese verde como la tierra, si existiera algo verde en él, además del ocasional destello de su pistola solar. Su atmósfera era respirable, la temperatura moderada oscilaba entre los cuatro grados cerca de la línea de sombra y alrededor de treinta y dos directamente debajo del rojo sol, donde sus rayos caían en línea recta y no oblicuamente. Rebosaba alimentos y, tiempo atrás, había aprendido qué vegetales y animales eran comestibles y cuáles le hacían daño. Nada de lo que había probado era declaradamente venenoso.

Sí, un mundo hermoso. Incluso se había acostumbrado a ser la única criatura inteligente que lo habitaba. Dorothy era útil: algo a lo cual hablar, incluso aunque no respondiera.

Salvo que —¡oh, Dios!— quería volver a ver un mundo verde.

La Tierra, el único planeta del universo conocido donde el verde era el color predominante, donde la vida vegetal se basaba en la clorofila.

Otros planetas del sistema solar, vecinos de la Tierra, no tenían nada que ofrecer salvo las vetas verdosas de sus raras rocas, una ocasional y minúscula sombra animada que podría considerarse verde pardusco, si así lo preferías. Podías vivir durante años en cualquier planeta, en cualquier lugar del universo, y no ver nunca el verde..., salvo en la Tierra.

McGarry suspiró. Había estado pensando para sus adentros, pero ahora habló en voz alta para Dorothy sin interrumpir la línea de sus pensamientos. A Dorothy no le importó.

—Sí, Dorothy —comentó—, es el único planeta en el que merece la pena vivir... ¡la Tierra! Verdes campos, prados llenos de hierbas, árboles verdes. Dorothy, cuando regrese a ella jamás la abandonaré. Me haré una choza en el bosque, entre los árboles, pero no árboles tan frondosos que la hierba no pueda crecer a sus pies. Hierba verde. Y pintaré la choza de color verde, Dorothy. En la Tierra también tenemos pigmentos verdes.

Suspiró y contempló la selva roja que se extendía ante sus ojos.

—¿Qué me has preguntado, Dorothy?

Ella no le había preguntado nada, pero simular que lo hacía era un juego, un juego que le permitía a toda costa conservar la cordura.

—¿Si me casaré cuando vuelva? ¿Eso has preguntado?. —Reflexionó un momento—. Bien, Dorothy, depende. Quizá sí, quizá no. Tú has recibido el nombre de una mujer que está en la Tierra, lo sabes. Una mujer con la que iba a casarme. Pero cinco años es mucho tiempo, Dorothy. Fue informada de que yo estaba extraviado y probablemente muerto. Ignoro si ella ha esperado todo este tiempo. Si lo ha hecho, bien, me casaré con ella, Dorothy. ¿Preguntas qué ocurrirá si no ha esperado? Bueno, no lo sé. No nos preocupemos por eso hasta que regresemos, ¿eh? Claro que si encontrara una mujer que fuera verde o incluso una que tuviera el pelo verde, la amaría con locura. Pero en la Tierra casi todo es verde, excepto las mujeres.

Rió ante semejante idea y, con la pistola solar preparada se internó en la selva, la roja selva en la que no había nada verde, excepto el ocasional destello de su pistola solar.

Resultaba gracioso. En la Tierra, el destello de una pistola solar era violeta. Aquí, bajo el rojo sol, cuando la disparaba, emitía un destello verde. Pero la explicación era sencilla. Una pistola solar extraía energía de una estrella cercana y el destello que emitía al dispararse era del color complementario de su fuente de energía. Cuando absorbía energía del sol, un sol amarillo, el destello era de color violeta. Si se trataba de Kruger, un sol rojo, el destello era verde.

Tal vez eso había sido lo único —además de la compañía de Dorothy —que le había mantenido cuerdo, pensó. Un verde varias veces al día. Algo verde que le recordaba cómo era el color. Y que mantenía sus ojos habituados a éste, si es que alguna vez volvía a verlo.

Resultó ser un pequeño fragmento de selva, como todos los fragmentos de selva de Kruger III, uno entre lo que parecía incontables millones de fragmentos. Y tal vez eran realmente millones: Kruger III era más grande que Júpiter. Pero menos denso, de modo que la gravedad resultaba fácil de soportar. De hecho, le hubiera llevado más de una vida recorrerlo. Lo sabía pero no se permitió pensar en la cuestión. Por lo menos no más de lo que se permitía pensar en que la nave podría haberse estrellado en la cara oscura, la cara fría. O no más de lo que se permitía dudar de que, una vez que diera con la nave, encontraría los transistores que necesitaba para hacer funcionar nuevamente la suya.

El fragmento de selva apenas medía una milla cuadrada, pero tendría que dormir una vez y comer varias veces antes de terminar de recorrerla. Mató dos leones más y un tigre. Cuando concluyó, rodeó la circunferencia, quemando cada uno de los árboles más grandes que crecían a lo largo del borde exterior: así no volvería a explorar esta misma selva. Los árboles eran blandos; su cortaplumas separó la roja corteza del centro rosado con tanta facilidad como si hubiera pelado una patata.

Volvió a atravesar la monótona planicie marrón, esta vez con el arma expuesta al sol con el propósito de recargarla.

—Ésa no, Dorothy. Tal vez la próxima. Aquélla, cerca del horizonte. Quizá está allí.

Cielo violeta, sol rojo, planicie marrón.

—Las verdes colinas de la Tierra, Dorothy. ¡Oh, cómo te gustarán!

La interminable planicie marrón.

El invariable cielo violeta.

¿Había sonado algo allá arriba? Era imposible. Jamás había ocurrido. Pero levantó la mirada. Lo vio.

Una minúscula mancha negra se movía en el cielo violeta. Una nave espacial. Tenía que ser una nave. En Kruger III no había pájaros. Y las pájaros no dejaban estelas de fuego tras ellos...

Sabía lo que debía hacer. Había pensado un millón de veces cómo haría señales a una nave, si alguna vez aparecía ante su vista. Levantó su pistola solar, la apuntó directamente al aire violeta y apretó el gatillo. No se produjo un gran destello, dada la distancia de la nave, pero fue un destello verde. Si el piloto estaba mirando, o si tan sólo mirara antes de salir del alcance de la vista, no podría pasar por alto un destello verde en un mundo donde no había otra cosa verde.

Volvió a apretar el gatillo.

Y el piloto de la nave lo vio. Apagó y encendió sus reactores tres veces —la respuesta clásica a una señal de socorro —y empezó a dar vueltas en círculo.

McGarry comenzó a temblar. Una espera tan prolongada y un final tan repentino. Se palpó el hombro izquierdo y tocó al ser de cinco patas, cuyo contacto fue para sus dedos —así como para su hombro desnudo —como el de la mano de una mujer.

—Dorothy —le dijo—, es... —Se quedó sin palabras.

La nave se acercaba girando para aterrizar. McGarry se vio a sí mismo —súbitamente consciente y avergonzado de su cuerpo —tal como aparecería a los ojos de su salvador. Iba desnudo: sólo llevaba el cinturón que sujetaba su pistolera y del que colgaba su cuchillo y unos pocos utensilios más. Estaba sucio y probablemente olía mal, aunque no percibía su propio olor. Bajo la mugre, su cuerpo era flaco y consumido, casi viejo, pero eso se debía, naturalmente, a las deficiencias de su dieta; unos pocos meses de alimentación adecuada, de alimentos de la Tierra, lo solucionarían.

¡La Tierra! ¡Las verdes colinas de la Tierra!

Empezó a correr, tropezando a veces a causa de su impaciencia, hacia el lugar donde la nave estaba aterrizando. Pudo ver que se trataba de un aparato de una sola plaza, igual que el suyo. Pero eso estaba bien: en caso de emergencia podría llevar a dos personas, al menos hasta el planeta más cercano, donde él conseguiría otro medio de transporte para volver a la Tierra. A las verdes colinas, los verdes campos y los valles verdes.

Rezó y maldijo alternativamente mientras corría. Las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Estaba allí, esperando, cuando la portezuela se abrió y salió un joven alto y delgado vestido con el uniforme de la Patrulla Espacial.

—¿Me llevará de vuelta? —gritó.

—Por supuesto —dijo el joven serenamente—. ¿Hace mucho que está aquí?

—¡Cinco años! —McGarry sabía que estaba gritando pero no podía evitarlo.

—¡Santo Dios! —exclamó el joven—. Soy el teniente Archer. Claro que le llevaré de vuelta, hombre. Tan pronto como mis reactores se enfríen lo suficiente para el despegue. De cualquier manera, le llevaré hasta Cartago, en Aldebarán II; allí puede abordar una nave hacia cualquier parte. ¿Necesita algo ahora mismo? ¿Comida? ¿Agua?

McGarry meneó la cabeza en silencio. Comida, agua... ¿qué importaba todo eso ahora?

¡Las verdes colinas de la Tierra! Regresaría a ellas. Eso era lo que importaba, lo único que importaba. Una espera tan larga y un final tan repentino. Vio que el cielo violeta ondulaba y súbitamente se ennegrecía, mientras se le doblaban las rodillas.

Estaba tendido; el joven sostenía un frasco junto a sus labios y él bebió un sorbo de la fuerte bebida que contenía. Se incorporó, animado ahora. Comprobó con la mirada que la nave seguía allí y se sintió maravillosamente bien.

El joven dijo:

—Anítese, veterano; saldremos dentro de media hora. Dentro de seis estará en Cartago. ¿Quiere charlar mientras se repone? ¿Quiere contarme todo lo que ocurrió?

Se sentaron a la sombra de un arbusto marrón y McGarry contó todo lo ocurrido. Los cinco años que pasó buscando la otra nave que, según había leído, se estrelló en ese planeta y que tal vez conservaba intactas las piezas que él necesitaba para reparar la

suya. La prolongada búsqueda. Le habló de Dorothy, que seguía sobre su hombro, y de que había sido algo con lo cual conversar.

Pero por alguna razón, el rostro del teniente Archer cambiaba de expresión a medida que McGarry hablaba. Se volvía aún más solemne, aún más conmovido.

—Veterano —pregunté Archer con tono amable—, ¿en qué año llegó aquí?

McGarry lo vio venir. ¿Cómo podía uno tener idea del tiempo en un planeta en el que el sol y las estaciones eran invariables? Un planeta donde siempre era de día, siempre verano... Dijo resueltamente:

—Llegué aquí en el dos mil doscientos cuarenta y dos. ¿Por cuánto me he equivocado, teniente? ¿Cuántos años tengo... en lugar de treinta, como yo pensaba?

—Estamos en el dos mil doscientos setenta y dos, McGarry. Usted llegó aquí hace treinta años. Ahora tiene cincuenta y cinco. Pero no se preocupe por eso. La medicina ha avanzado. Todavía tiene una larga vida por delante.

—Cincuenta y cinco. Treinta años —dijo McGarry quedamente.

El teniente le miró con pena. Luego preguntó:

—Veterano, ¿le cuento de una sola vez el resto de las malas noticias? Hay varias cuestiones. No soy psicólogo, pero pienso que quizá para usted sea mejor saberlo ahora, de una vez, mientras todavía está a tiempo de reconsiderar la idea de volver. ¿Está en condiciones de oírlo, McGarry?

No podía haber nada peor que lo que ya sabía: treinta años de su vida desperdiciados aquí. Claro que podría oír el resto de lo que fuera, con tal de regresar a la Tierra, la verde Tierra.

Miró fijamente el cielo violeta, el sol rojo y la planicie marrón. Luego respondió en voz baja:

—Puedo oírlo. Adelante.

—Se las ha arreglado estupendamente, McGarry, teniendo en cuenta que han pasado treinta años. Puede dar gracias a Dios por haber creído que la nave de Marley se estrelló en Kruger III; en realidad cayó en Kruger IV. Jamás la habría encontrado aquí pero la búsqueda, como usted dice, le mantuvo... razonablemente cuerdo. —Hizo una pausa. Cuando continuó, su voz era cordial—. No hay nada sobre su hombro, McGarry. Esa Dorothy es un invento de su imaginación. Pero no se aflija, esa ilusión probablemente le ha salvado del colapso total.

McGarry levantó la mano y se tocó el hombro. No había nada.

Archer continuó:

—Dios mío, hombre, es prodigioso que, sin embargo, esté usted bien en todos los demás sentidos. Treinta años solo; es casi un milagro. Y si su ilusión persiste, ahora que sabe que es una ilusión, un psiquiatra de Cartago o de Marte puede curarle en un santiamén.

McGarry dijo con voz apagada:

—No persiste. Ya no está. Teniente... ni siquiera estoy seguro de haber creído realmente en Dorothy. Creo que la inventé a propósito, para hablarle, así que salvo por eso, me he mantenido cuerdo. Ella era... era como la mano de una mujer, teniente. ¿O ya se lo he dicho?

—Me lo ha dicho. ¿Quiere que le cuente lo demás ahora, McGarry?

McGarry le miró fijamente.

—¿Lo demás? ¿Qué más puede haber? Tengo cincuenta y cinco años en lugar de treinta. He malgastado treinta años, desde que tenía veinticinco, buscando una nave que jamás encontraría, puesto que cayó en otro planeta. He estado loco, aunque sólo en cierto sentido, la mayor parte del tiempo. Pero ahora que voy a regresar a la Tierra, nada de eso importa.

El teniente Archer meneaba la cabeza lentamente.

—No regresará a la Tierra, veterano. A Marte, si lo desea, a las hermosas colinas marrones y amarillas de Marte. O, si no le molesta el calor, al purpúreo Venus. Pero a la Tierra no, McGarry. Ya nadie vive allí.

—¿La Tierra ha... desaparecido? Yo no...

—No ha desaparecido, McGarry. Sigue allí. Pero es una bola carbonizada, oscura y árida, desde la guerra contra los arcturianos, hace veinte años. Ellos nos atacaron y tomaron la Tierra. Nosotros los tomamos a ellos, vencimos, los exterminamos, pero la Tierra sucumbió antes de que empezáramos. Lo siento, pero tendrá que establecerse en algún otro sitio.

McGarry dijo:

—La Tierra ya no existe. —No había expresión en su voz, ni la más mínima expresión.

Archer prosiguió:

—Ése es el resultado, veterano. Pero Marte no está tan mal. Se acostumbrará a él. Ahora es el centro del sistema solar y en él viven tres mil millones de terráqueos. Echará de menos el verde de la Tierra, claro, pero no es un mal lugar.

McGarry repitió:

—La Tierra ya no existe. —No había expresión en su voz, ni la más mínima expresión.

Archer asintió:

—Me alegro de que lo tome así, veterano. Debe ser un golpe para usted. Bien, supongo que podemos marcharnos. Los tubos ya deben haberse enfriado lo suficiente. Lo comprobaré para asegurarme. —Archer se puso de pie y se encaminó hacia la pequeña nave.

McGarry desenfundó la pistola solar y le disparó. El teniente Archer desapareció. McGarry se levantó y caminó hacia la pequeña nave. Apuntó contra ella la pistola solar y apretó el gatillo. Parte de la nave se evaporó; media docena de disparos y desapareció por completo. Los pequeños átomos que habían constituido la nave y los pequeños átomos que habían sido el teniente Archer de la Patrulla Espacial podían estar danzando en el aire, pero eran invisibles.

McGarry volvió a poner el arma en la pistolera y echó a andar hacia la roja mancha de la selva cercana al horizonte.

Levantó la mano hasta su hombro para tocar a Dorothy y ella estaba allí, como había estado allí durante cuatro de los cinco años que él llevaba en Kruger III. Ella parecía, en contacto con sus dedos y su hombro desnudo, la mano de una mujer. McGarry le dijo:

—No te preocupes, Dorothy. La encontraremos. Quizá la próxima selva sea la que corresponde. Y cuando la encontremos...

Ahora estaba cerca del borde de la selva, la roja selva, y un tigre salió corriendo a su encuentro para devorarlo. Un tigre color malva con seis patas y una cabeza semejante a un barril. McGarry apuntó su pistola solar y apretó el gatillo; se produjo un brillante destello verde, fugaz pero hermoso —¡y que hermoso! —y el tigre desapareció.

McGarry rió entre dientes:

—¿Viste eso, Dorothy? Era verde, el color que no existe en ningún planeta salvo en aquel al que iremos. El único planeta verde del sistema, y de él provengo. Te encantará.

—Sé que así será, Mac. —La gangosa y suave voz de Dorothy le resultó absolutamente familiar, tan familiar como la suya propia; ella siempre le había respondido.

Levantó la mano y la tocó mientras ella descansaba sobre su hombro desnudo. Parecía la mano de una mujer.

Se volvió y contempló la planicie marrón tachonada de arbustos marrones, el cielo violeta en lo alto, el sol carmesí. Rió; su risa no era una risa enajenada sino apacible. No tenía importancia, porque pronto encontraría la nave y así podría regresar a la Tierra.

A las verdes colinas, los verdes campos, los valles verdes. Una vez más, acarició la mano que descansaba sobre su hombro, le habló y oyó su respuesta.

Luego, con el arma preparada, penetró en la selva roja.

FIN